

LOS HEROES EN TROYA

Comodidades me privé, de inciertas
 Aventuras en pos, y secuestrado
 De todo cuanto el hábito y el tiempo
 Y la amistad hicieron familiares
 A mi naturaleza y circunstancias ;
 Y, al transformarme, aquí para serviros
 Como extranjero é ignorante vine
 Cual si acabara de llegar al mundo.
 Ruego, pues, que hoy me deis ligera muestra
 De esos mútiples premios prometidos
 Y que decís que el porvenir me guarda.

AGAM. Troyano, ¿qué pretendes? Dilo luego.

CALOAS. Prisionero á un troyano ayer cogisteis,
 Que se llama Antenor, á quien estiman
 En Troya grandemente. Con frecuencia
 —Y gracias con frecuencia os dí por ello—
 Propusisteis que fuese canjeada
 Dignamente mi Crésida, mas nunca
 Troya lo consintió. De tal manera
 Es llave este Antenor de sus negocios,
 Que perturbados todos sus asuntos
 Sin su manejo quedarán, y en cambio
 Casi á un príncipe egregio nos darían
 O á algún hijo de Príamo. Debierais
 Allí enviarlo, príncipes excelsos,
 Y comprar á mi hija de ese modo,
 Pagándome en completo mis servicios,
 Aun los que fueron de mayor valía.

AGAM. Que Diómedes lo lleve, y que nos traiga
 A Crésida á este sitio. Lo que pide
 Tendrá Calcas. Buen Diómedes: al punto
 Para este cambio efectuar disponte ;
 Y averigua, además, si Héctor aun quiere
 Su reto mantener. Ajax dispuesto
 A responder está.

DIÓM. Me enorgullece
 La misión que me dais.

(Vanse Diómedes y Calcas)

Entran AQUILES y PATROCLO ante su tienda.

ULISES. Está á la puerta de su tienda Aquiles.
 Al iros, general, dadle de lado
 Cual si perdido hubierais su recuerdo ;
 Y, príncipes, vosotros en conjunto
 Desatentos miradle ó distraídos.

Quizá cuando yo pase me pregunte
 Por qué razón lo miran de reojo.
 Si lo hiciese, una pócima de burlas
 Tengo en reserva yo para este choque
 De vuestra frigidez y de su orgullo,
 Que querrá propinarse de buen grado;
 Y puede aprovecharle, pues no tiene
 Otro espejo el orgullo que el orgullo.
 Genuflexiones la soberbia aumentan
 Y con tal paga los soberbios cuentan.

AGAM. Adoptaré tu plan, é indiferente
 Me mostraré cuando á su lado pase,
 Nobles: haced vosotros esto mismo:
 No saludéis, ó con desdén, si acaso,
 Lo que será peor que ni mirarle.
 Yo os mostraré el camino.

AQUIL. ¡Cómo! ¿Viene
 A hablarme el general? Pues conocida
 Es mi opinión. No lucho contra Troya.

AGAM. ¿Qué dice Aquiles? ¿Qué es lo que le ocurre?

NÉST. Con el jefe, señor, ¿qué se os ofrece?

AQUIL. Nada.

NÉST. Nada, señor.

AYAX. Tanto mejor.

(Vanse Agamenón y Néstor.)

AQUIL. Buenos días, buenos días.

MEN. ¿Cómo estás? ¿Cómo estás?

(Vase.)

AQUIL. ¡Cómo! ¿Ese cornudo se burla de mí?

AYAX. ¡Hola, Patroclo!

AQUIL. Buenos días, Ajax.

AYAX. ¡Ah!

AQUIL. Buenos días.

AYAX. Sí tal, y buenas tardes también.

(Vase.)

AQUIL. ¿Qué hace esta gente? ¿A Aquiles no conoce?

PATR. Pasan indiferentes. Inclinarse

Y sonreír solían ante Aquiles.

A su presencia humildes se acercaban

Cual si á sacros altares acudieran.

AQUIL. ¡Tan poco valgo ya! Cuando la suerte
 Abandona á los grandes, de seguro

LOS HEROES EN TROYA

Los mortales también los abandonan.
 Antes descubre en los ajenos ojos
 Lo que es el que cayó que en su caída.
 Porque los hombres son cual mariposas
 Que al verano no más sus alas baten.
 No hay hombre á quien se honre por ser hombre.
 Honores á él ajenos lo enaltecen
 Cual la cuna, el favor ó las riquezas,
 Que del azar cual del valor son premios.
 Si esos soportes tan instables caen,
 El instable cariño que se apoya
 En ellos también cae, y todo ello
 Conjuntamente se desploma y muere.
 Conmigo eso no reza. La fortuna
 Y yo somos amigos. Gozo ahora
 Con toda plenitud cuanto he tenido,
 Si el favor de esos hombres exceptúo;
 Quienes en mí, quizás, han descubierto
 Algo que no merece los favores
 Que á manos llenas me otorgaron antes.
 Ulises aquí llega. Su lectura
 Interrumpió. ¡Hola, Ulises!

ULISES. ¡Hola, insigne
 Hijo de Tetis.

AQUIL. Dime, ¿qué lees?

ULISES. Esto me escribe un ente extravagante:
 «Que el hombre, por dotado que se encuentre
 En su exterior ó en su interior, altivo
 No debe pregonar sus cualidades;
 Porque no puede percibir sus dotes
 Sino por reflexión. Esas virtudes
 Sobre otros brillan y calor les prestan;
 Y, á su vez, éstos el calor devuelven
 Al primitivo bienhechor.»

AQUIL. Ulises:!

Eso no es nuevo. La beldad del rostro
 Por el dueño ignorada, se evidencia
 A ojos ajenos. Ni aun el ojo mismo,
 El órgano más fino que nos sirve,
 A sí propio se ve, ni de sí sale.
 Mas mirándose un ojo en otro ojo
 Se saludan, su forma contemplando,
 Porque á nosotros mismos no nos vemos
 Hasta que de nosotros no salimos
 Y reflejada vemos nuestra imagen.
 En eso yo no veo nada extraño.

- ULISES.** No recalco la tesis, que es ya vieja,
 Pero sí la intención de quien escribe,
 Pues ampliamente prueba que de nada
 Puede ser dueño nadie en absoluto,
 Aunque en sí mismo y fuera de sí mismo
 Mucho tuviese, mientras no divida
 Con los demás sus propias cualidades.
 Nunca podrá saber lo que éstas valgan
 Hasta que destacadas no las vea
 Cuando tomaren cuerpo en el aplauso,
 Bóveda que el sonido repercute,
 Puerta de acero por el sol herida,
 Que al sol devuelve su calor é imagen.
 Esto me preocupa grandemente;
 Y vino al punto mismo á mi memoria
 El ignorado Ajax.
 Y ¡vaya un hombre, cielos! Es caballo
 Que ni sabe siquiera lo que carga.
 ¡Naturaleza! ¡Cuántas cosas vemos
 Que se tienen en poco y valen mucho!
 ¡Cuántas, por otra parte, que se estiman
 Y de valor escaso! Pues mañana
 Hemos de ver (es cosa que la suerte
 Pone en su senda) á Ajax con nombradía.
 ¡Oh cielos, lo que algunos hombres hacen,
 Y lo que dejan sin hacer algunos!
 ¡Cómo de la fortuna caprichosa
 En el palacio algunos se introducen
 Mientras papel de tontos otros hacen!
 La gloria de un mortal otro se come;
 Porque la gloria, envanecida, ayuna.
 ¡Son de ver estos príncipes de Grecia!
 Hoy ya pasan la mano y acarician
 A ese bruto de Ajax, cual si tuviese
 La planta sobre el pecho de Héctor puesta
 Y Troya retemblara.
- AQUIL.** Verdad es eso. Junto á mí pasaron
 Como pasa el avaro ante el mendigo.
 Ni palabra cortés me dirigieron,
 Ni un saludo. ¿Se olvidan mis proezas?
- ULISES.** Camina con alforjas á la espalda
 El tiempo, y mete en ellas las limosnas
 Que recogiendo va para el olvido,
 Para la ingratitude, para ese monstruo
 Gigantesco, que estima cual mendrugos
 Las heroicas proezas ya pasadas,

LOS HEROES EN TROYA

Que no bien se ejecutan se devoran.
 Y que apenas se hicieron se olvidaron.
 Perseverar es lo que brillo imprime
 A nuestra fama. Lo que queda hecho
 Es la cota enmohecida que se cuelga
 Cual recuerdo irrisorio. Los instantes
 Aprovechemos que la gloria marcha
 Por vía tan angosta, que uno solo
 Por ella puede caminar de frente.
 Ni hay que perder la senda, que mil hijos
 Tiene la envidia y en tropel os siguen.
 Si os detenéis, ó del camino recto
 Os desviáis, cual crece la marea,
 Impetuosos, todos se abalanzan
 Y á la zaga os veréis.
 Corcel caído en la primera fila,
 De retaguardia vil seréis alfombra
 Y atropellado allí, pisoteado.
 Y lo que luego de presente hagan,
 Aunque no iguale á lo que vos hicisteis,
 Lo eclipsará; que el mundo es como el huésped,
 Que apenas da la mano al que se ausenta,
 Y, como si volara, abre los brazos
 Para coger á quien se acerca en ellos.
 Para las bienvenidas las sonrisas,
 Para las despedidas los suspiros.
 ¡Oh! pretender el mérito no debe
 Por lo que un tiempo fué premio ninguno,
 Porque ingenio, belleza,
 Alta cuna, vigor, merecimientos,
 El amor, la amistad, la tolerancia,
 Cualidades son todas que dependen
 De la envidia y calumnias de este mundo.
 De la naturaleza un solo rasgo
 En prójimo convierte al mundo entero.
 Todos con voz unánime celebran
 Noveles fruslerías, aunque fueren
 Batidas en los moldes del pasado.
 Y ensalzan más al polvo que se dora
 Que al oro que se empolva levemente.
 Para los ojos de lo actual, encomios
 Merece lo actual. Por eso mismo,
 Hombre grande y perfecto, no te asombre
 Que á Ajax los griegos príncipes aplaudan,
 Pues se percibe más lo que se mueve
 Que lo que está en reposo. Te aclamaron

En otro tiempo á ti. Te aclamarían
 Ahora también. Tornaran á aclamarte
 Si no quisieras sepultarte vivo
 Y en esa tienda encajonar tu fama
 Tú, que hace tiempo en estos mismos campos
 Con tus gloriosos hechos provocaste
 Entre los altos dioses la discordia
 Y al gran Marte indujiste á rebeldía.

AQUIL. De mi abstención son grandes los motivos.

ULISES. Mas los motivos para no abstenerte
 Aun más heroicos son y poderosos.
 De una hija de Príamo prendado
 Se sabe estás, Aquiles.

AQUIL. ¡Ah! ¿Se sabe?

ULISES. ¿Acaso es maravilla?

La activa previsión de todo Estado
 Conoce cuántos granos atesora
 De oro Plutón. Abismos increíbles
 Sondea y adivina pensamientos,
 Y en su callada cuna los descubre
 Como los dioses casi. Fuerza oculta,
 Que no se atreve á descubrir la historia,
 Hay en el alma de un Estado, y tiene
 Más divinal poder del que es posible
 Expresé la palabra ni la pluma.
 Lo que tú hiciste con respecto á Troya
 Tan es nuestro cual tuyo, y cuadraría
 Mejor á Aquiles que venciera á un Héctor
 Que á Polixema. Y Pirro, que en sus lares
 Ahora está, con dolor oirá sin duda
 Resonar la trompeta de la fama
 En nuestras islas, y á doncellas griegas
 Estas palabras entonar bailando:
 «Vence de Héctor Aquiles á la hermana,
 A Héctor Ajax con fuerza sobrehumana.»
 Pásalo bien. Yo te hablo como amigo.
 A un necio deslizarse dejarías
 Por hielo que romper tú deberías.

(Vase.)

PATR. Te aconsejo del propio modo, Aquiles.
 Es la mujer impúdica y hombruna
 Despreciable, cual hombre afeminado
 Lo es en tiempos de acción. A mí me tachan.
 Piensan que el no gustarme á mí la guerra,
 Y la gran amistad que á mí me tienes,

Es lo que te refrena de este modo.
Hermano, despabilate. Cupido,
Cual caprichoso débil, de tu cuello
Verás que afloja el amoroso lazo,
Que, cual si fuese gota de rocío
En la melena de un león, sacude.

AQUIL. ¿Ajax con Héctor lucha?

PATR. Sí, por cierto,

Y alta gloria tal vez de ello recabe.

AQUIL. Es mi reputación la que peligra,
Y herida está mi fama gravemente.

PATR. Guárdate, pues; que heridas semejantes
Que uno á sí mismo infiere, mal se curan.
El dejar de cumplir lo que debemos
Es orden dar de que en el mismo blanco
Del peligro nos hieran, y el peligro,
Sutil cual calentura, nos invade
Aunque estemos tomando el sol ociosos.

AQUIL. Patroclo amigo: llámame á Tersites.

Busque el bufón á Ajax, y que le ruegue
Que, al terminar la lucha, á los troyanos
Nobles invite á verme aquí sin armas.

Deseo femenil, fiero apetito

Tengo de verme yo con el gran Héctor

Traje de paz vistiéndose, de hablarle,

Y cara á cara contemplar su rostro

A mi satisfacción. Trabajo ahorrado.

(*Entra Tersites.*)

TERS. ¡Maravilla!

AQUIL. ¿Qué?

TERS. Ajax pasea el campo arriba y abajo, bus-
cándose á sí mismo.

AQUIL. ¿Cómo es eso?

TERS. Lucha mañana con Héctor en singular combate, y
la heroica paliza que va á dar tan proféticamente lo enorgullece,
que en silencio desbarra.

AQUIL. ¿Cómo puede ser eso?

TERS. ¡Vaya! Se pavonea como pavo real. Un paso y una
parada. Rumía como posadera que no tiene más aritmética que
sus sesos para sumar la cuenta. Se muerde el labio con prudente
consideración, como si dijera: «En esta cabeza hay talento, pero
no sale». Y lo hay; pero yace allí tan yerto como el fuego en la
piedra de chispas, y no aparece sino á fuerza de golpes. Perdido
está el hombre para siempre. Si Héctor no lo revienta en el
combate. reventará de orgullo. Ni me conoce. Díjele: «Buenos

días, Ajax», y me replicó: «Gracias, Agamenón». ¿Qué pensáis de un hombre que me toma á mí por el general? Se ha convertido en pez terrestre, en ser sin nombre, en monstruo. Baldón de la fama; pues puede llevarse, como justillo de cuero, al derecho ó al revés.

AQUIL.—Tienes que ser mi embajador para con él, Tersites.

TERS.—¡Quién! ¿Yo? ¡Pues si no contesta á nadie! No se cuida de dar respuestas. El hablar es para los mendigos. Lleva la lengua en sus brazos. Os lo representaré. Que me haga preguntas Patroclo, y veréis la imagen de Ajax.

AQUIL.—A ello, Patroclo. Dile que humildemente deseo que el valiente Ajax invite al valerosísimo Héctor á que venga desarmado á mi tienda, y que procure salvoconducto para su persona del magnánimo é ilustrísimo seiscientas ó setecientas veces excelentísimo Capitán general del ejército griego, Agamenón. Hazlo.

PATR.—Jove bendiga al gran Ajax.

TERS.—¡Oh!

PATR.—Vengo de parte del digno Aquiles.

TERS.—¡Ah!

PATR.—Quien humildemente desea que invites á Héctor á su tienda...

TERS.—¡Oh!

PATR.—Y que procure salvoconducto de Agamenón.

TERS.—¡Agamenón!

PATR.—¿Qué contestas?

TERS.—Dios te guarde. Con toda el alma.

PATR.—Tu respuesta.

TERS.—Si mañana hace buen tiempo, á las once será ó lo uno ó lo otro. Sin embargo, antes que me coja me lo pagará.

PATR.—Tu respuesta.

TERS.—Dios te guarde. Con toda el alma.

AQUIL.—Vamos. ¿Está así, en este temple?

TERS.—No. Está destemplado así. Cuál será la música que en él subsista cuando Héctor le haya vaciado los sesos, no lo sé; pero creeré que ninguna, á no ser que el violinista Apolo se apodere de sus nervios para convertirlos en cuerdas.

AQUIL.—Ven aquí. Tienes que llevarle una carta en seguida.

TERS.—Dame otra para su caballo, porque ése es el animal más inteligente de los dos.

AQUIL. Mi alma está como fuente perturbada,

Y ni yo puedo distinguir su fondo.

(Vanse Aquiles y Patroclo.)

TERS.—¡Ojalá que la fuente de tu alma se aclare otra vez

para abreviar en ella á un burro! Antes sería yo garrapata de carnero que necio tan animoso.

Escena: Troya, Una calle.

Entran, de una parte ENEAS y un sirviente con antorcha. y de la otra PARIS, DEÍFOBO, ANTENOR, DIOMEDES y otros con antorchas.

PARIS. ¡Hola! ¿Quién va? ¿quién es?

DEÍF. El noble Eneas.

ENEAS. ¿Es el príncipe mismo? Si tuviese
Las razones que tú, príncipe Paris,
Para no madrugar, sólo un mandato
Del cielo privaría de compañía
A la que de mi lecho participa.

DIÓM. Lo mismo digo. ¡Salve, noble Eneas!

PARIS. Valiente el griego es. Dale tu mano,
Eneas. Lo atestigua tu lenguaje
Al decir que en el campo una semana
Acosado te tuvo cada día.

ENEAS. Salud á tí, valiente, mientras dure
La pacífica tregua; pero luego
Que te halle armado, el reto más sombrío
Que el alma piense y que el valor imponga.

DIÓM. Ambas cosas Diómedes acepta:
En calma hoy nuestra sangre, te saludo;
Pero al luchar, como ocasión tuviere,
¡Vive Jove! que á caza de tu vida
Iré con el valor, con la constancia
Y con toda la astucia que posea.

ENEAS. Y lucharás con un león que huye
Volviéndote la cara. Bienvenido,
No obstante, á Troya. ¡Por la vida misma
De Anquises, bienvenido! ¡Por la mano
De Venus te lo juro! Ser viviente
Ninguno puede amar con más cariño
A lo que dar la muerte se propone.

DIÓM. Simpatizamos. ¡Jove! Viva Eneas
Mil carreras del sol si de mi espada
Su término fatal gloria no fuere;
Mas si acrece mi honor mañana mismo,
Que muera herido en cada coyuntura.

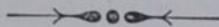
ENEAS. Nos conocemos bien.

DIÓM. Y peor deseamos conocernos.

PARIS. ¡Cuán cordialmente hostil es el saludo!
Odio más cariñoso nunca he visto.
¿Qué asunto os trae, señor, tan de mañana?

- ENEAS. Me ordena el Rey venir. La causa ignoro.
 PARIS. Pues esto se propone. Que conduzcas
 A la casa de Calcas á este griego ;
 Y que por Antenor, que queda libre,
 Allí le den á Crésida la bella.
 Ven con nosotros, ó, si más te place,
 Precédenos y vete de seguida.
 Me parece, ó más bien sé con fijeza
 Que ha pernoctado allí mi hermano Troilo.
 Despiértalo, y que sepa que allí vamos,
 Y cuáles son las causas. Yo me temo
 Que nos vamos á ver mal recibidos.
 ENEAS. De seguro. Mejor quisiera Troilo
 Que se llevaran á la Grecia á Troya,
 Que á Crésida de Troya se llevaran.
 PARIS. Pues no hay remedio alguno. Así lo exige
 Cruel necesidad. Ve tú delante.
 Te seguiremos.
 ENEAS. Buenos días, todos.

(Vase con el sirviente.)



RESCATE DE HÉCTOR

POR HOMERO

Traducción del Dr. D. Luis Segalá y Estalella.

LUIS SEGALÁ Y ESTALELLA—Helenista contemporáneo. Nació en Barcelona en 21 de junio de 1873: ingresó en el Profesorado, ganando la Cátedra de Lengua griega en la Universidad de Sevilla, de donde pasó á la de Barcelona. La crítica ha recibido con elogio su traducción de *La Iliada* hecha directamente del original griego.

Disolvióse la junta y los guerreros se dispersaron por las naves, tomaron la cena y se regalaron con el dulce sueño. Aquiles lloraba, acordándose del compañero querido, sin que el sueño, que todo lo rinde, pudiera vencerle: daba vueltas acá y allá, y con amargura traía á la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, lo que de mancomún con él llevara á cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora combatiendo con los hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, prorrum-pía en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y al fin, levantándose, vagaba triste por la playa. Nunca le pasaba inadvertido el despuntar de la aurora sobre el mar y sus riberas; entonces uncía al carro los ligeros

Substituto

corceles, y, atando al mismo el cadáver de Héctor, arrastrábalo hasta dar tres vueltas al túmulo del difunto Mentíada; acto continuo volvía á reposar en la tienda, y dejaba el cadáver tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de muerto, le libraba de toda injuria y lo protegía con la égida de oro para que Aquiles no lacerase el cuerpo mientras lo llevaba por el suelo.

De tal manera Aquiles, enojado, insultaba al divino Héctor. Compadecidos de éste los bienaventurados dioses, instigaban al vigilante Argicida á que hurtase el cadáver. A todos les placía tal propósito, menos á Juno, á Neptuno y á la virgen de los brillantes ojos, que odiaban como antes á la sagrada Ilión, á Príamo y á su pueblo por la injuria que Alejandro infiriera á las diosas cuando fueron á su cabaña y declaró vencedora á la que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando después de la muerte de Héctor, llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo á los inmortales :

—Sois, ¡oh, dioses! crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en vuestro honor muslos de bueyes y de cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis á salvar el cadáver y ponerlo á la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y del pueblo, que, al momento, lo entregarían á las llamas y le harían honras fúnebres; por el contrario, ¡oh, dioses! queréis favorecer al pernicioso Aquiles, el cual concibe pensamientos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas feroces, como un león que, dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina á los rebaños de los hombres para aderezarse un festín: de igual modo perdió Aquiles la piedad, y ni siquiera conserva el pudor que tanto favorece ó daña á los varones. Aquél á quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal ó el hijo, al fin cesa de llorar y lamentarse; porque las Parcas dieron al hombre un corazón paciente. Mas Aquiles, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata el cadáver al carro y lo arrastra alrededor del túmulo de su compañero querido; y esto ni á aquél le aprovecha, ni es decoroso. Tema que nos irriteemos contra él, aunque sea valiente, porque, enfureciéndose, insulta á lo que tan sólo es ya insensible tierra.

Respondióle irritada Juno, la de los niveos brazos: —Sería como dices, ¡oh, tú que llevas el arco de plata! si á Aquiles y

á Héctor los tuviérais en igual estima. Pero Héctor fué mortal y dióle el pecho una mujer ; mientras que Aquiles es hijo de una diosa á quien yo misma alimenté, y crié y casé luego con Peleo, varón cordialmente amado por los inmortales. Todos los dioses presenciasteis la boda ; y tú pulsaste la cítara y con los demás tuviste parte en el festín, ¡oh, amigo de los malos, siempre pérfido !

Replicó Júpiter, que amontona las nubes :—¡ Juno ! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que los tengamos ; pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de cuantos mortales viven en Ilión, porque nunca se olvidó de dedicarnos agradables ofrendas. Jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores que se nos deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor ; es imposible que se haga á hurto de Aquiles, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su madre. Mas, si alguno de los dioses llamase á Tetis, yo le diría á ésta lo que fuera oportuno para que Aquiles, recibiendo los dones de Príamo, restituyese el cadáver.

Así se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje ; saltó al negro ponto entre la costa de Samos y la escarpada de Imbros, y resonó el estrecho. La diosa se lanzó á lo profundo, como descende el plomo asido al cuerno de un buey montaraz en que se pone el anzuelo y lleva la muerte á los voraces peces. En la profunda gruta halló á Tetis y á otras muchas diosas marinas que la rodeaban : la ninfa, sentada en medio de ellas, lloraba por la suerte de su hijo, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y, acercándosele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo :

—Ven, Tetis, pues te llama Júpiter, el concedor de los eternos decretos.

Respondióle Tetis, la diosa de los argentados pies :—¿ Por qué aquel gran dios me ordena que vaya ? Me da vergüenza juntarme con los inmortales, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré para que sus palabras no resulten vanas y sin efecto.

En diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan obscuro que no había otro que fuese más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Sa-

lieron éstas á la playa, ascendieron al cielo y hallaron al longividente Saturnio con los demás felices sempiternos dioses. Sentóse Tetis al lado de Júpiter, porque Minerva le cedió el sitio, y Juno púsole en la mano una copa de oro que la ninfa devolvió después de haber bebido. Y, el padre de los hombres y de los dioses, comenzó á hablar de esta manera :

—Vienes al Olimpo, ¡ oh, diosa Tetis ! afligida y con el ánimo agobiado por vehemente pesar. Lo sé. Pero, aun así y todo, voy á decirte por qué te he llamado. Hace nueve días que se suscitó entre los inmortales una contienda acerca del cadáver de Héctor, y de Aquiles, asolador de ciudades, é instigaban al vigilante Argicida á que hurtase el muerto ; pero yo prefiero dar á Aquiles la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y amistad. Ve en seguida al ejército, y amonesta á tu hijo. Dile que los dioses están muy irritados contra él y yo más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndose retiene á Héctor en las corvas naves y no permite que lo rediman ; por si, temiéndome, consiente que el cadáver sea rescatado. Y enviaré la diosa Iris al magnánimo Príamo para que vaya á las naves de los aqueos y redima á su hijo, llevando á Aquiles dones que aplaquen su enojo.

Así se expresó, y Tetis, la diosa de los argentados pies, no fué desobediente. Bajando en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, llegó á la tienda de su hijo : éste gemía sin cesar, y sus compañeros se ocupaban, diligentemente, en preparar la comida, habiendo inmolado una grande y lanuda oveja. La veneranda madre se sentó muy cerca del héroe, le acarició con la mano, y hablóle en estos términos :

—¡ Hijo mío ! ¿ Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte ni de la comida ni del concúbito ? Bueno es que goces del amor con una mujer, pues ya no has de vivir mucho tiempo ; la muerte y el hado cruel se te acercan. Y ahora préstame atención, pues vengo como mensajera de Júpiter. Dice que los dioses están muy irritados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndote, retienes á Héctor en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea : entrega el cadáver y acepta su rescate.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros : — Sea así. Quien traiga el rescate, se lleve el muerto ; ya que, con ánimo benévolo, el mismo Olímpico lo ha dispuesto.

De este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre á hijo muchas aladas palabras. Y en tanto, el Saturnio envió á Iris á la sagrada Ilión :

—¡ Anda, ve, rápida Iris ! Deja tu asiento del Olimpo, entra en Ilión y di al magnánimo Príamo que se encamine á las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando á Aquiles dones que aplaquen su enojo. Vaya solo, sin que ningún troyano se le junte, y acompáñele un heraldo más viejo que él, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego á la población el cadáver de aquél á quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo, pues le daremos por guía al Argicida, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y, cuando haya entrado en la tienda del héroe, éste no le matará, é impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles, ni es insensato ni temerario, ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar á un suplicante.

Tal dijo. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje ; y, en llegando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio alrededor del padre, bañaban sus vestidos con lágrimas, y el anciano aparecía en medio, envuelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol que, al revolcarse por el suelo, había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se lamentaban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la llanura por haber dejado la vida en manos de los argivos. Detúvose la mensajera de Júpiter cerca de Príamo y, hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros, así le dijo :

—Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes ; que no vengo á presagiarte males, sino á participarte cosas buenas : soy mensajera de Júpiter, que, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, llevando á Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ve solo, sin que ningún troyano se te junte, acompañado de un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y, conduzca luego, á la población el cadáver de aquél á quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe tu ánimo, pues tendrás por guía al Argicida, el cual te llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y, cuando hayas entrado en la tienda del héroe, éste no te ma-

tará é impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles ni es insensato, ni temerario, ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar á un suplicante.

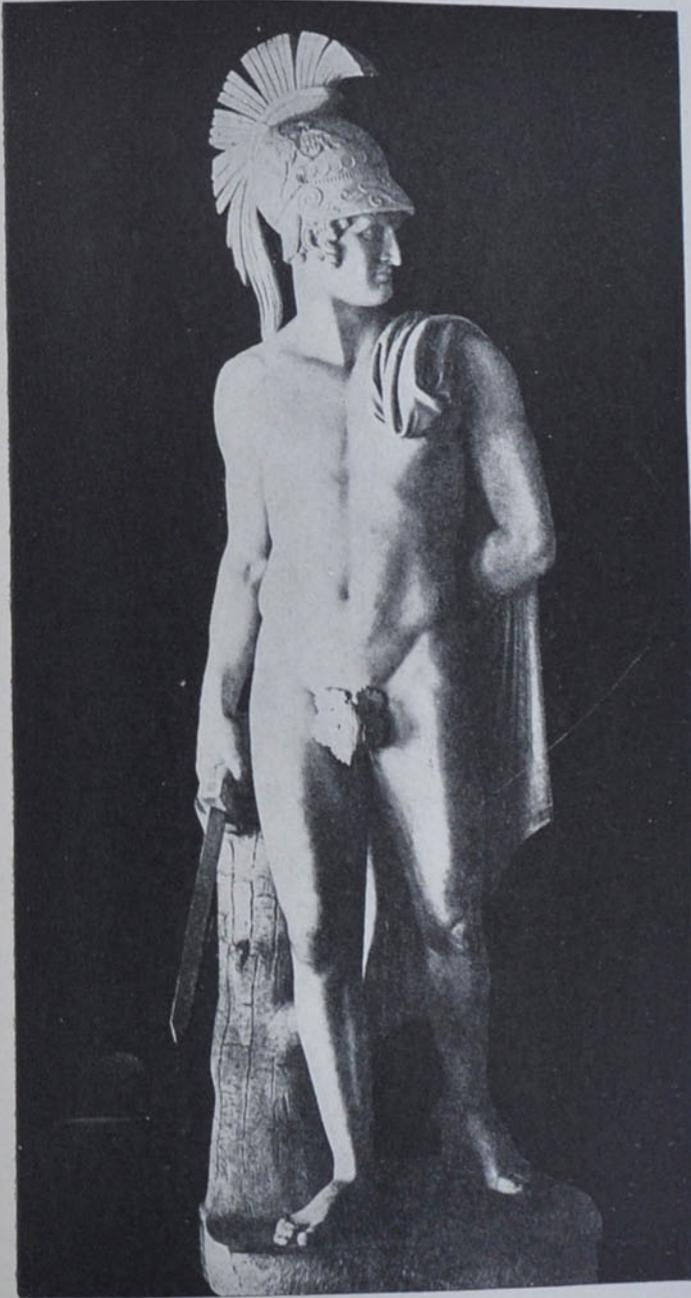
Cuando esto hubo dicho, fuése Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó á sus hijos que prepararan un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima un arca y la sujetaran con sogas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado techo y guardaba muchas preciosidades; y llamando á su esposa Hécuba, hablóle en estos términos:

—¡Hécuba infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido, por orden de Júpiter, á encargarme que vaya á las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando á Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ea, dime: ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me instigan á ir allá, á las naves, al campamento vasto de los aqueos.

Así dijo. La mujer prorrumpió en sollozos y respondió diciendo:

—¡Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes te hizo célebre entre los extranjeros y entre aquéllos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo á las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega á verte con sus propios ojos y te coge, ni se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos á Héctor sentados en el palacio, á distancia de su cadáver; ya que, cuando le parí, el hado poderoso hiló de esta suerte el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne á los veloces perros, lejos de sus padres y junto al hombre violento, cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincándole los dientes. Entonces quedarían vengados los insultos que ha hecho á mi hijo; que éste, cuando aquél le mató, no se portaba cobardemente, sino que á pie firme defendía á los troyanos y á las troyanas del profundo seno, no pensando ni en huir ni en evitar el combate.

Contestó el anciano Príamo, semejante á un dios:—No te opongas á mi resolución, ni seas para mí un ave de mal agüero en el palacio. No me persuadirás. Si me diese la orden uno de los que viven en la tierra, aunque fuera adivino, arúspice ó sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aún más; pero ahora, como yo mismo he oído á la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus palabras. Y si mi destino



Héctor.



es morir en las naves de los aqueos, de bronceas túnicas, lo acepto : máteme Aquiles tan luego como abrace á mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle.

Dijo ; y, levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, doce mantos sencillos, doce tapetes, doce bellos palios y otras tantas túnicas. Pesó luego diez talentos de oro. Y, por fin, sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una magnífica copa que los tracios le dieron cuando fué, como embajador, á su país, y era un soberbio regalo ; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio á causa del vehemente deseo que tenía de rescatar á su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera á los troyanos, increpándolos con injuriosas palabras :

¡ Idos enhoramala, hombres infames y vituperables ! ¿ Por ventura no hay llanto en vuestra casa, que venís á affigirme ? ¿ O creéis que son pocos los pesares que Jove Saturnio me envía, con hacerme perder un hijo valiente ? También los probaréis vosotros. Muerto él, será mucho más fácil que los argivos os maten. Pero, antes que con estos ojos vea la ciudad tomada y destruida, descienda yo á la mansión del Orco.

Dijo, y con el cetro echó á los hombres. Estos salieron, apremiados por el anciano. Y, en seguida, Príamo reprendió á sus hijos Heleno, Paris, Agatón divino, y Pamón, Antifono, Polites, valiente en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el fuerte Dío ; á los nueve los increpó y les dió órdenes, diciendo :

— ¡ Daos prisa, malos hijos, ruines ! Ojalá que, en lugar de Héctor, hubieseis muerto todos en las veleras naves. ¡ Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en la vasta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda ! Al divino Néstor, á Troílo, que combatía en carro, y á Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un mortal sino de una divinidad, Marte les hizo perecer ; y restan los que son indignos, embusteros, danzarines, señalados únicamente en los coros, y hábiles en robar al pueblo corderos y cabritos. Pero ¿ no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas estas cosas, para que emprendamos el camino ?

Así les habló. Ellos, temiendo la reconvención del padre, sacaron un carro de mulas, de hermosas ruedas, magnífico, recién construido ; pusieron encima el arca, que ataron bien ; descolgaron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de

anillos, y tomaron una correa de nueve codos que servía para atarlo. Colgaron después el yugo sobre la parte anterior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron á aquél, atándolo con la correa, á la cual hicieron dar tres vueltas á cada lado y cuyos extremos reunieron en un nudo. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el carro los innumerables dones para el rescate de Héctor; uncieron los mulos de tiro, de fuertes cascos, que, en otro tiempo, regalaron los misios á Príamo como espléndido presente, y acercaron al yugo dos corceles, á los cuales el anciano en persona daba de comer en pulimentado pesebre.

Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos, uncían los caballos en el alto palacio, acercóseles Hécuba, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir; y, deteniéndose ante el carro, dijo á Príamo:

—Toma: haz la libación al padre Jove y suplicale que puedas volver del campamento de los enemigos á tu casa, ya que tu ánimo te incita á ir á las naves contra mi deseo. Ruega, pues, á Júpiter Ideo, el dios de las sombrías nubes que desde lo alto contempla la ciudad de Troya, y pídele que haga aparecer á tu derecha su veloz mensajera, el ave que le es más querida y cuya fuerza es inmensa, para que, en viéndola con tus propios ojos, vayas, alentado por el agüero, á las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el longividente Júpiter no te enviase su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras á las naves de los argivos por mucho que lo desees.

Respondióle el deiforme Príamo:—¡Mujer! no dejaré de obrar como me recomiendas. Bueno es levantar las manos á Júpiter para que de nosotros se apiade.

Dijo así el anciano, y mandó á la esclava despensera que le diese agua limpia á las manos. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado, recibió la copa de manos de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, alzando los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

—¡Padre Júpiter, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédeme que, al llegar á la tienda de Aquiles, le sea grato y de mí se apiade; y haz que aparezca á mi derecha tu veloz mensajera, el ave que te es más querida y cuya fuerza es

inmensa, para que después de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, á las naves de los dánaos, de rápidos corceles.

Tal fué su plegaria. Oyóla el provido Júpiter, y al momento envió la mejor de las aves agoreras, un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de *percnón*. Cuanta anchura suele tener en la casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien adaptada al marco y asegurada por un cerrojo, tanto espacio ocupaba con sus alas, desde el uno al otro extremo, el águila que apareció volando á la derecha por cima de la ciudad. Al verla todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

El anciano subió presuroso al carro, y lo guió á la calle, pasando por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Iban delante los mulos que tiraban del carro de cuatro ruedas, y eran gobernados por el prudente Ideo; seguían los caballos que el viejo aguijaba con el látigo para que atravesaran prestamente la ciudad; y todos los amigos acompañaban al rey, derramando abundantes lágrimas, como si á la muerte caminara. Cuando hubieron bajado de la ciudad al campo, hijos y yernos regresaron á Ilión. Mas, al atravesar Príamo y el heraldo la llanura, no dejó de advertirlo Júpiter, que vió al anciano y se compadeció de él. Y llamando, en seguida, á su hijo Mercurio, hablóle de esta manera:

—¡Mercurio! Puesto que te es grato acompañar á los hombres y oyes las súplicas del que quieres, anda, ve y conduce á Príamo á las cóncavas naves aqueas, de suerte que ningún dánao le vea hasta que haya llegado á la tienda de Pelida.

Así habló. El mensajero Argicida no fué desobediente: calzóse, al instante, los áureos divinos talares que le llevaban sobre el mar y la tierra inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece á cuantos quiere ó despierta á los que duermen. Llevándola en la mano, el poderoso Argicida emprendió el vuelo, llegó muy pronto á Troya y al Helesponto, y echó á andar, transfigurado en un joven príncipe á quien comienza á salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud.

Cuando Príamo y el heraldo llegaron más allá del gran túmulo de Ilo, detuvieron los mulos y los caballos para que bebiesen en el río. Ya se iba haciendo noche sobre la tierra. Advir-

tió el heraldo la presencia de Mercurio, que estaba junto á él, y hablando á Príamo dijo :

—Atiende, Dardánida, pues el lance que se presenta requiere prudencia. Veo á un hombre y me figuro que, al punto, nos ha de matar. Ea, huyamos en el carro, ó supliquémosle, abrazando sus rodillas, para ver si se compadece de nosotros.

Esto dijo. Turbósele al anciano la razón, sintió un gran terror, se le erizó el pelo en los flexibles miembros y quedó estupefacto. Entonces el benéfico Mercurio se llegó al viejo, tomóle por la mano, y le interrogó diciendo :

—¿Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulos durante la noche divina, mientras duermen los demás mortales? ¿No temes á los aqueos, que respiran valor, los cuales te son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos te viera conducir tantas riquezas en esta obscura y rápida noche, ¿qué resolución tomaría? Tú no eres joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podríais rechazar á quien os ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño, y además, te defendería de cualquier hombre, porque te pareces á mi padre.

Respondióle el anciano Príamo, semejante á un dios :—Así es, como dices, hijo querido. Pero alguna deidad extiende la mano sobre mí, cuando me hace salir al encuentro un caminante de tan favorable augurio como tú, que tienes cuerpo y aspecto dignos de admiración y espíritu prudente, y naciste de padres felices.

Dijole á su vez el mensajero Argicida :—Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero, ea, habla y dime con sinceridad : ¿Mandas á gente extraña tantas y tan preciosas riquezas á fin de ponerlas en cobro ; ó ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilión, por haber muerto el varón más fuerte, tu hijo, que á ninguno de los aqueos cedía en combate?

Contestóle el anciano Príamo, semejante á un dios :—¿Quién eres, hombre excelente, y cuáles son los padres de que naciste, que con tanta oportunidad has mencionado la muerte de mi hijo infeliz?

Replicó el mensajero Argicida :—Me quieres, probar, ¡oh, anciano! y por eso me preguntas por el divino Héctor. Muchas veces le vieron estos ojos en la batalla, donde los varones se hacen ilustres, y también cuando llegó á las naves matando

argivos, á quienes hería con el agudo bronce. Nosotros le admirábamos sin movernos, porque Aquiles estaba irritado contra el Atrida y no nos dejaba pelear. Pues, yo soy servidor de Aquiles, con quien vine en la misma nave bien construida; desciendo de mirmidones y tengo por padre á Políctor, que es rico y anciano como tú. Soy el más joven de sus siete hijos y, como lo decidiéramos por suerte, tocóme á mí acompañar al héroe. Y ahora he venido de las naves á la llanura, porque mañana los aqueos, de ojos vivos, presentarán batalla en los contornos de la ciudad: se aburren de estar ociosos, y los reyes aqueos no pueden contener su impaciencia por entrar en combate.

Respondióle el anciano Príamo, semejante á un dios:—Si eres servidor de Aquiles Pelida, ea, dime la verdad: ¿mi hijo yace aún cerca de las naves, ó Aquiles lo ha desmembrado y entregado á sus perros?

Contestóle el mensajero Argicida:—¡ Oh, anciano! Ni los perros ni las aves lo han devorado, y todavía yace junto al bajel de Aquiles, dentro de la tienda. Doce días lleva de estar tendido, y ni el cuerpo se pudre, ni lo comen los gusanos que devoran á los hombres muertos en la guerra. Cuando apunta la divinal Aurora, Aquiles lo arrastra, sin piedad, alrededor del túmulo de su compañero querido; pero ni aún así lo desfigura, y tú mismo, si á él te acercaras, te admirarías de ver cuán fresco está: la sangre ha sido lavada, no presenta mancha alguna, y cuantas heridas recibió, pues fueron muchos los que le envasaron el bronce, todas se han cerrado. De tal modo los bienaventurados dioses cuidan de tu hijo, aun después de muerto, porque era muy caro á su corazón.

De esta suerte se expresó. Alegróse el anciano, y respondió diciendo:—¡ Oh, hijo! Bueno es ofrecer á los inmortales los debidos dones. Jamás mi hijo, si no ha sido un sueño que haya existido, olvidó en el palacio á los dioses que moran en el Olimpo, y por esto se acordaron de él en el fatal trance de la muerte. Mas, ea: recibe de mis manos esta copa, para que la guardes, y guíame con el favor de los dioses hasta que llegue á la tienda del Pelida.

Díjole á su vez el mensajero Argicida:—¡ Oh, anciano! Quieres tentarme porque soy más joven; pero no me persuadirás con tus ruegos á que acepte el regalo sin saberlo Aquiles. Le temo y me da mucho miedo defraudarle: no fuera que después se

me siguiese algún daño. Pero te acompañaría cuidadosamente en una velera nave, ó á pie, aunque fuese hasta la famosa Argos, y nadie osaría atacarte, despreciando al guía.

Así habló el benéfico Mercurio; y, subiendo al carro, recogió, al instante, el látigo y las riendas, é infundió gran vigor á los corceles y mulos. Cuando llegaron al foso y á las torres que protegían las naves, los centinelas comenzaban á preparar la cena, y el mensajero Argicida los adormeció á todos; en seguida abrió la puerta, descorriendo los cerrojos, é introdujo á Príamo y el carro que llevaba los espléndidos regalos. Llegaron, por fin, á la elevada tienda que los mirmidones habían construido para el rey con troncos de abeto, cubriéndola con un techo inclinado de frondosas cañas que cortaron en la pradera; rodeábala una gran cerca de muchas estacas y tenía la puerta asegurada por una barra de abeto que quitaban ó ponían tres aqueos juntos, y sólo Aquiles la descorría sin ayuda. Entonces el benéfico Mercurio abrió la puerta é introdujo al anciano y los presentes para el Pelida, el de los pies ligeros. Y apeándose del carro, dijo á Príamo:

—¡Oh, anciano! Yo soy un dios inmortal, soy Mercurio; y mi padre me envió para que fuese tu guía. Me vuelvo antes de llegar á la presencia de Aquiles, pues sería indecoroso que un dios inmortal se tomara públicamente tanto interés por los mortales. Entra tú, abraza las rodillas del Pelida y suplicale por su padre, por su madre, de hermosa cabellera, y por su hijo, para que conmuevas su corazón.

Cuando esto hubo dicho, Mercurio se encaminó al vasto Olimpo. Príamo saltó del carro á tierra, dejó á Ideo con el fin de que cuidase los caballos y mulos, y fué derecho á la tienda en que moraba Aquiles, caro á Júpiter. Hallóle solo—sus amigos estaban sentados aparte;—y el héroe Automedonte y Alcimo, vástago de Marte, le servían, pues acababa de cenar; y si bien ya no comía ni bebía, aún la mesa continuaba puesta. El gran Príamo entró sin ser visto, acercóse á Aquiles, abrazó las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte á tantos hijos suyos. Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar á un hombre que tuvo la desgracia de matar en su patria á otro varón y ha emigrado á país extraño, de igual manera asombróse Aquiles de ver á Príamo, semejante á un dios; y los demás se sorpren-

dieron también y se miraron unos á otros. Y Príamo suplicó á Aquiles, dirigiéndole estas palabras :

—Acuérdate de tu padre, ¡ oh, Aquiles ! semejante á los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado á los funestos umbrales de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y de la ruina ; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver á su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos valientes en la espaciosa Ilión, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos : diecinueve eran de una misma madre ; á los restantes diferentes mujeres los dieron á luz en el palacio. A los más, el furibundo Marte les quebró las rodillas ; y él que era único para mí y defendía la ciudad y á sus habitantes, á ése, tú lo mataste poco ha mientras combatía por la patria, á Héctor, por quien vengo ahora á las naves de los aqueos, con un cuantioso rescate, á fin de redimir su cuerpo. Respeta á los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre ; yo soy aún más digno de compasión que él, puesto que me atreví á lo que ningún otro mortal de la tierra : á llevar á mis labios la mano del hombre matador de mis hijos.

Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre, y asiendo de la mano á Príamo, apartóle suavemente. Los dos lloraban, afligidos por los recuerdos : Príamo, acordándose de Héctor, matador de hombres, derramaba copiosas lágrimas prostrado á los pies de Aquiles ; éste las vertía unas veces por su padre y otras por Patroclo ; y los gemidos de ambos resonaban en la tienda. Mas, así que el divino Aquiles estuvo saciado de llanto y el deseo de sollozar cesó en su corazón, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y, mirando compasivo la cabeza y la barba encanecidas, díjole estas aladas palabras :

—¡ Ah, infeliz ! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo te atreviste á venir solo á las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan valientes hijos ? De hierro tienes el corazón. Mas, ea : toma asiento en esta silla ; y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. Los dioses condenaron á los míseros mortales á vivir en

la tristeza, y sólo ellos están descuitados. En los umbrales del palacio de Júpiter hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los azares y en el otro las suertes. Aquél á quien Júpiter, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe azares, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va, de un lado para otro, sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron á Peleo grandes mercedes desde su nacimiento: aventajaba á los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y, siendo mortal, tuvo por mujer á una diosa; pero, también le impusieron un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo uno engendró: á mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Troya, lejos de la patria, para contristarte á ti y á tus hijos. Y dicen que también tú, ¡oh, anciano! fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, donde reinó Mácar, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre todos por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, sucédense, alrededor de la ciudad, las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo resignado, y no dejes que se apodere de tu corazón un pesar continuo, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo ni lograrás que se levante; y, quizás tengas que padecer una nueva desgracia.

Respondió el anciano Príamo, semejante á un dios:—No me hagas sentar en esta silla, alumno de Júpiter, mientras Héctor yace insepulto en la tienda. Entrégamelo para que lo contemple con mis ojos, y recibe el cuantioso rescate que te traemos. ¡Ojalá puedas disfrutar de él y volver á tu patria, ya que ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol!

Mirándole con torva faz, le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:—¡No me irrites más, ¡oh, anciano! Dispuesto estoy á entregarte el cadáver de Héctor, pues para ello Júpiter envióme como mensajera la madre que me parió, la hija del anciano del mar. Comprendo también, y no se me oculta, que un dios te trajo á las veleras naves de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se atrevería á venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas, ni quitaría, con facilidad, la barra que asegura la puerta. Abstente.

pues, de exacerbar los dolores de mi corazón ; no sea que deje de respetarte, ¡ oh, anciano ! aunque te hallas en mi tienda y eres un suplicante, y viole las órdenes de Júpiter.

Tales fueron sus palabras. El anciano sintió temor, y obedió el mandato. El Pelida, saltando como un león, salió de la tienda ; y no se fué solo, pues le siguieron el héroe Automedonte y Alcimo, que eran los compañeros á quienes más apreciaba después del difunto Patroclo. En seguida desengancharon los caballos y los mulos, introdujeron el heraldo del anciano, haciéndole sentar en una silla, y quitaron del lustroso carro los cuantiosos presentes destinados al rescate de Héctor. Tan sólo dejaron dos palios y una túnica bien tejida, para envolver el cadáver antes que Príamo se lo llevase al palacio. Aquiles llamó entonces á las esclavas y les mandó que lavaran y ungieran el cuerpo de Héctor, trasladándolo á otra parte para que Príamo no lo advirtiese ; no fuera que, afligiéndose al ver á su hijo, no pudiese reprimir la cólera en su pecho é irritase el corazón de Aquiles, y éste le matara, quebrantando las órdenes de Júpiter. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas lo cubrieron con la túnica y el hermoso palio ; después, el mismo Aquiles lo levantó y colocó en un lecho, y, por fin, los compañeros lo subieron al lustroso carro. Y el héroe suspiró y dijo, nombrando á su amigo :

—No te enojas conmigo, ¡ oh, Patroclo !, si en el Orco te enteras de que he entregado el cadáver del divino Héctor al padre de este héroe ; pues me ha traído un rescate digno, y consagraré á tus manes la parte que te es debida.

Habló así el divino Aquiles y volvió á la tienda. Sentóse en la silla labrada que antes ocupara, de espaldas á la pared, frente á Príamo, y hablóle en estos términos :

—Tu hijo, ¡ oh, anciano ! rescatado está, como pedías : yace en un lecho, y cuando asome el día podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar, pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos : seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató disparando el arco de plata ; á aquéllas dióles muerte Diana, que se complace en tirar flechas, porque la madre osaba compararse con Latona, la de hermosas mejillas, y decía que ésta sólo había dado á luz dos hijos, y ella había parido muchos ; y los de la diosa, no sien

do más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron tendidos en su sangre, y no hubo quien los enterrara, porque el Saturnio había convertido á los hombres en piedras; pero, al llegar al décimo, los dioses celestiales los sepultaron. Y Níobe, cuando se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase, actualmente, en las rocas de los montes yermos de Sípilo, donde, según dicen, están las grutas de las ninfas que bailan junto al Aqueloo; y, aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las deidades le causaron. Mas, ea: cuidemos también nosotros de comer, y más tarde, cuando hayas transportado el hijo á Ilión, podrás hacer llanto sobre él mismo, y será por ti muy llorado.

En diciendo esto, el veloz Aquiles levantóse y degolló una cándida oveja; sus compañeros la desollaron y prepararon, la descuartizaron con arte, y, cogiendo con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente, y los retiraron del fuego. Automedonte repartió pan en hermosas canastillas, y Aquiles distribuyó la carne. Ellos alargaron la diestra á los manjares que tenían delante; y, cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquiles, pues el héroe parecía un dios; y, á su vez, Aquiles admiró á Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras. Y, cuando se hubieron deleitado, mirándose el uno al otro, el anciano Príamo, semejante á un dios, dijo el primero:

—Permite, ¡oh, alumno de Júpiter! que me acueste y disfrute del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo murió á tus manos, pues, continuamente, gimo y devoro pesares inúmeros, revolcándome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y rociado con el negro vino la garganta, lo que desde entonces no había hecho.

Dijo. Aquiles mandó á sus compañeros y á las esclavas que pusieran camas debajo del pórtico, las proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen tapetes encima de ellos y dejasen afelpadas túnicas para abrigarse. Las esclavas salieron de la tienda llevando sendas hachas encendidas; y aderezaron diligentemente dos lechos. Y Aquiles, el de los pies ligeros, dijo en tono burlón á Príamo:

—Acuéstate fuera de la tienda, anciano querido; no sea que alguno de los caudillos aqueos venga, como suelen, á consul-

tarme sobre sus proyectos ; si alguno de ellos te viera durante la veloz y obscura noche, podría decirlo á Agamenón, pastor de pueblos, y quizás se diferiría la entrega del cadáver. Mas, ea : habla y dime con sinceridad, cuántos días quieres para hacer honras al divino Héctor ; y, durante este tiempo, permaneceré quieto y contendré al ejército.

Respondióle el anciano Príamo, semejante á un dios :—Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, obrando como voy á decirte, ¡oh, Aquiles! me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en la ciudad ; la leña hay que traerla de lejos, del monte, y los troyanos tienen mucho miedo. Durante nueve días le lloraremos en el palacio ; en el décimo le sepultaremos, y el pueblo celebrará el banquete fúnebre ; en el undécimo le erigiremos un túmulo, y en el duodécimo volveremos á pelear, si necesario fuere.

Contestóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros :—Se hará como dispones, anciano Príamo, y suspenderé el combate durante el tiempo que me pides.

Dichas estas palabras, estrechó la diestra del anciano para que no abrigara su alma temor alguno. El heraldo y Príamo, prudentes ambos, se acostaron en el vestíbulo. Aquiles durmió en el interior de la tienda, sólidamente construida, y, á su lado, descansó Briseida, la de hermosas mejillas.

Las demás deidades y los hombres que combaten en carros durmieron toda la noche, vencidos del dulce sueño ; pero éste no se apoderó del benéfico Mercurio, que meditaba cómo sacaría del recinto de las naves á Príamo sin que lo advirtiesen los sagrados guardianes de las puertas. Y, poniéndose encima de la cabeza del rey, le dijo :

—¡ Oh, anciano ! No te preocupa el peligro cuando duermes así, en medio de los enemigos, después que Aquiles te ha respetado. Acabas de rescatar á tu hijo, dando muchos presentes ; pero los otros hijos que dejaste en Troya tendrían que ofrecer tres veces más para redimirte vivo, si llegaran á descubrirte Agamenón Atrida y los aqueos todos.

De esta manera le habló. El anciano sintió temor y despertó al heraldo. Mercurio unció los caballos y los mulos, y, acto continuo, los siguió á través del ejército sin que nadie se percatara.

Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermo-

sa corriente que el inmortal Júpiter engendrara, Mercurio se fué al vasto Olimpo. La aurora, de azafanado velo, se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, guiaban los corceles hacia la ciudad, y les seguían los mulos con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vió llegar antes que Casandra, semejante á la dorada Venus; pues, subiendo á Pérgamo, distinguió el carro y en él á su padre y al heraldo, prigionero de la ciudad, y vió detrás á Héctor, tendido en un lecho que los mulos conducían. En seguida, prorrumpió en sollozos, y fué clamando por toda la población:

—Venid á ver á Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviese vivo del combate; pues era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo.

Tal dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó dentro de los muros. Todos sintieron intolerable dolor y fueron á encontrar cerca de las puertas al que les traía el cadáver. La esposa querida y la veneranda madre, echándose la primera sobre el carro de hermosas ruedas, y, tomando en sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaba los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas todo el día, hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiese dicho desde el carro:

—Haceos á un lado y dejad que pase con los mulos; y una vez lo haya conducido al palacio, os saciaréis de llanto.

Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del magnífico palacio pusieron el cadáver en un torneado lecho é hicieron sentar á su alrededor cantores que entonarían el treno: éstos cantaban con voz lastimera, y las mujeres respondían con gemidos. Y, en medio de ellos Andrómaca, la de niveos brazos, que sostenía con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dió comienzo á las lamentaciones, exclamando:

—¡Esposo mío! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros ¡infelices! hemos engendrado, es todavía infante y no creo que llegue á la juventud; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía á las venerables matronas y á los tiernos infantes. Fronto se las llevarán en las cóncavas naves y á mí con ellas. Y tú, hijo mío, ó me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios

viles, trabajando eu provecho de un amo cruel ; ó, algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre ¡ muerte horrenda ! irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre ó el hijo ; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra á manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y, por esto, le lloran todos en la ciudad. ¡ Oh, Héctor ! Has causado á tus padres llanto y dolor indecibles, pero á mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos.

Esto dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécula empezó, á su vez, el funeral lamento :

—¡ Héctor, el hijo más amado de mi corazón ! No puede dudarse de que en vida fueras caro á los dioses, pues no se olvidaron de ti en el fatal trance de la muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, á los demás hijos míos que logró coger, vendiólos al otro lado del mar estéril, en Samos, Imbros ó Lemnos, de escarpada costa ; á ti, después de arrancarte el alma con el bronce de larga punta, te arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su compañero Patroclo, á quien mataste, mas, no por esto, resucitó á su amigo. Y ahora yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del argénteo arco, mata con sus suaves flechas.

Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fué la tercera en dar principio al funeral lamento :

—¡ Héctor, el cuñado más querido de mi corazón ! Mi marido, el deiforme Alejandro, me trajo á Troya, ¡ ojalá me hubiera muerto antes ! ; y, en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva ó grosera ; y, si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas ó de las esposas de aquéllos, ó la suegra, pues el suegro fué siempre cariñoso como un padre, contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido lloro, á la vez, por ti y por mí, desgraciada ; que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo, ni amigo, pues todos me detestan.

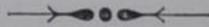
Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo :

—Ahora, troyanos, traed leña á la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos ; pues Aquiles, al despidirme en las negras naves, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora.

De este modo les habló. Pronto la gente del pueblo, unciendo á los carros bueyes y mulos, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearón abundante leña ; y, cuando por décima vez apuntó la aurora, que trae la luz á los mortales, sacaron, con los ojos preñados de lágrimas, el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y lo entregaron á las llamas.

Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la aurora de rosados dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira á que el fuego había alcanzado, y, seguidamente, los hermanos y los amigos, gimiendo y corriendo las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envuelta en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, amontonaron la tierra y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados, para no ser sorprendidos si los aqueos, de hermosas grebas, los atacaban. Levantado el túmulo, volviéronse ; y, reunidos después en el palacio del rey Príamo, alumno de Júpiter, celebraron un espléndido banquete fúnebre.

Así hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.



EL PINO

Los vientos me han derribado,
 Pobre pino, ¿y aún te atreves
 Carpintero sin entrañas,
 Ligero bajel hacerme
 Que cruce los anchos mares
 Al capricho de la suerte?
 ¿No te asustan los presagios?
 Me persiguieron crueles
 Los vientos sobre la tierra,
 ¿Y cómo no han de atreverse
 A perseguirme lo mismo
 Cuando en las olas me encuentre?

ELOGIO DE ELENA

POR ISÓCRATES

ISÓCRATES.—Nació 436 años antes de Cristo.—Célebre orador ateniense. A causa de su timidez natural no pudo dedicarse á la oratoria pública, y se consagró á la enseñanza de la elocuencia. Se distingue por la elegancia y la armonía, pero carece de energía y fuego. Nos restan de él veintiún discursos; la *Panatenaicas* ó elogio de Atenas, el *Panegírico*, el *Discurso á Nitocles sobre el arte de reinar*, etc.; también tenemos de él diez *Cartas*. Murió casi centenario.

Daremos principio á esta Oración por el principio también y origen de su linaje. Porque siendo muchos los semidioses que de Júpiter descendieron, con todo, de sola esta mujer se dignó ser llamado padre. Y habiendo particularmente atendido al hijo que en Alcmena tuvo, fué tanto más lo que con Elena se señaló respecto de Hércules, cuanto á éste no le dotó más que de valor, que sólo por fuerza puede sujetar á los demás, y á esta otra la adornó de belleza, que al mismo valor le suele rendir y encadenar. Y como supiese que la celebridad y nombradía no se debe regularmente al ocio y descanso, sino más bien á las peleas y combates, y quisiese, además, que no sólo sus cuerpos fuesen al Alcázar de los dioses trasladados, sino que dejaran también una fama para siempre memorable, al uno le hizo llevar una vida afanada y de un continuo combate, y á la otra la formó de una sobresaliente hermosura, y digna de ser á costa de peligros y guerras adquirida.

En primer lugar Teseo, dicho el Egiade, pero en la realidad hijo de Neptuno, viéndola tan floreciente y de tan extremada belleza sobre las demás, tan rendido quedó de su hermosura, sin embargo de estar acostumbrado á ser de otras vencedor, que teniendo una patria ilustre, y un reino por suyo con la mayor seguridad, creyó, con todo, que no era razón vivir entre todos aquellos bienes, sin la familiaridad y trato de esta mujer. Y como no pudiese alcanzarla de los que sobre ella tenían autoridad, por estar éstos esperando la edad de la muchacha y la respuesta del oráculo de Delfos, sin mirar en el poder de Tíndaro, ni apreciar el valor y fortaleza de Cástor y de Pólux, ni dár-

sele nada de todos los robustos y esforzados de la Laconia, robándola por fuerza, á Afidna, pueblo del Atica, se la llevó en su compañía. De resulta de lo cual quedó tan obligado á Pirotoo, quien con él había en el rapto tenido parte, que intentando éste después solicitar á la hija de Júpiter y Ceres, y pidiéndole que con él bajase al infierno, como viese que no podía con sus consejos apartarle de este propósito, por último le acompañó, creyendo que no rehusar nada de cuanto Pirotoo le mandase, era el pago que debía al favor de haber querido con él tener parte en aquel riesgo.

Y si el que todo esto hizo hubiera sido uno de tantos, y no de los más excelentes y señalados, no podría todavía conocerse si éste que voy tejiendo era un elogio de Elena, ó si era más bien una acusación contra Teseo.

Pero ahora, entre los que han sido celebrados, hallaremos que unos estuvieron faltos de valor, otros de sabiduría, y otros, finalmente, de cualquiera otra prenda, y que éste solo de ninguna careció, sino que antes de toda virtud se vió adornado. Así, he resuelto hablar largamente de él, por estar persuadido de que el más fuerte argumento que pueden tener los que se propongan alabar á Elena, será demostrar que los que la amaron y admiraron fueron, entre todos, los más dignos también de admiración. Porque las cosas en nuestros días sucedidas con razón las discernimos y juzgamos por nuestro propio parecer; mas en las que son tan antiguas, conviene que, con los que entonces se señalaron en prudencia, manifestemos conformarnos.

Lo más ilustre que de Teseo puede decirse es, que habiendo sido contemporáneo de Hércules, logró que su fama fuese rival de la de este héroe. Porque no solamente vinieron á adornarse con unas mismas armas, sino que se dieron también á unos mismos ejercicios, correspondiendo así á su origen y nacimiento. Porque siendo hijos de hermanos, el uno de Júpiter y el otro de Neptuno, vinieron á tener también como hermanas las inclinaciones y deseos. Solos ellos, entre todos cuantos hasta ahora ha habido, vivieron hechos unos perpetuos atletas por la seguridad y vida de los hombres.

Lo que hubo fué, que los trabajos del uno fueron más célebres y mayores; y los del otro más benéficos y de mayor utilidad para los griegos. Porque al uno mandó Euristeo que robase las vacas de la Eritea, que le llevase las manzanas de las



Teseo.



Hespérides, que trajese á la luz al Can Cerbero, y otras cosas por este término que á nadie podían aprovechar, y á él le ponían en el mayor peligro ; cuando el otro, señor de sí mismo, sólo se propuso aquellos combates de que había de resultar el ser tenido por bienhechor ó de todos los griegos, ó de su propia patria. Así, aquel toro que Neptuno arrojó sobre la tierra, y que hacía grandes destrozos por toda la región, no atreviéndose nadie á poner delante de él, este héroe lo domó, y libró del mucho temor y de la suma escasez á todos los que habitaban la ciudad. Y después de esto, yendo en socorro de los lapitas, y peleando contra los centauros, gentes de dos naturalezas, y que siendo en la ligereza, fuerza y osadía extremados, habían ya expugnado unas ciudades, á otras les ponían cerco, y á otras trataban de intimidarlas, habiéndoles vencido en batalla, por lo pronto les hizo cesar en sus insultos, y de allí á bien poco los borró de sobre la habitación de los hombres.

Por este mismo tiempo, como á aquel monstruo criado en Creta, y nacido de Pasifae, hija del Sol, conforme al oráculo le enviase la ciudad el tributo de los catorce mancebos, al ver que los llevaban, y que acompañados de todo el pueblo iban á una muerte tan injusta como cierta, y que en vida eran ya llorados, fué tanto lo que se enardeció, que desde luego tuvo por mejor la muerte, que el vivir en la afrenta é ignominia, reinando en una ciudad que tan duro y bárbaro tributo tenía que pagar á sus enemigos. Así, embarcándose con ellos, y sujetando después á aquel raro compuesto de naturaleza humana y naturaleza de toro, que alcanzaba unas fuerzas cuales á la mezcla de estos dos cuerpos convenía, salvó á los mancebos, y los volvió á entregar á sus padres, y consiguió redimir y libertar á su ciudad de aquella precisión tan cruel y tan difícil de quitar.

Mas ya me hallo perplejo acerca de lo que resta : porque tocando en las hazañas de Teseo, y habiendo ya empezado á hablar de ellas, no me gusta tenerlo que dejar al instante, y haber de omitir los delitos y maldades de Escirón, de Cercuón y de otros semejantes, contra quienes él se declaró, y venciéndolos libró á los griegos de muchas y muy grandes calamidades. Por otra parte, avergüénzome de salir de los justos límites, y temo no sea que á algunos les parezca que más atención pongo en este héroe, que en aquélla de quien me propuse hablar en el exordio.

Entre estos dos extremos, pues, esto es lo que elijo : dejar muchas cosas en consideración de los oyentes descontentadizos ; y de algunas otras hablar con la mayor brevedad que sea posible, para darles á ellos gusto, y dármele á mí también, y no condescender enteramente con los que de todo tienen envidia y en cuanto se dice encuentran qué tachar y reprender.

Así, que de su fortaleza dió muestra de estas hazañas y peleas, en que él solo intervino y tuvo parte ; de su ciencia militar y arte de la guerra, en aquellos combates en que se halló con toda su ciudad, y de su religión para con los dioses, en los ruegos que por Adrasto y por los hijos de Hércules interpuso. Porque á éstos, habiendo en batalla vencido á los del Peloponeso, los logró sacar á salvamento, y aquél le entregó, mal grado de los tebanos, los que junto al alcázar Cadmeo habían muerto, para que les diese sepultura.

Las demás virtudes suyas, principalmente la moderación, manifestólas asimismo no sólo en lo que va dicho, sino también en el porte que tuvo para el gobierno de su ciudad. Porque como observase que los que intentan valerse de la fuerza para reinar sobre sus ciudadanos, de los demás vienen á ser esclavos ; y que los que á las vidas de los otros les suscitan peligros, no viven á gusto, y siempre tienen que estar en guerra, ayudados de su ciudad contra los enemigos que se granjean, y con el socorro de algunos extranjeros contra los de su mismo pueblo ; y, además de esto, que mientras roban los templos y dan muerte á los mejores ciudadanos, de sus más íntimos familiares desconfían, y así en nada viven más á placer que los sentenciados al último suplicio, sino que, siendo al parecer y por de fuera envidiables, dentro de sí mismos son los hombres más angustiados del mundo, porque, ¿qué cosa más miserable que vivir siempre temiendo no sea que alguno de los que le rodean lo asesine, y recelándose de los que le guardan del mismo modo que de los que le estén armando lazos? ; como aborreciese, pues, todo esto, y estuviese persuadido de que los tales no son príncipes, sino más bien peste pública de las ciudades, trató de acreditar que es mucho más fácil asociar estas dos cosas : imperar ó reinar, y no por eso hallarse peor que los que viven en igualdad con sus conciudadanos. Y en primer lugar, reuniendo la ciudad, que antes estaba como dispersa y habitada por aldeas, la amplificó de tal suerte, que aun hoy, desde

aquel tiempo, es la mayor entre las griegas. Después de esto, haciendo común la patria, y dando energía y libertad á los ánimos de sus súbditos, les concedió á todos igual facultad de aspirar al mando, bien persuadido de que tan príncipe sería de ellos tomando parte en los negocios, como si viviesen de ellos descuidados. Y como notase que los honores tributados por hombres de alto espíritu son mucho más apreciables que los que tributan gentes abatidas y serviles, tan lejos estuvo de hacer nada contra la voluntad de sus ciudadanos, que él hizo al pueblo árbitro y dueño del gobierno, y éstos á él solo le tuvieron por digno de gobernar, ciertos de que más leal y pública sería la monarquía de tal rey, que su misma democracia. Porque no hizo lo que otros suelen, que es cargar á los demás el trabajo, y gozar ellos solos de los deleites y regalos, sino que los peligros y combates los hizo propios suyos, y de aquello que podía ser de algún provecho á todos en común los hizo participantes.

Por lo mismo, pasó su vida no sólo libre de peligros y asechanzas, sino amado de todos, y no necesitó de tropas extranjeras para su guardia, sino que en la benevolencia de sus ciudadanos afianzó su seguridad, siendo rey en el poder, pero magistrado de un pueblo libre en su benéfico gobierno. Porque tan legítima y sabiamente gobernó la ciudad, que aun todavía se conservan en nuestras costumbres algunos vestigios de su moderación y su dulzura.

Pues la que siendo hija de Júpiter rindió toda esta virtud y moderación, ¿cómo no será acreedora á las mayores honras y alabanzas, y á que se crea que excedió y se aventajó mucho á todas las de su tiempo? Porque no podremos hallar testigo más verídico, ó juez más propio de las muchas prendas que á Elena adornaban, que el excelso ánimo de Teseo.

Mas para que no se crea que por falta de materia en esto sólo me detengo, y que para alabarla, de la excelencia de un solo hombre haga caudal, quiero ya pasar más delante. Porque vuelta ella á Esparta después del descenso de Teseo á los infiernos, y llegada ya á la pubertad, todos cuantos en su tiempo reinaban, ó ejercían grande autoridad en las ciudades, con igual afición que Teseo la miraron. Porque pudiendo casarse en su patria cada uno con mujeres muy principales, no hicieron, sin embargo, caso de estas bodas de dentro de casa, y concurrieron todos á pedirla y requestarla.

Como no estuviese aún resuelto con quién había de casar, y antes fuese todavía común tan gran ventura, tan cierto era entre todos ser tal mujer digna de que por ella los hombres combatesen, que juntándose en uno, se dieron palabra de ayudar, siempre que alguno se la robase, al que fuese reputado digno de tomarla en casamiento; creyendo cada uno de ellos que para sí mismo se prevenía aquel socorro.

Si no es uno, todos los demás se engañaron en sus esperanzas. Mas lo que es en la opinión que de ella tenían, á fe que no se equivocó ninguno de ellos. Porque como de allí á poco se suscitase entre las diosas aquella contienda sobre la hermosura, de la que Alejandro el de Príamo fué juez, y Juno les ofreciese el imperio de toda el Asia, Minerva ser vencedor en todas las lides y Venus hacerle esposo de Elena, no pudiendo juzgar de los cuerpos, deslumbrado con la presencia y vista de las diosas, y reducido, por consiguiente, á ser juez no más que de los dones que se le prometían, antepuso el trato y familiaridad de Helena á todos los demás.

Ni para esto tuvo en consideración los deleites y placeres (pues aunque algunos hombres de juicio no deban de preferirlos á otras cosas, sin embargo no hizo de ellos cuenta alguna), sino que únicamente aspiró á ser yerno de Júpiter y á merecer tan alto nombre: por creer que tan señalada honra era muy superior á la de reinar en toda el Asia; que el imperio y poder vendría tiempo en que recayese sobre hombres bien despreciables, pero que de tal mujer nadie podría llegar á ser digno en las edades venideras; y finalmente, que no puede dejárseles á los hijos mejor posesión que hacer de modo que, tanto por el padre como por la madre, traigan de Júpiter su origen. Porque sabía que cualquiera otra fortuna y buen suceso fácilmente decae y se deshace, pero que la de ser bien nacido siempre había de permanecer en ellos; y que, por tanto, esta elección de un ilustre origen había de ser en bien de todo su linaje, cuando los demás dones no podían durar sino por sólo el tiempo que él durase.

A estas razones de los hombres de juicio, yo creo que ninguno ha de oponerse; pero entre los que nada reflexionan antes del hecho, y sólo al éxito miran, bien hay algunos que lo acusan y reprenden. Mas, con lo mismo de que para zaherirlo se valen, es muy fácil convencer su necesidad. Porque ¿cómo podrán menos de hacerse ridículos, prefiriendo su índole é ingenio al de

aquel que mereció ser de unas diosas á todos preferido? Pues que de cosas tan grandes como fueron las que entre ellas excitaron aquella contienda, no habían de haber hecho árbitro á un cualquiera, sino que antes es bien claro que en el escoger el mejor juez pondrían una atención igual al cuidado que el motivo mismo de la altercación les merecía.

Es razón que reputemos quién era él, y midamos su mérito y valor, no con el encono de las dos que quedaron desairadas, sino más bien con aquello en que convinieron todas tres, que fué escoger entre todos su juicio y su prudencia. Porque el ser maltratados de los más poderosos puede muy bien tener lugar con el no haberles hecho injuria alguna; pero merecer tan singular honra, que siendo uno un puro mortal, sea tomado por juez entre unas diosas, no puede convenir sino á un hombre muy superior á todos en prudencia.

Y fuera de esto, cáusame maravilla haber quien crea que procedió mal éste en querer vivir con aquélla por quien muchos semidiosos no tuvieron inconveniente en dar la vida. Porque, ¿cómo pudiera no acreditarse de necio, si viendo á unas diosas altercar por el prez en la hermosura, la hubiera él tenido en poco, y no hubiera creído que, sin duda, era la más apreciable gracia, pues por ella las veía tan solícitas? ¿Quién sería el que no ansiase casar con Elena, cuando con su robo los griegos se enfurecieron de la misma suerte que si toda la Grecia hubiera sido arrasada, y los bárbaros quedaron tan ufanos como si á todos nos hubiesen sujetado? Porque, sin embargo de que ya antes habían tenido varios motivos de resentimiento, por todos ellos pasaron sin la menor inquietud; mas, por esta ilustre mujer suscitaron una guerra, que no sólo por su grande odio y encono, mas ni por su larga duración, ni por sus extraordinarios preparativos, ha tenido jamás igual ó semejante.

Y más que pudieran muy bien, los unos, entregando á Helena, libertarse de aquellas calamidades y trabajos, y los otros, abandonándola y no haciendo caso de ella, tener una descansada y dulce vida: sin embargo, nada de esto quisieron; sino que aquéllos tuvieron bastante esfuerzo para ver arruinadas sus ciudades y talados sus campos por no volverla á los griegos; y éstos quisieron más envejecer en tierra ajena y no ver nunca á los suyos, que, dejándose á tal mujer, tornarse otra vez cada uno de ellos á su patria.

A tanto se movieron, no por complacer á Alejandro ó á Menelao, sino los unos por el Asia y los otros por la Europa, creyendo que la región que poseyese tal belleza aquélla sería la que más prosperase y floreciese.

Y fué tal el ansia que por tener parte en aquellos trabajos y en aquella expedición se apoderó, no sólo de los griegos y los bárbaros, mas también de los dioses mismos, que ni aun á sus propios hijos quisieron eximir de la rigurosa guerra de Troya; sino que con tener sabido Júpiter el hado de Sarpedón, el de Memnón la Aurora, Neptuno el Cigno, y Tetis el de Aquiles, con todo los alentaron y remitieron allá, teniendo por más glorioso para ellos el que muriesen peleando por una hija de Júpiter que el que viviesen sin tener parte en las lides que por ella se reñían.

¿Qué mucho que con sus hijos tomasen esta resolución? Ellos mismos miraron esta guerra como mayor y más terrible que la que tuvieron con los gigantes, porque contra éstos estuvieron unidos, y por aquella hermosa mujer entre sí mismos altercaron.

Pero razón tuvieron en proceder de esta manera, así como tengo yo motivo para usar de una elocuencia tan pomposa. Porque le cupo una gran parte de belleza, que es la cosa más ilustre, más apreciable y más divina de cuantas se conocen. Fácil es, si no, advertir cuán extremado es su poder; porque en los que participan de la fortaleza, la sabiduría y la justicia, veremos muchas cosas más acatadas que cada uno de estas dotes; mas en los faltos de hermosura nada hallaremos que merezca aprecio, sino en cuanto se lo comuniqué esta gracia y como que se lo preste, tanto, que si la virtud es tan estimada, es precisamente por ser la más bella de todas nuestras aficiones. Pero fuera de esto, cada uno podrá conocer cuánto á todo lo demás se aventaja, por los esfuerzos que para cada cosa empleamos: porque respecto de las demás que pueden sernos de algún uso, no queremos más que conseguirlas, y más adelante ya no pasa el ánimo en su afán y su fatiga; mas respecto de las cosas hermosas, apodérase de nosotros un ansia tanto más superior á toda reflexión y al poder deliberar, cuanto es la cosa misma más excelente y soberana.

A los que en juicio ó en cualquiera otra prenda sobresalen, tenemosles envidia, si cada día no nos hacen nuevos favores,

y nos obligan por este medio á manifestarles nuestra estimación ; mas á los hermosos, luego que los vemos, nos aficionamos á ellos, y como si fueran unas deidades, no sólo no tenemos inconveniente en servirlos, sino que más gusto es para nosotros obedecer respecto de ellos que mandar respecto de otros, y más obligados nos sentimos á los que de ellos nos mandan muchas cosas que no á los que en ninguna nos quieren emplear.

A los que á cualquiera otra gracia ó dote se manifiestan rendidos, decímosles denuestos y llamámoslos aduladores ; mas á los que á la hermosura se sujetan, tenémoslos por hombres de bella disposición y muy buen gusto ; llegando á tanto el celo y cuidado que esta dote nos merece, que á los que siendo hermosos los vemos por un vil interés prostituirse y disponer erradamente de su edad, aun los castigamos más severamente que á los que son contra los ajenos cuerpos injuriosos ; y por el contrario, á los que conservan tan preciosa joya, haciéndola como un sagrario impenetrable á los hombres corrompidos y perversos, á éstos por toda la vida les hacemos las mayores honras, como si hubieran hecho algún importante servicio á la ciudad.

Mas, ¿ para qué detenernos tanto en recorrer opiniones de los hombres ? Júpiter, el mismo Júpiter, dueño y señor del Universo, en todas las demás cosas hace ostentación de su poder ; pero respecto de la hermosura, hácese humilde, y de este modo se digna abatirse á ella. Porque tomando la forma de Anfitrion bajó á visitar á Alcmena ; desatado en lluvia de oro se introdujo en la torre de Danae ; convertido en cisne, corrió al regazo de Némesis, y asemejándose segunda vez á esta ave, con Leda celebró sus desposorios ; y así se ve que siempre se valió de alguna astucia y nunca de la violencia ó de la fuerza para atraer y ganar á estas bellezas.

Y es tanto mayor la honra que entre ellos se tributa á la hermosura que la que se le hace entre nosotros, que á sus mismas mujeres, si las ven de ella vencidas, se lo llevan en paciencia, y podrá fácilmente cualquiera formar un largo catálogo de las inmortales que á puros y mortales hombres se rindieron. De las cuales ni una siquiera hubo que, por tener de ello vergüenza, tratase de ocultar su pasión, sino que, como si fuese loable lo que hacían, tuvieron más gusto en que con himnos se celebrase que en que se guardara acerca de ello un silencio misterioso.

La mejor prueba de lo dicho es, que si echamos la cuenta, hallaremos que más son los que por sólo su hermosura han alcanzado la inmortalidad, que todos los que la deben á las demás virtudes. Entre los cuales se distinguió también tanto Elena, cuanto los sobrepasaba en la belleza de su rostro. Porque no sólo consiguió la inmortalidad, sino que alcanzando además un poder divino, en primer lugar á sus hermanos, que ya habían sido por la Parca arrebatados, los pasó al número de los dioses, y deseando hacer pública esta mutación, les dió una tan singular y manifiesta honra, que divisados por los que peligran en el mar, sacan salvos al puerto á aquéllos que piadosos y humildes los invocan.

Además de esto, á Menelao le quedó tan agradecida y obligada por los trabajos y peligros que por su causa había sufrido, que habiendo perecido todo el linaje de los Pelópidas, y caído en irremediabiles males, no sólo lo eximió de estos infortunios, sino que, haciéndole dios, de mortal que era, lo dispuso de modo que en su compañía y á su lado hubiera de tenerle para siempre.

La ciudad de Esparta, que con tanto esmero ha conservado sus antigüedades, me dará de esto con sus mismas obras testimonio. Porque aun hoy en Terapna, en la Laconia, les ofrecen, según el rito patrio, sacrificios, y no como á héroes, sino como que son entrambos dioses.

Mas, también al poeta Estesícoro le dió una bien clara muestra de su poder, porque habiendo en el principio de su oda hablado mal de ella, al levantarse se halló privado de la vista; pero conociendo luego la causa de aquel trabajo, cantó la que se llama palinodia, y volvió á su primera integridad. Y aun algunos de los homéridas aseguran que, habiéndosele aparecido una noche á Homero, le mandó escribir de los que habían peleado en Troya, queriendo hacer más envidiable la muerte de éstos que la vida de los demás hombres, y que, si en parte por la habilidad de Homero, principalmente por esta deidad era por quien se había hecho tan deliciosa y tan nombrada entre todos su poesía.

Reconociendo, pues, el poder que tiene ó para tomar venganza ó para mostrar su reconocimiento, será razón que los que abundan en riquezas, con dones, con sacrificios y con otras religiosas demostraciones procuren propiciarla y darle culto; y que los filósofos tomen por su cuenta decir en su honor algo de lo

mucho que sus prendas les ofrecen, porque éstas son las primicias que los hombres instruidos deben consagrarle.

Mas ya veo que excede lo que he omitido á lo que queda dicho. Pues sin contar las artes, las facultades y otros auxilios que á ella y á la guerra troyana podemos atribuir de que no sirvamos á los bárbaros, con mucha razón confesaremos también que fué Elena la causa, porque hallaremos que por ella se unieron los griegos é hicieron una expedición común contra los bárbaros, y que entonces por la vez primera erigió la Europa un trofeo contra el Asia. Con lo que hicimos mudar á las cosas de semblante en términos, que antes los más infelices de los bárbaros eran tenidos por dignos de imperar en las ciudades griegas, y así Danao, huyendo del Egipto, se apoderó de Argos; Cadmo, el de Sidón, vino á reinar á Tebas; los de Caria se enseñorearon de las Islas, y de todo el Peloponeso, Pélope, el hijo de Tántalo se hizo dueño; mas, después de esta guerra, torzó tal incremento nuestra nación, que de muchas ciudades y de un terreno muy extenso desechó y desalojó á los bárbaros.

Por tanto, si algunos quieren dilatar y amplificar estas cosas, no les faltará materia cuando hayan de alabar á Elena, aun sin tocar lo que yo he dicho, sino que aun les quedarán muchas y muy bellas y nuevas razones que alegar en su alabanza.



EL POETA Y EL RATÓN

POR ARISTÓN

Ratoncillo: si viniste
 Buscando pan, ve á otra parte:
 Pobre morada es la mía.
 Vete, pues, donde tu hambre
 Aproveche las migajas
 De succulentos manjares,
 Higos secos y las sobras
 Del festín de mesas grandes.
 Si tus dientes en mis libros
 Llegan al fin á clavarse,
 ¡Infeliz de ti! Es orgía
 Qué un fin funesto ha de darte.

DIALOGO DE MUERTOS

Entre Elena de Troya y Madama de Maintenon

POR ANA LETICIA BARBAULD

ANA LETICIA AIKIN.—Polígrafa inglesa; nació en 1743; casó con Rochemont Barbauld, emigrado hugonote, en 1774. Dióla fama un volumen de *Artículos diversos*, escritos en colaboración con su hermano, pero de los cuales, los mejores son suyos. Escribió, además, *Himnos en prosa para niños*, *Artículos devotos*, *Primeras Lecciones*, etc. Murió en 1825.

ELENA.—¿Cómo es, mi querida madama Maintenon, que esa belleza que producía efectos tan extraordinarios en la edad en que yo vivía ha perdido ahora casi toda su fuerza?

MAINTENON.—Quisiera antes convencerme de la certeza de semejante afirmación y entonces te prometo exponerte mis razones.

ELENA.—Muy fácil será; porque no se necesita ir más allá de nuestras propias historias y de nuestra experiencia para probarte lo que afirmo. Tú eras hermosa, feliz y dotada de todas las perfecciones; con talento y gracia suficientes para ablandar el corazón de los hombres, y amoldarlo á tus deseos; y todas tus empresas obtuvieron un éxito brillante, pues saliste de la obscuridad y de la esclavitud para llegar á ser la esposa de un gran monarca. Pero ¡qué es todo esto comparado con la influencia que mi belleza ejerció sobre los soberanos y las naciones! Yo fui la causa de una guerra de diez años sostenida entre los héroes más famosos de la antigüedad; los reinos contendientes se disputaban el honor de verme sentada en sus respectivos tronos; el padre de la poesía recuerda mi historia y hasta en los anales de la humanidad se celebran mis encantos. Tú fuiste, en verdad, la esposa de Luis XIV y halagada y respetada en su corte; pero tú no ocasionaste guerras; la historia de Francia no menciona tu nombre á pesar de haber proporcionado materia suficiente para componer las memorias de una corte. ¿Puede compararse el tributo de amor y admiración que la corte te rendía porque

Museo. Barbosa
8/6/11
700 24/6/11

fuiсте sencillamente una mujer digna de ser amada, con el entusiasmo que yo inspiré y el imperio sin límites que ejercí sobre todo lo célebre, sobre todo lo grande ó poderoso que existía en mi edad?

MAINTENON.—Todo eso que dices, mi querida Elena, tiene una apariencia espléndida y produce un sonido gratísimo en un poema heroico ; pero te engañas grandemente si lo imputas todo á tus méritos personales. ¿Te imaginaste, acaso, que la mitad de los jefes comprometidos en la guerra de Troya fueron á ella seducidos por tu belleza ó se molestaron en pensar qué sería de ti, con tal que su honor no sufriera menoscabo? Créeme : el amor ha entrado bien poco en estos lances. Menelao quiso vengar la afrenta que recibió ; Agamenón fué adulado con el mando supremo ; algunos, vinieron á compartir la gloria, otros, á llevarse parte del saqueo ; éstos, porque tenían en su casa una mala esposa, aquéllos, porque esperaban llevarse consigo concubinas troyanas ; y Homero creyó que la historia podía servir de asunto para componer el poema más famoso del mundo. Así, te hiciste célebre ; tu fuga fué la causa de una disputa nacional ; las animosidades de ambas naciones fueron encendiéndose por frecuentes batallas ; y el objeto no era restituir Elena á Menelao, sino la destrucción de Troya por los griegos. Mis triunfos, por otra parte, debiéronse á mí misma y á la influencia de mis méritos personales y de mis encantos sobre el corazón de los hombres. Mi nacimiento fué obscuro ; mi fortuna, poca ; pasé la flor de mi juventud y caminaba hacia ese período en el cual la mayor parte de nuestro sexo pierde toda su importancia con respecto al otro. Tuve que habérmelas con un hombre galanteador é intrigante, con un monarca que se había familiarizado largo tiempo con la belleza y estaba acostumbrado á los placeres más refinados que la corte más espléndida de Europa podía proporcionar. En vano el amor y la belleza parecían haber agotado todas sus fuerzas para agradarle, y, sin embargo, yo cautivé á ese hombre y le sujeté, y lejos de estar contenta, como lo habían estado otras bellezas, con el honor de poseer su corazón, hice que me tomase por esposa y gané honrosos títulos á su acendrado cariño. El desvarío de Paris apenas reflejaba un destello de honor para ti. Un joven aturdido, alegre, tierno é impresionable, cegado por tu belleza, violando las leyes más sagradas de la hospitalidad, huye contigo y se niega obstinadamente á restituirte

á tu esposo. Tú apartaste á Paris del camino del deber y le sedujiste ; yo salvé á Luis del vicio ; tú fuiste la concubina del príncipe troyano ; yo, la compañera del monarca de Francia.

ELENA.—Concédote el haber sido la esposa de Luis, pero no la reina de Francia. Tu objeto principal era la ambición, y, en este respecto, tuviste un éxito parcial ; mi estrella reinante fué el amor y todo lo dí por él. Pero dime : ¿ acaso no recobré mi influencia sobre Menelao al tomarme nuevamente después de la destrucción de Troya ?

MAINTENON.—Esta sola circunstancia basta para demostrar que no te amaba con ternura. Volvió á tomarte como se toma una posesión que se restituye, como un botín que se recupera ; y carecía de sentimientos para inquirir si tu corazón le pertenecía ó no. Los héroes de tu edad eran capaces de admirar la belleza, y luchaban á menudo para poseerla ; pero carecían de aquella nobleza de alma capaz de alimentar acendrados cariños ó pasiones delicadas. ¿ Cómo podía ser ese período el del triunfo del amor y de la galantería, si una mujer hermosa y un trípode se exhibían juntos como premios en los torneos, y el trípode era tenido como la recompensa más apreciada de ambos ? No ; son nuestra Clelia, nuestra Casandra y nuestra princesa de Cleves las que purificaron al hombre y le enseñaron cómo debía amar.

ELENA.—Di más bien que has perdido de vista la naturaleza y la pasión entre la fatuidad por una parte y el concepto por la otra. ¿ Acaso puede el frío temperamento de Francia enseñar á un griego cómo se ama ? ¡ Grecia, madre de las bellas formas y de los deseos dulces y delicados, fecundo manantial de la poesía, cuyo suave clima y diáfanos cielos preparaban para todo sentimiento noble y generoso y templaban el corazón para la armonía y el amor ! ¿ Era Grecia, acaso, un país de bárbaros ? Y recuerda, si puedes, un incidente que mostró el poder de la belleza en vivísimos colores—aquél en que los graves consejeros de Príamo, al presentarme, me miraron asombrados y no se atrevieron á imputarme la causa de una guerra que casi había devastado el país ;—ya ves como embelesé á los viejos y seduje á los jóvenes.

MAINTENON.—Sí ; pero yo, aun siendo vieja, embelesaba á los jóvenes. Fuí idolatrada en una capital en la que el gusto, la lujuria y la magnificencia estaban en su apogeo ; los más grandes ingenios de mi época ensalzaron mi hermosura, y mis cartas han pasado á la posteridad.

ELENA.—Bien ; pero dime con toda sinceridad : ¿fuiste feliz en medio de tu esplendor?

MAINTENON.—¡ Ay ! ¡ Dios sabe cuán lejos estuve de serlo ! cuántas y cuántas veces quise volver con mi amado Scarron ! Cierto es que su fealdad corría parejas con su pobreza ; pero en cambio era el mejor y más ingenioso compañero del mundo ; juntos danzábamos, reíamos y cantábamos. Yo conversaba sin temor ni ansiedad y tenía la seguridad de agradar. Con Luis, todo era tristeza, violencia, tormento y afán doloroso de complacer : efectos que raramente se producen ; el carácter del rey habíase agriado en el último tercio de su vida á causa de frecuentes contrariedades ; y vime entonces en la necesidad de procurarle continuamente una alegría de la que yo misma carecía. Luis estaba acostumbrado á las lisonjas más delicadas, y aunque yo poseía una buena dosis de ingenio, mis facultades tenían que hacer esfuerzos sobrehumanos para lograr divertirle—estado de ánimo ése, difícilmente armonizable con la dicha ó el bienestar.—Mis educandas de Saint-Cyr no estaban más alejadas del mundo, en el claustro, que yo en medio de la corte ; una secreta repugnancia y un cansancio intolerable me consumían. Mi único alivio eran mis labores y mis devocionarios ; y sólo con éstos obtuve un rayo de felicidad.

ELENA.—¡ Oh ! no era preciso unirse á un gran monarca para tan poco.

MAINTENON.—Ahora, dignate manifestarme, Elena, si realmente fuiste tan hermosa como pregonaba la fama, pues á decir verdad no me es posible ver, en tu sombra, aquella belleza que durante nueve años levantó en armas al mundo.

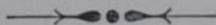
ELENA.—Sinceramente, no ; era de estatura más bien baja que alta y morena de tez, efecto de los rayos del sol ; pero tuve la fortuna de agradar ; eso es todo. A Homero lo debí.

MAINTENON.—¿ Y viviste regularmente con Menelao después de todas tus aventuras?

ELENA.—Tan bien como me fué posible. Menelao era un hombre amigo del hogar, dotado de un carácter excelente, y se contentaba con descansar y terminar sus días en la tranquilidad y en la calma. Persuadíle de que Venus y los Hados fueron la causa de todos mis desórdenes y lo creyó con complacencia. Además, no sentí volver á mi casa, porque—v esto te lo digo en secreto,—Paris me fué infiel mucho tiempo antes de su muerte y

amaba á una joven troyana, morena, que me servía de paje. Empero, creyó deshonoroso abandonarme y yo comencé á creer que el amor era una locura. Llegué á ser una verdadera ama de gobierno; hice labores primorosas en tapices, representando algunas de ellas las batallas de Troya, é hilé con las doncellas junto á Menelao, que estaba tan satisfecho de mi conducta y rebo-saba de su excelente corazón tanto cariño, que realmente creo que éste fué el período más feliz de mi vida.

MAINTENON.—Nada más cierto, pero la esposa más obscura de Grecia podía rivalizar contigo. ¡Adiós! Ahora estoy convencida de que la fama y las grandezas no conducen á la felicidad.



AQUILES Y ELENA

POR WALTER SAVAGE LANDOR

Walter Savage Landor. Poeta y literato inglés.—Nació en Ipsley Court, condado de Warwick el 30 de enero de 1775; murió el 17 de septiembre de 1821. Sus *Conversaciones imaginarias* forman seis tomos abultados. Su primer tomo de poemas vió la luz pública en 1775; y el último que compuso, titulado *Idilios heroicos*, en 1863. La lista de sus trabajos en prosa y en verso es muy larga.

Habiendo Aquiles, durante el sitio de Troya, suplicado á su madre Tetis y á Afrodita que le fuese concedido el verse cara á cara con Elena, transportáronle estas diosas á cierto punto del monte Ida, donde se halló con ella.

ELENA.—¿Dónde estoy? No me abandonéis, ¡oh, vosotras bienaventuradas por el Cielo! ¡Vosotras que me condujisteis!... ¿Sería un sueño? ¡Extranjero! apareces pensativo; ¿puedes contestarme? ¿Por qué guardas silencio? Te suplico, te imploro que hables.

AQUILES.—Ni tus propios pies ni los de los mulos te han llevado á este sitio. Si al despertar del sueño, ó á otra hora de la mañana, no lo sé, ¡oh Elena! pero tú sí sabes que Afrodita y Tetis, cediendo á mis ruegos, te han conducido á estas soledades. A mí también me han mostrado el camino para que yo pueda contemplar el orgullo de Esparta, la maravilla de la Tierra, y—al recordarlo, mi corazón se enoja y agoniza,—la causa de innumerables llantos para Hélada.

Mme Barbara
8/6/11

720
20/6/11

ELENA.—¡ Extranjero ! Tú eres, en verdad, un ser digno de ser conducido por las divinidades y una gloria para ellas por tu estatura, tu voz y tu porte. Mas, dime, ¿quién eres? dime si eres realmente un hombre.

AQUILES.—Delante de ti, ¡oh, Elena! está Aquiles, hijo de Peleo. No tiembles, no palidezca tu rostro, ni dobles ante mí tus rodillas, ¡oh, Elena!

ELENA.—¡ Compadécete de mí, ¡oh, hijo de una diosa, amado y unigénito de Tetis, la de los pies de plata! ¡ Criseida y Briseida debieran ablandar y satisfacer tu corazón. No me lleves también á mí á cautiverio. Aficciones he atraído en verdad sobre Hélada, pero igualmente ha sido y será mi suerte, para siempre, formada de aficción.

AQUILES.—¡ Hija de Zeus! ¡ Qué palabra has dicho! Criseida, hija del anciano sacerdote que ofrece en este país los sacrificios debidos á Apolo, tocó en suerte á otro hombre indigno é insolente que ha causado ya más penas á nuestro pueblo que las causadas por ti; de tal suerte, que los perros y los buitres hacen su presa de los valientes que cayeron sin recibir una herida. Briseida es ciertamente mía: la hermosa y sumisa Briseida. El, injusto y contumelioso, orgulloso y vil á la vez, quisiera arrebatármela. Pero, ¡ dioses del cielo! ¿ En qué región se ha atrevido jamás el lobo á capturar impunemente el cabrito cogido antes por el león? No pienses ser conducida á servidumbre. ¿ Puede ser culpable de tal impiedad un hombre mortal? ¿ No ha tronado jamás en las cimas de estos montes? ¿ Contempla Zeus, el omnisciente, toda la Tierra salvo el monte Ida? ¿ Vela sobre todos y no sobre los suyos? Capaneo y Tifeo no le ofendieron tanto como el miserable cuyo puño violó el dorado cabello de Elena. ¿ Y todavía tiembles, indecisa é incrédula?

ELENA.—Y, sin embargo, veo crecer fatalmente cada vez más mi temor.

AQUILES.—Toma mi mano; confía; consuélate.

ELENA.—¿ Puedo tomarla? ¿ Puedo aguantarla? Estoy consolada.

AQUILES.—La escena que nos rodea, tranquila y silenciosa como el mismo cielo, te tranquiliza cual debiera hacerlo. ¿ Te vuelves para contemplarla? ¿ Te es, tal vez, desconocida?

ELENA.—Sí, por cierto; pues desde mi llegada no he salido jamás de la ciudad.

AQUILES.—Mira, pues, libremente á tu alrededor, desechando ya la duda. Agradable es esta llanura elevada, rodeada de hiniesta y mirto, y coronada de hayas y oscuros pinos. Hermosa es la tierna hierbecilla que se encorva bajo el peso de los insectos que se posan sobre ella y brillan ante nuestros ojos interrumpidos por altas matas de espliego, oscuros jarales, claros citisos, y pequeñas matas de tomillo que se arrastran en desorden por todos lados.

ELENA.—¡ Es maravilloso ! ¿ Cómo aprendiste á conocer los nombres de tantas plantas ?

AQUILES.—Quirón me los enseñó andando yo á su lado mientras él cogía hierbas para beneficio de sus hermanos. Todos estos nombres me enseñó y á lo menos veinte más ; pues admirable era su sabiduría, su conocimiento sin límites, y yo me gozaba en aprender... ¡ Ah ! ¡ Vuelve á mirar ! Mira esas amapolas ; parecen haber salido con el fin de recoger todo lo que el sol quiera echar en sus copas ; con su alegría y su danza parecen llamar á la lira para que las acompañe en sus cantares.

ELENA.—¡ Qué pueril ! ¿ Y habla así el que lleva sobre el hombro la terrible espada cuya sombra solamente parece abrir un abismo á través de la llanura ?

AQUILES.—Pensar ó hablar como niño no es siempre una prueba de locura : puédese de esta suerte ahuyentar algunas veces las duras penas que no ha conseguido ahuyentar la más alta sabiduría. ¿ Qué meditas, Elena ?

ELENA.—Recuerdo los nombres de las plantas. Algunos de ellos pareceme haberlos oído antes, y luego haberlos olvidado ; mi memoria mejorará ahora.

AQUILES.—¿ Ahora mejorará ? ¿ En medio de la guerra y del tumulto ?

ELENA.—Seguramente ; pues, ¿ no me has dicho que aquellos nombres te fueron enseñados por Quirón ?

AQUILES.—Al acompañamiento de su lira me cantó las vidas de Narciso y de Jacinto. De sus pies silenciosos é incansables, seguros como las estrellas en sus cursos, muchos de los árboles y de las brillantes flores que en un tiempo vivieron, se movían y hablaban como nosotros hablamos ahora. Pueden tener aún hoy memorias aunque no tienen ya pesares.

ELENA.—¡ Ah ! ¡ No tienen, pues, memoria, y ven únicamente su propia hermosura !

AQUILES.—¡Empalideces, Elena! ¡te entristeces!

ELENA.—El aroma de las flores ó de las gomas olorosas, la altura de este sitio ú otra causa, me marea. ¿Será tal vez el viento que zumba en mis oídos?

AQUILES.—No hay viento.

ELENA.—Quisiera que hubiese una brisa ligera.

AQUILES.—¡Siéntate, Elena!

ELENA.—Los débiles son obedientes. Los cansados pueden reposar aun en presencia de los poderosos.

AQUILES.—Sobre este mismo suelo donde ahora reposamos, las que nos condujeron aquí me dijeron que el premio fatal de la belleza había sido otorgado. Una de ellas sonrió; la otra, á quien, por deber amo más, tenía la mirada inquieta y derramó algunas lágrimas.

ELENA.—Y ella no era, sin embargo, una de las vencidas.

AQUILES.—Las diosas contendieron por el premio; Elena estaba lejos.

ELENA.—¡Fatal fué la decisión del árbitro! Pero, ¿no hubieran podido, el venerable Peleo, ó Pirro, el infante, tan hermoso y tan débil, sustraerte á esta tristísima guerra?

AQUILES.—Ninguna reverencia ni bondad hacia la raza de Atreo me han llevado contra Troya; detesto y aborrezco á los dos hermanos; pero existe otro hombre que me es aún más aborrecible. ¡No le nombremos! El valiente que considera igualmente sagrados el hogar y el templo, nunca abusa de la hospitalidad. No hurta el oro que halla en la casa; no pliega el lino púrpuro, bordado para las grandes solemnidades, con el intento de trasladarlo del cofre de cedro al obscuro barco junto con la esposa que fué confiada á su protección durante la ausencia de su esposo y que se sentaba retirada y anhelante junto al altar de los dioses. No fué el amarte mérito en Menelao; en otro fué crimen—no diré el amar, pues aun Príamo ó Néstor pudieran amarte,—pero, sí, el confesar su amor y obrar conforme á tal confesión.

ELENA.—Es cierto que Menelao me apreciaba cuando Paris fué enviado por Afrodita á nuestra casa. Hubiera hecho mal en quebrar mi juramento á Menelao, pero Afrodita me acosaba de día y de noche, diciendo que el quebranto del suyo á Paris sería un acto inexplicable. Decía lo mismo á Paris á la misma hora y con la misma frecuencia. El me lo repetía todas las mañanas; sus sueños correspondían exactamente con los míos. Por fin...

AQUILES.—El fin no ha llegado todavía. ¡Elena! Juro por los inmortales que si le encuentro en la batalla le traspasaré con esta lanza.

ELENA.—Te suplico que no lo hagas. Afrodita enojaríase y jamás te perdonaría.

AQUILES.—Lo dudo; ella pronto perdona. Variable como Iris, un día protege y al otro desampara.

ELENA.—Pudiera entonces abandonarme á mí.

AQUILES.—Otras divinidades, ¡oh, Elena! velan sobre ti y te protegen. Tus dos valientes hermanos están ahora con aquellas divinidades y jamás se ausentan de sus mejores fiestas.

ELENA.—Ellos podrían protegerme; ellos me protegerían si viviesen. ¡Ojalá hubiese podido verlos!

AQUILES.—Fueron compañeros de tu padre en las márgenes del Fasis y luego llegaron á ser sus huéspedes antes de partir los tres para cazar el jabalí entre los helechos de Calidonia. Allí también la hermosura de una mujer introdujo en el pecho de hombres valientes muchas penas é hizo brotar muchas lágrimas de los ojos de las matronas.

ELENA.—¿Viste entonces á mis hermanos? ¡Oh, sí!

AQUILES.—No los ví, aunque grandes fueron mis deseos de verlos, para aprender de ellos y practicar á su lado todo lo que hay de loable y varonil. Pero mi padre, temeroso de mi impetuosidad y de mi falta de experiencia, según decía, me hizo partir de allí. Los adivinos habían profetizado que vendría á mí la desgracia por medio de una flecha, y entre los helechos muchas flechas podrían volar desviadas, lanzadas de árbol en árbol.

ELENA.—Ojalá los hubieses visto, siquiera una sola vez. Jamás el bendito sol resplandecerá sobre tres jóvenes semejantes á ellos. ¡Oh, mis dulces hermanos! ¡Cuánto me amaban! ¡Cómo me cuidaban! ¡Cuántas veces querían que yo montara en sus caballos y arrojase sus lanzas! Sólo pudieron enseñarme á nadar con ellos; y cuando lo hube aprendido bien, me inspiraba más temor que al principio. Me complacían todas las alabanzas menos las que merecía cuando nadaba.

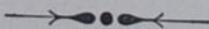
¡Felices, felices horas! ¡Pronto terminasteis! ¿Huye siempre la felicidad antes que la hermosura? ¿Debe fatalmente partir? ¡por qué habría de permanecer tan corto tiempo! ¡Ay, amado Cástor y aún más amado Polideuces! ¡Cuán á menudo pensaré en vosotros, en cómo erais vosotros (y, ¡ay de mí! cómo yo era) en

las márgenes del Eurotas. ¡ Nobles y valientes criaturas ! Eran tan altos, tan terribles y casi tan hermosos como lo eres tú ! ¡ No te enojés ! No te sonrojes más para mí.

AQUILES.—¡ Elena ! ¡ Elena ! ¡ esposa de Menelao ! Se ha dicho que mi madre ha dejado en mi cuerpo sólo un punto vulnerable ; he hallado por fin este punto. Adiós.

ELENA.—¡ Oh, no me abandones ! Te lo ruego é imploro de todo mi corazón. Estas soledades son terribles ; pueden esconderse en ellas las fieras ; hay seguramente faunos y sátiros. Y aquí se halla Cibeles que carga en su cabeza torres y templos ; que aborrece y odia á Afrodita, que persigue á los que ella protege y cuyos sacerdotes son crueles hasta para ellos mismos.

AQUILES.—Conforme á su promesa, las diosas que te transportaron aquí en una nube volverán á conducirte en otra nube en seguridad y secretamente hasta la ciudad. De nuevo, ¡ oh, hija de Leda y de Zeus ! ¡ adiós !



EL AMOR DE AQUILES

POR BYON

Lícidas canta á Mirson un fragmento sobre el amor de Aquiles y Beidamia.

MIRSON.—Te agrada ahora, Lícidas, cantarme suavemente algún dulce canto siciliano ; alguna ingeniosa y placentera estrofa, algún verso de amor, como la que el cíclope Polifemo entonaba á orillas del mar en honor de Galatea ?

LÍCIDAS.—Sí, Mirson, y de buena gana tocaría también, pero, ¿ qué cantaré ?

MIRSON.—Una canción de Scira, Lícidas, es lo que deseo ; una dulce leyenda de amor, los besos secretos, el oculto lecho de amor del hijo de Peleo ; cómo, cuando era niño, se ocupó en labores mujeriles ; cómo escondió su sexo y cómo, entre las descuidadas hijas de Licomedes, Beidamia guardó á Aquiles en su cámara.

LÍCIDAS.—Un día, el pastor arrebató á Elena, y llevándola al Ida, causó á Enon un terrible pesar. Lacedemón se irritó sobremanera y reunió á todo el pueblo aqueo ; no hubo un solo heleno, ni de los de Mecnas, ni de los de Elis, ni entre los laconios, que permaneciese en su casa y evitase al cruel Ares.

Sólo Aquiles quedó escondido entre las hijas de Licomedes, y se vió precisado á trabajar la lana en vez de armarse, y sostenía en su blanca mano el ramo de castidad á semejanza de una doncella. Porque tenía los modales de mujer, y como ellas, una flor enrojecía sus mejillas de nieve, andaba con femenino continente y cubría sus rizos con una red. Mas poseía el corazón y el amor varonil. Desde el alba á la puesta quería permanecer con Beidamia, y besar con frecuencia su mano, y levantar á menudo la hermosa urdimbre de su telar y celebrar sus dulces hebras, sin que gozara de tal favor ninguna de las otras jóvenes que se hallaban en compañía de ella.



LA SEPARACIÓN DE ULISES Y CALIPSO

POR HOMERO

(De la Odisea.)

I

La Aurora saltó del lecho del noble Titón para difundir la luz entre los dioses y los hombres. Reuniéronse los dioses en el sitio donde celebraban sus asambleas y entre ellos estaba sentado Júpiter tonante, cuyo poder es infinito. Minerva les relataba las numerosas desdichas de Ulises que retenía en su memoria : pues se interesaba mucho por este héroe, á quien la ninfa retenía en su morada.—«Júpiter soberano y vosotros todos, dioses bienaventurados é inmortales : de hoy en adelante que ningún rey que empuñe el cetro, se muestre benévolo, afable y animado de buenos sentimientos, y, antes al contrario, muéstrase cruel y practique la injusticia, ya que nadie entre el pueblo que él gobernaba se acuerda del divino Ulises y de su paternal dulzura ! El gime abrumado por el sufrimiento en la isla y palacio de la ninfa Calipso, que lo retiene contra su voluntad, sin que pueda regresar á su patria : pues no cuenta con buques provistos de remeros ni con compañeros que le ayuden á cruzar la dilatada superficie del mar. Y aún más ; los pretendientes intentan hoy asesinar á su querido hijo al regresar á Itaca, porque ha ido á buscar nuevas de su padre á la santa Pilos y á la divina Lacedemonia.»—«Hija



Reuniéronse los dioses.

»mía—respondióle Júpiter Olímpico,—¿qué palabras son las que
»han proferido tus labios? ¿No has decidido tú misma que á su
»regreso tome Ulises venganza de ellos? Respecto á Telémaco
»guíalo prudentemente (pues tú puedes hacerlo) y haz que re-
»grese sano y salvo á su patria y que los pretendientes se vuelvan
»con su buque.» Dijo ; y dirigió la palabra á Mercurio su querido
hijo :—«Mercurio (pues hoy como siempre eres tú mi mensajero) :
»dile á la ninfa de bellas trenzas, que es mi firme voluntad que el
»paciente Ulises vuelva á su patria y que sin ser guiado por los
»dioses, ni por los hombres, sino solo en una almadía y sufriendo
»mil contratiempos, llegue al vigésimo día á la fértil Scheria, al
»país de los feacios, que son casi iguales á los dioses. Ellos lo
»honrarán voluntariamente, cual si fuera una divinidad, y lo con-
»ducirán en un buque á su querida patria, dándole una gran can-
»tidad de cobre, plata, oro, vestidos, muchos más tesoros, en fin,
»que los que hubiera traído Ulises de Troya después de obtenida
»su parte de botín, si hubiese regresado sin ningún accidente.
»De esta manera es como el destino quiere que vea nuevamente á
»sus amigos y vuelva á entrar en su morada de elevado techo y á
»pisar el suelo de su patria.»

Y tan luego como hubo dicho esto, el homicida de Argos, mensajero de los dioses, se apresuró á obedecer. Calzóse al punto las bellas, las divinas sandalias de oro que le conducían sobre el mar y sobre la inmensidad de la tierra con la rapidez del viento ; tomó la áurea varita, con la cual adormece cuando le place á los mortales, ó les quita el sueño. El poderoso homicida de Argos emprendió el vuelo con la varita en la mano : atravesó la Pieria y desde lo alto del éter lanzóse al mar por el que bogó tan rápidamente por encima de las olas como la gaviota que al perseguir los peces á través de las inmensas sinuosidades del mar estéril, moja sus espesas alas en las amargas ondas : así es como se deslizaba Mercurio sobre la inmensidad de las olas.

Pero cuando hubo llegado á la lejana isla de Calipso, salió entonces del sombrío mar para entrar en la tierra, y anduvo hasta que hubo llegado á la espaciosa gruta en la que moraba la ninfa de bellas trenzas, á la que halló en su interior. Un hermoso fuego ardía en el hogar y la fragancia que despedía el ardiente cedro y la tuya, se esparcía á lo lejos y perfumaba la isla : hallábase la diosa en el interior ocupada en hacer una tela que tejía con una lanzadera de oro, cantando con melodiosa voz. Había crecido al-

rededor de la gruta un verde bosque de alisos, álamos blancos y olorosos cipreses, do anidaban pájaros de rápido vuelo, bichos, gavilanes y cornejas marinas, de penetrante graznido y de la ribera del mar amigas. Embellecía, también, los alrededores de la profunda gruta, una joven y hermosa viña, cargada de racimos. Cuatro fuentes paralelas vertían agua cristalina, y aunque vecinas una de otra, dirigíanse cada una por distinto sendero. Voluptuosas praderas esmaltadas de preciosas violetas, florecían en torno. Hasta un dios, al llegar á estos lugares, debía admirar tan bello espectáculo y recrearse con deleitosa fruición. El matador de Argos, mensajero de los dioses, se detuvo lleno de admiración. Luego que absorto y silencioso húbolo admirado todo, apresuróse á entrar en la vasta gruta. Calipso, noble entre las diosas, reconoció en cuanto le vió, pues los dioses inmortales no se desconocen unos á otros por separados y distantes que vivan. No halló Mercurio al magnánimo Ulises en la gruta : sentado estaba en la ribera, en donde vertía lleno de pena abundantes lágrimas, los ojos fijos en el mar estéril. La noble Calipso interrogó á Mercurio después de haberle hecho tomar asiento en una brillante y magnífica silla :—«Mercurio, el de la varita de oro, á quien estimo y aprecio : ¿por qué vienes á estos lugares? Hasta hoy las visitas no han sido frecuentes. Habla, dime lo que deseas, pues mi corazón desea complacerte, siempre que lo que pidas esté en mi poder y sea fácil de realizar. (Pero sígueme antes para que yo te brinde los dones de la hospitalidad).» Y dicho esto, colocó la diosa una mesa ante él, cubrióla de ambrosía y mezcló el rojo néctar. El homicida de Argos, el celeste mensajero, bebió y comió. Terminado el refrigerio y cuando el alimento hubo reparado sus fuerzas, tomó la palabra y dijo á Calipso :—«¿Quieres, oh, diosa, saber á qué vengo? Diréte lo francamente ya que tú lo ordenas. Es Júpiter quien me envía contra mi voluntad. ¿Quién, en efecto, atravesaría por gusto una tan dilatada, infinita extensión de agua salada, sabiendo que no ha de encontrar ni una ciudad en la que los mortales ofrezcan á los dioses sacrificios ni ilustres hecatombes? Pero no es permitido á las demás divinidades dejar de cumplir las órdenes de Júpiter, portador de la égida. Dice que tienes á tu lado al más desdichado de cuantos héroes combatiéron durante nueve años alrededor de la ciudad de Príamo, los cuales, al décimo, después de haberla saqueado, regresaron á su patria. Pero por el camino ofendieron á Minerva, que des-

»encadenó el viento y sublevó las olas contra ellos. (Entonces
»perezieron todos los valientes compañeros de Ulises : pero á él
»las olas y los vientos lo arrojaron á estas riberas). Hoy Júpiter
»te ordena que le dejes partir inmediatamente, pues su destino
»no decreta que muera lejos de sus amigos ; quiere, al contrario,
»que los vea de nuevo, quiere que vuelva á entrar en su morada,
»de elevado techo, y que pise el suelo patrio.» A estas palabras, Ca-
lipso, noble entre las diosas, estremeciósese de terror, y alzando la
voz dirigióle estas palabras : «Sois, ¡ oh dioses !, crueles y envi-
»diosos por demás : creéis que es un crimen que las diosas reciban
»abiertamente á los mortales, les ofrezcan su lecho y elijan entre
»ellos á un esposo. Cuando la Aurora de rosados dedos arrebató
»á Orión, los afortunados dioses se irritaron contra él, hasta que,
»al fin, la casta Diana, la del áureo trono, alcanzólo é hiriólo con
»sus flechas en Ortigia. Asimismo, cuando Ceres, la de bellas
»trenzas, cediendo á los impulsos de su corazón, uniósese en amo-
»rosos lazos á Jasión, en un barbecho tres veces abierto por el
»pesado arado, Júpiter que no tardó mucho en saberlo, le hirió
»con sus fulgurantes rayos. Hoy, aun me molestáis, ¡ oh dioses !
»porque tengo un mortal á mi lado. Yo lo salvé cuando estaba
»solo y sobre la quilla de su navío que Júpiter había partido y
»hendido por el medio en la sombría mar. (Entonces, todos sus
»valientes compañeros perezieron ; pero las olas y los vientos le
»arrojaron á él á estas riberas). Acogíle con bondad, alimentéle
»y prometí hacerlo inmortal y librarlo de la vejez. Pero, puesto
»que no está permitido á los demás dioses infringir ni eludir las
»órdenes de Júpiter, portador de la égida, que este héroe ceda y
»obedezca á aquel dios, y que vaya á arrostrar los peligros del in-
»fecundo mar. Yo no he de ser quien lo despida, puesto que no
»tiene navíos provistos de remeros, ni compañeros, para trans-
»portarlo sobre la vasta espalda de la líquida llanura. Le daré,
»sin embargo, buenos consejos y nada le ocultaré, para que vuel-
»va sano y salvo á su patria.» El matador de Argos, mensajero de
los dioses, respondióle á su vez : «Envíalo al instante, como aca-
»bas de decir, y teme la cólera de Júpiter : evita que encolerizado
»no se vuelva contra ti.»

II

Después de haber dicho esto, desapareció el poderoso matador de Argos. La augusta ninfa fué al encuentro del magnánimo

Ulises cuando se hubo enterado de las órdenes de Júpiter. Encontrólo sentado en la orilla : sus ojos estaban aún humedecidos por las lágrimas : su dulce existencia transcurría suspirando por el regreso, desde que Calipso dejó de agradarle. Durante la noche dormía á su pesar en la profunda gruta, al lado de Calipso, de cuyo amor no participaba, y durante el día, sentado en las rocas de la ribera, consumíase con su dolor y sus gemidos, fijos los ojos en la infecunda mar y bañados en lágrimas. La noble diosa acercóse y le dijo :—«Infortunado, no te aflijas más : no consumas así tu existencia : desde hoy he resuelto dejarte partir. Ea : corta largos maderos, constrúyete una ancha almadía, con elevada cubierta para que pueda conducirte sobre el espumoso mar. Yo depositaré en ella una cantidad suficiente de pan, agua y rojo vino, á fin de que estés al abrigo del hambre. Te suministraré vestidos : concederéte viento favorable de popa para que llegues sano y salvo á tu patria, pues así lo quieren los dioses habitantes del Olimpo, que saben mejor que yo juzgar y resolver.» Y el paciente, el divino Ulises estremeciósese, y levantando la voz dirigióle estas palabras :—«Diosa : en todo piensas seguramente menos en mi partida ; me ordenas que atraviésese en una almadía este vasto abismo del mar ; terrible y peligroso abismo que no pueden salvar navíos de buenas condiciones y de rápido vuelo, á los cuales Júpiter envía viento favorable ; no : yo no iré en una almadía, aunque te pese, á no ser que consientas en jurarme por el más firme de los juramentos que no formarás otro mal propósito contra mí.» Calipso, noble entre las diosas, sonrióse ; estrechóle la mano, y tomando la palabra, le dijo :—«Es menester que seas muy astuto y dotado de la más profunda prudencia, para que uses conmigo semejante lenguaje. Pongo por testigo, á la tierra, al cielo que la cubre y al agua subterránea de la Estigia, (que es el juramento más grande y terrible que existe para los bienaventurados dioses), que no tendré otro mal designio contra ti ; pero pienso y te voy á aconsejar todo cuanto me aconsejaría á mí misma si me hallase en semejante necesidad, pues mi alma está llena de lealtad ; no tengo en mi pecho un corazón de hierro, sino un corazón compasivo.» Después de haber hablado así la noble diosa, pasó delante con acelerados pasos, siguiendo Ulises sus huellas. Al llegar á la profunda gruta, el héroe sentóse en el sitio que Mercurio acababa de abandonar, y la ninfa dióle de beber y de comer : la comida se componía de toda clase de alimen-

tos, semejantes á los que sirven para sustentar á los mortales. Sentóse frente al divino Ulises, y sus doncellas trajéronle ambrosía y néctar: la ninfa y el héroe sirviéronse de los manjares preparados delante de ellos. Cuando hubieron satisfecho el apetito y la sed, Calipso, noble entre las diosas, fué la primera en hablar: — «Noble hijo de Laerte, industrioso Ulises: ¿es cierto, pues, que »quieres volver en seguida á tu patria? Sé, con todo, feliz; pero »si supieras todos los contratiempos que vas á sufrir antes de di- »visar la tierra natal, continuarías habitando conmigo en esta »morada, y aceptarías la inmortalidad por muchos deseos que tengas de ver á tu esposa, por quien día y noche suspiras. Estoy »orgullosa, sin embargo, de no ser inferior á ella en hermosura, »pues no pueden los mortales rivalizar con las diosas en figura »y en belleza.» — «Augusta diosa—contestó el ingenioso Ulises: — »no te enfades conmigo: sé muy bien que la cuerda Penélope es »muy inferior á ti en hermosura (pues no es más que un ser mortal, mientras tú no estás sujeta á la vejez ni á la muerte); quiero, sin embargo, y deseo todos los días volver á mi patria, y »espero el día mi regreso. Si alguna divinidad me hiere otra »vez en el mar sombrío, sabré sufrir con fortaleza, pues tengo »en el pecho un corazón endurecido por la desgracia y por los »muchos reveses que he tenido en los mares y en los combates: »¡que esta nueva prueba se una á las otras!» Dicho esto se puso el sol y las tinieblas sobrevinieron. Ambos entraron en el interior de la profunda gruta, y gozaron los placeres del amor en brazos uno de otro.

Cuando apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, púsose Ulises su túnica y su manto: la ninfa vistióse una ancha túnica blanca, fina y graciosa, ciñóse un bello cinturón de oro, y cubrió su cabeza con un velo, preparándolo después todo para la partida del magnánimo Ulises. Dióle primero una gran hacha de acero de dos filos, fácil de manejar, con magnífico mango de olivo artísticamente trabajado; luego, una azuela bien afilada, y andando delante de él, lo condujo á la extremidad de la isla, á un lugar donde crecían grandes árboles, alisos, álamos blancos y abetos elevados hacia el cielo, que, secos ya desde mucho tiempo y tostados por el sol, debían flotar ligeramente sobre las olas. Cuando Calipso, la noble entre las diosas, le hubo mostrado en donde crecían esos grandes árboles, volvióse á su morada. El se puso á cortar pedazos de madera y siguió rápidamente

te su tarea. Derribó veinte árboles que cortó con el acero, cuadrólos hábilmente y los alisó á cordel. Entretanto Calipso, noble entre las diosas, llevóle barrenas, y Ulises taladró todos los pedazos de madera y juntólos unos con otros y después lo reforzó con clavos y muescas. Ulises dió á la almadía que se construyó, tanta anchura como un hábil carpintero al redondear el casco de una embarcación de transporte. Para hacer la cubierta, dispuso viguetas, que ató sólidamente con numerosos travesaños, y después cubriólos con largas planchas. Fabricó un mástil y una entena que se adaptaba bien al mástil : además construyó un timón para dirigir la embarcación : cañizos de mimbre la rodeaban enteramente para defenderla de las olas : en fin, lastró su navío con una gran cantidad de madera. Calipso, noble entre las diosas, llevóle telas para hacer velas y Ulises fabricólas con arte. Luego, fijó en el interior de la almadía, las cuerdas que prestan movimiento á la entena, los cables y las bolinas, y por medio de palancas lanzóla al divino mar.

III

Al cuarto día, la obra de Ulises estuvo completamente terminada ; al quinto día, la divina Calipso lo dejó partir de su isla después de haberlo bañado y puéstole perfumados vestidos. En la almadía colocó dos grandes odres, uno de vino tinto, otro de agua, y además un saco de cuero con provisiones : había puesto muchos manjares propios para excitar el apetito : en fin, hizo soplar un viento suave y tibio, y el divino Ulises desplegó sus velas y se sentó cerca del timón que dirigía diestramente. El sueño no entorpecía sus párpados mientras que contemplaba á las Pléyades y á Bootes, lenta en ponerse y la Osa, llamada también «el Carro», que vuelve siempre al mismo sitio acechando á Orión y que no se sumerge sola en las aguas del Océano. Calipso, noble entre las diosas, le había, efectivamente, recomendado que atravesara el mar dejando aquella constelación hacia la izquierda. Durante diez y siete días navegó atravesándolo, y al décimo octavo, aparecieron las umbrosas montañas del país de los feacios por el lugar más cercano y creyó ver un broquel entre las brumas del mar.

El poderoso dios que hace estremecer la tierra, volvía de Etiopía, cuando de la cima de las montañas de los Solimes percibió

de lejos á Ulises. Apenas le hubo visto, bogando en el mar, encendióse más y más en el fondo de su pecho la cólera terrible, y dijo para sí, moviendo la cabeza :—«¡ Hola ! los dioses han cambiado de parecer respecto á Ulises mientras yo estaba en Etiopía ! Se halla casi junto al país de los feacios, en donde el destino ordena que acaben sus desgracias ; pero quiero hacerle sufrir mucho todavía.» A estas palabras juntó las nubes, y tomando el tridente enfureció la mar ; excitó el soplo impetuoso de todos los vientos á la vez : las nubes obscurecieron á un tiempo la tierra y el mar, y la noche se precipitó del cielo. Euro y Noto, céfiro de violento soplo, y Bóreas, hijo del éter, desencadenáronse juntos, levantando altísimas olas. Entonces vacilaron las rodillas de Ulises, desfalleció, suspiró y dijo :—«¡ Ah, cuán desgraciado soy ! ¿ Qué me sucederá ? Temí que la diosa me engañase al fin, al decirme que en el mar, antes de llegar á mi patria, apuraría la medida de todas las desgracias : y todo se cumple hoy. ¡ De qué nubes envuelve Júpiter al cielo ! ¡ Cómo ha desencadenado el ímpetu de todos los vientos y enfurecido al mar ! ¡ Mi completa perdición cierta es desde ahora ! ¡ Mil veces dichosos los griegos que han perecido en la vasta Troya para complacer á los atridas ! ¡ Que no haya yo expirado, que no se haya cumplido mi destino aquel día en que los troyanos hicieron llover en tropel sobre mí sus acerados dardos, alrededor del inanimado cuerpo de Aquiles ! Hubiera obtenido hermosos funerales y los griegos celebrarían mi gloria, mientras que ahora mi destino es sucumbir de una muerte deplorable.» Mientras hablaba, una grande ola, precipitándose con fuerza de lo alto, hizo dar un vuelco á la almadía. Ulises cayó fuera ; escapóle el timón de las manos : un furioso huracán, causado por el choque de contrarios vientos, partió el mástil por la mitad, y la vela y la entena cayeron á lo lejos en el mar. Ulises permaneció mucho tiempo sumergido en el agua, sin poder subir á la superficie : tan inmensas é impetuosas eran las olas, que le quitaban la ligereza los vestidos que le había dado la divina Calipso. Salió al fin, arrojando por la boca el agua amarga, que corría de su cabeza. No obstante su gran angustia, no olvidó su almadía, y lanzándose en su persecución por entre las olas, asíola y sentóse en el centro para escapar de la muerte, que es el fin de todas las cosas ; y era llevado de un lado á otro por enormes olas. Como se ve en el otoño á Bóreas arrebatár á través de los campos un manajo de

espigas entrelazadas, asimismo los vientos llevaban acá y acullá la almadía de Ulises á través del mar : tan pronto Noto se lo daba á Bóreas, lo mismo que un juguete, como Euro la abandonaba á las persecuciones de Céfito.

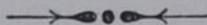
En esto le vió la hija de Cadmo, Ino, la de lindos pies : Leucothea era en otro tiempo una mortal de articulada voz ; ahora habita en el seno de la mar, en donde participa de los honores de los dioses. Tuvo piedad de Ulises, errante y abrumado por los sufrimientos (y salió volando del agua bajo la forma de cuervo marino) ; púsose sobre la flotante almadía, y díjole :—«Infortunado : ¿por qué motivo Neptuno, dios que conmueve á la tierra, está tan furiosamente irritado contra ti, que te llena de peligros y te abruma de padecimientos? No te hará, sin embargo, perecer, por más que lo desee ; pero haz lo que te diga (pues no me pareces desprovisto de juicio), quítate esos vestidos y abandona tu almadía á merced de los vientos : después, nadando, procura llegar al país de los feacios, en donde tu destino te salvará. Toma este velo divino y cíñelo á tu pecho : y no temas ya sufrir ni morir. Luego, cuando hayas tocado tierra firme, quítatelo y arrójalo al sombrío mar, muy lejos de la ribera, volviendo la cara al otro lado.» Después de haber hablado así, le dió el velo y entró en el seno del agitado mar, bajo la forma de un cuervo marino, desapareciendo debajo de una ola negra. Sin embargo, el divino y paciente Ulises vaciló, y suspirando, dijo :—«¡ Ay de mí ! temo que esta divinidad maquine contra mí alguna nueva perfidia, obligándome á abandonar mi almadía. Pero no obedeceré aún, pues he percibido á lo lejos la tierra, en donde debo, según parece, encontrar un refugio. He aquí lo que haré y me parece el mejor partido. Mientras las planchas de la almadía estén sólidamente unidas, permaneceré aquí y soportaré con paciencia mis sufrimientos ; pero cuando las olas las hayan desunido, me arrojaré al agua : pues no veo otro partido mejor.» Mientras estos pensamientos se deslizaban en su corazón y en su mente, Neptuno, el dios que hace estremecer la tierra, levantó una ola inmensa, espantosa, terrible y enorme que arrastró á Ulises ; y así como el impetuoso viento arrastra un remolino de ligeras pajas, dispersándolas, así dispersó la ola las largas planchas de la almadía. Entonces Ulises cabalgó en un madero dirigiéndolo como se hace con un caballo de silla. Luego, quitóse los vestidos que le había dado la divina Calipso, y apresuróse á

ceñirse el velo de Laucótea : lanzóse al mar, con la cabeza levantada, extendiendo las dos manos y nadando con ardor. El poderoso Neptuno que lo vió, sacudió la cabeza y dijo en su interior : — «Vaga así ahora sobre las olas, después de haber sufrido mil padecimientos, hasta que llegues al país de los hombres, hijos de Júpiter. Creo no te quejarás por no haber sufrido.» Después de haber hablado así Neptuno, dió un latigazo á sus caballos de hermosa crin, y fué á Egas donde tiene un magnífico palacio. Entretanto, Minerva, hija de Júpiter, concebía otro designio. En efecto, detuvo el ímpetu de los demás vientos y ordenó que se calmaran y adormecieran, pero soltó al rápido Bóreas y aquietó las olas ante el noble Ulises, hasta que hubo llegado al país de los feacios, amigos del remo, después de haber escapado de la muerte y de las Parcas. El héroe fué llevado sobre las amontonadas olas, durante dos días y dos noches, sin esperanza ; y muy á menudo, su corazón abrigó el presentimiento de la muerte. Pero cuando al fin la Aurora, de hermosas trenzas, iluminó el tercer día, el viento cesó al punto y una calma completa reinó en el mar : entonces Ulises, levantado por una grande ola, y mirando con mucha atención hacia adelante, percibió la tierra á poca distancia, como los niños saludan con alegría la convalecencia de su padre que yacía enfermo, presa de crueles dolores y consumido desde mucho tiempo por el sufrimiento. Una divinidad funesta se había conjurado contra él : pero al fin, los dioses, con gran alegría suya, le habían libertado del infortunio. Asimismo aparecieron á su vista, transportándole de alegría, la tierra y los bosques. Nadaba, empleando todas sus fuerzas para alcanzar tierra firme ; pero cuando no estaba á más distancia que la en que se percibe la voz, oyó el sordo ruido del mar al estrellarse contra las rocas. La oleada inmensa retumbaba estrellándose con fuerza contra la escarpada ribera á la que cubría de amargosa espuma. Efectivamente, no había puertos, refugio de los buques, ni radas seguras ; sino por todas partes escarpadas costas, escollos y rocas. Faltáronle á Ulises el corazón y las fuerzas : suspiró y dijo en el fondo de su magnánimo pecho : — «¡ Ay de mí ! cuando Júpiter permite que divise la suspirada tierra, y acabo de surcar ese inmenso abismo, no encuentro ningún paraje para salir de la espumosa mar. Delante de mí se levantan agudos peñascos, y á su alrededor gimen las impetuosas olas y la roca se extiende en lontananza sin asperezas. La mar que baña la ri-

»bera es profunda : es imposible tenerse en pie y escapar á la
 »muerte. Temo, si avanzo, que las inmensas olas me arrojen
 »arrastrándome contra la desnuda roca y que sean vanos mis es-
 »fuerzos : y si continúo nadando más lejos aún en busca de una
 »playa de suave declive, de un puerto tranquilo, temo que la tem-
 »pestad me envuelva y me arroje rugiendo al emponzoñado mar.
 »Quizá una divinidad lanzará contra mí, del seno de las ondas,
 »uno de esos monstruos marinos que alimenta en gran número
 »la ilustre Anfitrite, pues sé que el ilustre Neptuno está furioso
 »contra mí.» Mientras así meditaba, una ola enorme arrojólo
 sobre la áspera ribera. Entonces se hubiera hecho pedazos si Mi-
 nerva, la diosa de brillantes ojos, no le hubiese inspirado. Lan-
 zóse y se asió á la roca, en la que se sostuvo gimiendo hasta que
 la ola inmensa hubo pasado. Así se libró del golpe : pero la ola,
 refluyendo, le hirió de nuevo y le arrojó al mar, muy lejos de la
 costa. A la manera que á los palpos de un pólipo, arrancado de
 su gruta, se adhieren numerosos guijarros, así las audaces ma-
 nos de Ulises, desgarradas por la roca, dejaron en ella su epi-
 dermis ; y la ola inmensa volvió á cubrirle.

Sin duda, entonces el desdichado Ulises hubiera perecido, á
 pesar del destino, si Minerva, la de brillantes ojos, no le hubie-
 ra infundido serenidad. Sacando la cabeza fuera de las olas, que
 se estrellaban contra la ribera, nadó á lo largo de las rocas, los
 ojos vueltos hacia la tierra, para buscar una playa de declive sua-
 ve y un puerto tranquilo. Al fin, á fuerza de nadar, llegó á la em-
 bocadura de un río de aguas cristalinas : el lugar parecióle exce-
 lente, desprovisto de rocas y abrigado del viento : reconoció la
 embocadura de un río y dirigióle interiormente esta plegaria :
 —«Escúchame, ¡oh, dios ! cualquiera que seas : llego á ti, á quien
 »con ardientes votos yo llamaba, huyendo del mar y de las iras
 »de Neptuno. Debe ser respetable hasta para los dioses inmor-
 »tales el hombre fugitivo que los invoca. Por esto, en este mo-
 »mento, entro en tu lecho y me abrazo á tus rodillas después de
 »haber sufrido tantos males. Dios : apiádate de mí ; me vanaglo-
 »río de suplicarte.» El río suspendió su curso, detuvo las olas,
 hizo reinar la calma y lo condujo sano y salvo á su embocadura.
 El héroe cesó de tender sus rodillas y sus vigorosos brazos, pues
 el mar había agotado sus fuerzas ; tenía todo el cuerpo hinchado
 y la amarga ola brotaba abundante de su boca y nariz : quedó
 sin respiración, sin voz y casi inanimado, sucumbiendo á un ho-

rrible cansancio. Pero cuando hubo recobrado el aliento y los sentidos, quitóse el velo de la diosa, y arrojólo al agua salada : una inmensa ola arrastrólo en la corriente y lo condujo rápidamente á las manos de Ino. Ulises, abandonando el río, ocultóse en los juncos : besó la hospitalaria tierra, y suspirando dijo en su interior :—«¡ Cuán desgraciado soy ! ¿qué haré, qué será de mí? Si »paso la inquieta noche cerca del río, temo que el crudo frío y el »tierno rocío acabarán juntos de quitarme la vida, en mi estado »de debilidad : fría es la brisa que sopla del río antes de que la »Aurora asome en el Oriente. Y si trepo á la colina y entrando »en aquel espeso bosque me tiendo bajo sus frondosos sotos é »intento, insensible al frío y á la fatiga, gustar las dulzuras del »sueño, temo ser presa y pasto de las bestias salvajes.» Después de haberlo meditado, le pareció este último partido el mejor. Tomó, pues, el sendero del bosque que encontró cerca del río en una altura : refugióse bajo dos arbustos nacidos en el mismo sitio, que eran dos olivos, uno silvestre y el otro no injertado ; ni los vientos de húmedo soplo, ni los rayos ardientes del sol los penetraban, ni la lluvia los atravesaba jamás : tan tupidos y entrelazados habían crecido. Ulises, después de haberse refugiado bajo estos árboles, hízose al punto un lecho de hojarasca ; pues había allí muchas hojas, las bastantes para cubrir dos ó tres hombres, aun en lo más riguroso del invierno. Esto alegró al divino y paciente Ulises ; acostóse en medio de las hojas y cubrió todo su cuerpo. Como el hombre que habita en una campiña aislada, lejos de toda vecindad, pone un tizón debajo de la negra ceniza para conservar el germen del fuego que no podría encender en otro hogar, así Ulises ocultóse debajo de las hojas. Minerva derramó el sueño sobre los ojos del héroe y veló sus párpados, para poner más pronto un término á sus crueles fatigas.



EL ORIGEN DEL HOMBRE

POR ZONAS

Dadme una copa formada
Del barro en que yo he nacido,
Y que ha de ser algún día
Mi fúnebre lecho mismo.

ULISES Y LA PRINCESA NAUSICA

POR HOMERO

(De la Odisea.)

I

Mientras que el paciente y divino Ulises dormía en aquel sitio, abrumado de sueño y de cansancio. Minerva se dirigió al país y á la ciudad de los feacios. Habitaban antiguamente las vastas llanuras de Hiperia, cerca de los cíclopes, hombres violentos que los maltrataban y abusaban de la superioridad de sus fuerzas. Nausitoo, semejante á los dioses, los hizo emigrar de estos lugares y los condujo á Scheria, donde fijaron su residencia lejos de los hombres industriosos. Rodeó la ciudad de murallas, construyó casas, elevó templos á los dioses y repartió los campos. Pero vencido por la Parca, había ya descendido á la morada de Plutón, reinando entonces Alcinoos, dotado por los dioses de sabiduría. Minerva, la diosa de brillantes ojos, entró en el palacio de este rey para procurar el regreso del prudente Ulises. Entró en la magnífica cámara donde dormía la hija del magnánimo Alcinoos, la joven Nausica, parecida á los mortales en la figura y en la fisonomía: dos esclavas que habían recibido la hermosura de las Gracias, dormían á los lados de la puerta, cuyas ricas alas estaban cerradas. La diosa penetró hasta el lecho de la joven como el soplo del viento: detúvose encima de su cabeza, y tomando la figura de la hija del ilustre marino Dima, que era de la misma edad, y á quien amaba tiernamente, le dirigió la palabra. Bajo esta forma prestada, Minerva, la de brillantes ojos, le dijo:—«Nausica: ¿por qué te ha criado tu madre tan perezosa? Dejas abandonados tus espléndidos vestidos. Se acerca el día de tu matrimonio, en el que habrás de lucir hermosas galas y suministrarlas á las que te acompañarán hasta la morada de tu esposo: así adquirirás una buena reputación entre los hombres y alegrarás á tus venerables padres. Pues, ea: vamos á lavar cuando aparezca la Aurora: te acompañaré y te ayudaré á tra-

»bajar para que hagas cuanto antes los preparativos, pues no
»continuarás soltera por mucho tiempo. Te solicitan por esposa
»los principales entre los feacios, porque es ilustre tu nacimiento.
»Así, pues, excita á tu noble padre á que te prepare antes del
»día las mulas y el carro para transportar los cinturones, los ve-
»los y los brillantes abrigos. Es más conveniente que vayas en
»carroza que á pie, pues el río está muy lejos de la ciudad.» Des-
pués volvió Minerva, la de brillantes ojos, al Olimpo, en donde,
según dicen, tienen los dioses su inviolable morada : ni la agitan
los vientos nunca, ni la lluvia la moja, ni la nieve la cubre : en
ella circula el aire puro y sin nubes, y una brillante luz la circun-
da : los afortunados dioses gozan de una felicidad eterna. Allí
volvió la diosa de brillantes ojos, después de haber aconsejado á
la joven.

II

Luego que apareció la Aurora en su hermoso trono, hizo le-
vantar á la bella Nausica. Admirada del sueño que había tenido,
apresuróse á atravesar el palacio para dar parte á sus padres :
encontrólos en su departamento. La reina sentada cerca del ho-
gar, en medio de sus doncellas, hilaba lana teñida en púrpura :
á su padre encontrólo en el dintel, que iba á buscar á los ilustres
reyes, para el consejo á que le llamaban los nobles feacios. Acer-
cóse á su padre querido y díjole :—«¿Quieres prepararme, padre
»mío, una alta carroza provista de buenas ruedas, para que lleve
»á lavar al río los ricos vestidos que he ensuciado y he desechado?
»También conviene que tú lleves limpios vestidos, cuando te sien-
»tas en las asambleas con los principales del pueblo : luego, tie-
»nes cinco hijos en tu palacio : dos se han casado, pero los otros
»tres se hallan en la flor de la juventud y no quieren ir á bailar
»sino con vestidos recientemente lavados : y á mí me conciernen
»todos estos cuidados.» No se atrevió, empero, á pronunciar el
nombre de su joven prometido, delante de su padre, pero Alci-
noo, que todo lo comprendía, le respondió :—«No te rehusaré, hija
»mía, ni mulas ni cosa alguna : mis servidores te prepararán un
»carro alto provisto de hermosas ruedas y de sólida caja.» Dió des-
pués sus órdenes á sus servidores, que se apresuraron á obedecer-
las. Y al punto sacaron fuera y prepararon el carro de hermosas
ruedas, condujeron las mulas y las uncieron. La joven sacó de

su cámara los brillantes vestidos, y colocólos en el elegante vehículo. Su madre puso en una canastilla manjares diversos, propios para excitar el apetito, así como viandas cocidas, llenó de vino una odre de piel de cabra, y al subir la joven á la carroza, dióle límpido aceite en una botellita de oro, para perfumarse ella y las doncellas de su servidumbre. Nausica empuñó el látigo y las brillantes riendas y dió á las mulas un latigazo, cuyo chasquido se oyó por algún tiempo : ellas empezaron á correr con ardor llevando á los vestidos y á Nausica, que no iba sola, pues la acompañaban sus doncellas. Cuando hubieron llegado á la orilla del cristalino río, en el lugar en donde había lavaderos siempre llenos, y corría en abundancia una agua límpida propia para limpiar los vestidos más sucios, desataron las mulas del carro y las soltaron á lo largo del río, lleno de remolinos, para que pacieran en el delicioso césped : luego, sacando los vestidos del carro, los metieron en el agua profunda, y los restregaron con los pies en los depósitos, rivalizando en celo y actividad. Cuando los hubieron lavado y desaparecido todas las manchas, colocáronlos en orden en la orilla del mar, en un lugar cubierto de pequeños guijarros, que las olas lavaban con más frecuencia, al estrellarse en la playa. En seguida, después de haberse bañado y frotado con aceite, comieron en la orilla del río mientras que los vestidos se secaban al sol. Cuando Nausica y sus doncellas hubieron satisfecho su apetito, quitáronse los velos y jugaron á la pelota, siendo Nausica, la de los brazos blancos, la que dirigía el juego. Como se ve correr en la cima del árido Taigeto, ó en la del Erimanto á Diana, cazadora feliz, persiguiendo á los jabalíes y á los veloces ciervos, jugando con ella las ninfas campestres, hijas de Júpiter, portador de la égida, rebosando alegría el corazón de Latona, divisándose y distinguiéndose siempre á Diana, entre todas sus compañeras, por bellas que sean, así aquella casta virgen se distinguía entre las doncellas de su servidumbre.

III

Cuando Nausica se disponía para volver á su palacio, después de haber atado las mulas y plegado los ricos vestidos, Minerva, la diosa de brillantes ojos, concibió otro pensamiento para que Ulises se despertara y viese á la joven de bellos ojos que debía conducirle á la ciudad de los feacios. En tal momento, Nausica arrojó

la pelota á una de sus doncellas : erró el golpe, cayó á la rápida corriente, y todas dieron un fuerte grito. El divino Ulises dispersóse y sintióse asaltado por miles de pensamientos :—«¡ Cuán desgraciado soy ! ¿ Cuáles serán los habitantes de esta región ? ¿ Serán hombres violentos, salvajes é injustos, ó serán hospitalarios » y habrá penetrado en su corazón el temor á los dioses ? Voces de « varias jóvenes han herido mis oídos, semejantes á las de las ninfas que habitan las cimas elevadas de las montañas, las corrientes de los ríos y las herbosas praderas. Tal vez me hallo en « el país de hombres de articulada voz. Ea : me voy á convencer « por mis propios ojos. » A estas palabras, el divino Ulises se deslizó fuera del bosque y con su vigorosa mano cortó una rama tupida, tomada en el espeso bosque, para cubrir su cuerpo y velar su desnudez. Avanzó como anda el león alimentado en las montañas y confiado en su fuerza, después de haber sufrido los vientos y las lluvias, y con los ojos inflamados se lanza sobre los bueyes, ó sobre las ovejas, ó corre tras de los ciervos salvajes, incitado por el hambre á tentar un ataque contra las bestias y aun á penetrar en sus madrigueras : así Ulises en toda su desnudez, y obligado por la necesidad, iba á mezclarse entre aquellas jóvenes de hermosas trenzas.

Aparecióseles horrible y desfigurado por las amargas olas, haciéndolas huir espantadas en todas direcciones, hacia las más altas riberas. Solamente quedóse la hija de Alcinoos, pues Minerva le había infundido energía y había alejado el terror de sus miembros. Permaneció, pues, inmóvil, y Ulises meditó si suplicaría á la joven de hermosas trenzas postrándose á sus pies, ó si á distancia y sin acercarse le dirigiría palabras dulces suplicándole que le guiara á la ciudad y le proporcionara vestidos. El partido que le pareció mejor, después de reflexionar, fué el de suplicarle á alguna distancia por medio de buenas palabras, temeroso de que la joven se encolerizara si se postraba á sus pies. En seguida dirigióle este lenguaje lisonjero é insinuante :—« A ti te imploro, ¡ oh reina !, ya seas dichosa, ya seas mortal. Si es que eres « una de las diosas que moran en el vasto cielo, debo compararte « á Diana, la hija del gran Júpiter, pues te pareces mucho á ella « en las formas, en la figura y en la majestad. Si eres una de las « mortales que habitan en la tierra, ¡ ah ! cuán dichosos deben « de ser tu padre y tu madre y tus hermanos. Su corazón, sin « duda, rebosa alegría al verte, tan joven, entrar en los coros de

»la danza, pero más dichoso aún entre todos el esposo que, des-
 »pués de haberte ofrecido los más ricos presentes, te conducirá
 »á su morada. Mis ojos nunca han visto entre los mortales, hom-
 »bre ni mujer que se te pareciera : estoy lleno de admiración al
 »mirarte. Una vez, en Delos, cerca del altar de Apolo, vi elevarse
 »á un joven retoño de palmera (pues yo iba á aquella isla y una
 »numerosa armada me seguía en este viaje que debía ser para mí
 »manantial de crueles desdichas) : á su vista, como en tu presen-
 »cia, mi corazón permaneció mucho tiempo extático de admira-
 »ción, pues jamás un tallo semejante había brotado de la tierra.
 »Asimismo, ¡ oh mujer !, me llenas de admiración y de sorpresa, y
 »temo abrazar tus rodillas. Entretanto, cruel desesperación me
 »abruma : ayer, después de veinte días, he escapado del mar som-
 »brío, en donde las olas y los impetuosos vientos no habían cesado
 »de arrastrarme desde que salí de la isla Oigia. Una divinidad me
 »ha arrojado á estas costas, sin duda para afligirme con nuevas
 »desdichas, porque creo que no dejaré de sufrir, y que los dioses
 »me reservan todavía muchas pruebas. Apiádate, pues, de mí
 »¡ oh reina !, ya que después de tantos sufrimientos eres tú la pri-
 »mera á quien me acerco : no conozco á ninguno de los habitantes
 »de estos países. Indícame la ciudad y dame un pedazo de tela
 »para cubrirme, si es que has traído algo para envolver tus ves-
 »tidos. Que los dioses escuchen todos los votos que formas en tu
 »corazón, que te den un esposo, una familia y dulce armonía :
 »pues no hay suerte mejor ni más dichosa que la de dos esposos
 »que gobiernan la casa con unidad de miras ; esta unión consti-
 »tuye la desesperación de los enemigos y la alegría de los ami-
 »gos, y son ellos, sobre todo, los que experimentan los efectos.»

—«Extranjero—contestóle Nausica, la de blancos brazos :—ya
 »que no pareces de linaje vulgar, ni desprovisto de juicio, á Júpi-
 »ter Olímpico le toca distribuir la dicha á los mortales, buenos y
 »malos, á cada cual como le place. Si es ésa la porción que te ha
 »tocado, debes conformarte. Hoy que has llegado á nuestro país,
 »no te faltarán ni vestidos ni todos los demás auxilios que un in-
 »fortunado que suplica tiene derecho á esperar. Voy á indicarte
 »la ciudad y á decirte el nombre del pueblo. Los feacios ocupan
 »esta comarca ; yo soy la hija del magnánimo Alcinoos, en cuyas
 »manos residen el poder y la fuerza.» Y dirigiéndose á sus donce-
 »llas, de hermosas trenzas, dióles esta orden :—«Deteneos ; ¿ por
 »qué huís á la vista de este mortal? ¿ Creéis, acaso, que es algún

»enemigo? No ha nacido para vivir, no podría tampoco nacer el mortal que viese á traer la destrucción á la tierra de los feacios, pues son muy queridos de los inmortales: habitamos una isla separada que baten las olas del mar en los confines del mundo, y ningún otro pueblo tiene relaciones con nosotros. Este hombre es un desgraciado á quien la desdicha ha arrojado á nuestras playas; es menester cuidarlo por de pronto, porque todos los extranjeros y mendigos, vienen de parte de Júpiter: el don más insignificante regocija su corazón. Ea, doncellas: dadle de comer y de beber: lavadlo en el río en un paraje al abrigo del viento.» Detuviéronse las doncellas y se animaron unas á otras. Condujeron á Ulises á un lugar cubierto como lo había ordenado Nausica, la hija del magnánimo Alcinoos: colocaron cerca de él un manto y una túnica para vestirse, le dieron límpido aceite en una botellita de oro, y le invitaron á bañarse en la corriente del río. Entonces el divino Ulises dirigió la palabra á las doncellas: —«Mujeres, alejaos un poco: dejadme que me lave sólo la espuma que mancha mis espaldas, y que me frote con aceite, pues hace tiempo que la esencia no ha tocado á mi cuerpo. Pero no podría lavarme en vuestra presencia, porque me avergüenzo de aparecer desnudo delante de las jóvenes de hermosas trenzas.» Las doncellas se alejaron y repitieron sus palabras á Nausica. Entretanto, el divino Ulises lavó con agua del río la espuma que cubría su espalda y sus anchos hombros; luego, enjugó su cabeza manchada por el infecundo mar. Cuando hubo lavado su cuerpo y untádolo con aceite se puso los vestidos que le había dado la casta virgen. Minerva, descendiente de Júpiter, prestóle una figura más alta y majestuosa, y de su cabeza hizo descender una espesa cabellera parecida á la flor del jacinto. Como un hábil obrero, al cual Vulcano y Palas-Minerva han iniciado en todos los secretos de su arte, hace correr oro alrededor de la plata y ejecuta obras primorosas, así Minerva esparció la gracia en la cabeza y espaldas de Ulises. En seguida sentóse á alguna distancia en la orilla del mar, resplandeciente de belleza y de gracias: la joven contemplólo con admiración y dijo, dirigiéndose á sus doncellas, las de bellas trenzas: —«Escuchad, doncellas de blancos brazos, lo que voy á deciros. No es contra la voluntad de los dioses del Olimpo, como este extranjero ha venido al país de los feacios, sus semejantes. Al principio me ha parecido no ser más que un hombre vulgar; pero ahora se parece á los dioses que

»moran en el inmenso cielo. ¿Encontraré en estos lugares un
 »esposo como él? ¡ Si pudiese quedarse en este país ! Pero dadle
 »de beber y de comer.» Dijo ; y las doncellas, dóciles á su manda-
 to, la obedecieron. Colocaron al lado de Ulises algunos manjares y
 bebidas. Entonces el divino Ulises comió y bebió con avidez,
 pues hacía mucho tiempo que no había tomado alimento alguno.

IV

En tanto, Nausica, de blancos brazos, se ocupaba de otros cuidados. Cuando estuvieron los vestidos plegados y colocados en el hermoso carro, unció las mulas de fuerte pezuña y subió. Luego, animando á Ulises, tomó la palabra y le dijo :—«Levántate ahora, extranjero, y vamos á la ciudad para que te conduzca al palacio de mi ilustre padre, en donde verás, según creo, á los principales feacios. Pero escucha lo que has de hacer (pues no me pareces desprovisto de juicio) : mientras atravesemos los campos y las tierras cultivadas, marcha con rápido paso, con mis doncellas, detrás del carro ; yo te enseñaré el camino. En seguida entraremos en la ciudad : una elevada muralla la rodea, y á cada lado se abre un hermoso puerto : la entrada es estrecha y está llena de anchos navíos, pues los feacios tienen todos un refugio particular para sus buques. Hay también en la ciudad, cerca de un hermoso templo de Neptuno, una plaza pública con pavimento de piedras labradas, encajadas en el suelo : allí trabajan los feacios en la construcción de los negros navíos, de los cables, velas y pulimento de los remos. Pues los feacios no se cuidan del arco ni del carcaj, sino de los mástiles, remos y buques bien acondicionados, en los cuales recorren gozosamente el espumoso mar. Temo, no obstante, su maledicencia y que alguno de ellos se chancee por detrás, (que no faltan insolentes entre el pueblo). Si algún vil entre ellos nos encontrara, podría decir :—«¿ Quién es ese extranjero tan alto y hermoso que sigue á Nausica ? ¿ En dónde lo ha encontrado ? Será, sin duda, su esposo. Puede que sea un extranjero extraviado en el mar, y que ella ha sacado de su navío, pues no tenemos vecinos, ó acaso un dios que ha tiempo invocaba y á su súplica ha descendido del Olimpo para no abandonarla jamás. Tanto mejor si en sus paseos, ha encontrado un esposo que no es de aquí, pues desprecia sin duda á los numerosos y nobles pretendientes feacios, que

»aspiran á su mano.» He aquí lo que dirían, y estas suposiciones cubriríanme de vergüenza : yo misma criticaría á la mujer que se condujera así, y que sin el consentimiento de sus queridos padres, frecuentara los hombres antes de casarse públicamente. Fíjate, pues, extranjero, en mis palabras, para que puedas obtener cuanto antes de mi padre los medios para volverte. Encontrarás cerca del camino un bosque encantador de álamos blancos, consagrado á Minerva : una fuente corre en este bosque, y una pradera lo rodea. Allí mismo tiene mi padre un campo reservado y un verde jardín, que están muy cerca de la ciudad. Detente en este lugar y espera hasta que hayamos entrado en ella, y hayamos llegado al palacio de mi padre. Cuando supongas que ya hemos llegado, dirígete hacia la ciudad de los feacios y pregunta por el palacio de mi padre, el magnánimo Alcinoo. Es muy fácil averiguar cuáles es ; un niño te conduciría, pues las moradas de los feacios en nada se parecen absolutamente á la de Alcinoo. Pero cuando hayas llegado al palacio y entrado en el patio, apresúrate á atravesar el salón hasta que hayas llegado ante mi madre : está sentada cerca del hogar y apoyada en una columna, hilando, á la luz de la llama, una lana de púrpura de maravillosa belleza : sus doncellas están sentadas detrás de ella. Luego se ve, cercano al hogar, el trono donde mi padre está sentado y bebe vino, como uno de los inmortales. Sin detenerte con él, corre y abraza las rodillas de mi madre, si quieres alcanzar el placer de volver muy pronto á tu patria, por lejana que esté. (Si su corazón se anima en tu favor y sabes despertar sus sentimientos generosos, ten esperanza de ver nuevamente á tus amigos y de pisar otra vez los umbrales de tu casa levantada en el suelo de tu patria.)

Después de haber hablado así, empuñó el reluciente látigo y golpeó á las mulas, que se alejaron rápidamente de las orillas del río levantando alternativamente al correr, los pies, con suma gracia. Nausica gobernábala hábilmente y las conducía de modo que sus doncellas y Ulises pudieran seguir el carro. A la puesta del sol llegaron al famoso bosque consagrado á Minerva : el divino Ulises se detuvo en este lugar é invocó en seguida á la hija del gran Júpiter :—«Escúchame, hija de Júpiter, portadora de la égida, indomable Minerva. Oyeme en este momento, aunque no me hayas oído ha poco en mi desesperación, cuando era el juguete del ilustre Neptuno. Concédeme la gracia de que encuentre en los feacios benevolencia y piedad.» Esta fué su ple-

garia, y aunque Palas-Minerva le oyó, no apareció á su presencia, pues temía mucho á su tío paterno, que alimentó vivos resentimientos contra el divino Ulises, hasta que este héroe hubo llegado á su patria.

V

Mientras que el paciente y divino Ulises oraba en aquel lugar, las vigorosas mulas conducían á la joven á la ciudad. Cuando hubo llegado al famoso palacio de su padre, detuvo el carro en el vestíbulo, y sus hermanos, parecidos á los inmortales, agrupáronse á su alrededor; quitaron las mulas del carro y llevaron los vestidos al interior. Nausica subió á los aposentos, en donde encendióle fuego su camarera, la anciana Eurimedusa de Apira: era ésta una mujer que los feacios habían, tiempo atrás, traído de Apira en sus encorvados buques, y pusieron aparte para regalarla á Alcino, pues mandaba á todos los feacios, y el pueblo la obedecía como á un dios. Ella había criado á Nausica, de blancos brazos, en el palacio. Encendió fuego y preparó la cena con diligencia. Entonces, Ulises levantábase para ir á la ciudad. Minerva, que quería mucho á Ulises, envolvióle en una espesa nube, temerosa de que alguno de los soberbios feacios le preguntase quién era y le dirigiese palabras injuriosas. Mas cuando iba á entrar en la populosa ciudad, Minerva, de brillantes ojos, presentósele bajo la figura de una joven que llevaba un cántaro. Detúvose á su lado, y el divino Ulises le dijo:—«Hija mía, ¿querías conducirme á la morada de Alcino, que reina en este país? Pues soy un desgraciado extranjero que vengo aquí desde muy lejanas tierras, y no conozco á ninguno de los habitantes de esta ciudad.» Contestóle Minerva, la diosa de los brillantes ojos:—«Sí, venerable extranjero: voy á indicarte la casa por la que preguntas, pues está cerca de la de mi noble padre. Pero marcha silenciosamente: yo te enseñaré el camino. No mires, ni interrogues á nadie, pues estas gentes no aman á los extranjeros, ni acogen amigablemente á los que llegan de afuera. Confiados en la ligereza y en la rapidez de sus navíos, surcan el inmenso abismo de los mares: es un privilegio que deben á Neptuno, pues sus navíos son rápidos como el pájaro ó como el pensamiento.» Después de haber hablado así, Palas-Minerva pasó delante caminando aprisa, y el héroe siguió las huellas de

la diosa. Los feacios, estos ilustres navegantes, no lo vieron atravesar la ciudad aunque pasó entre ellos, pues impidiólo Minerva, de hermosas trenzas, que llena de benevolencia para él, envolviólo en una niebla divina. Ulises admiraba los puertos y los bien proporcionados buques, las plazas en donde se reunían los héroes, y las largas y altas murallas provistas de empalizadas, obra maravillosa. Así que llegaron al famoso palacio del Rey, díjole Minerva, la diosa de brillantes ojos:—«He aquí, venerable
»extranjero, la casa que me has suplicado te indicara. Encontrarás en ella á los reyes, hijos mimados de Júpiter, sentados á la
»mesa. Penetra en el interior y que tu corazón no se estremezca ;
»el hombre audaz tiene casi seguro el éxito, aunque venga de
»extranjeras playas. Encontrarás primero á la Reina en el palacio : se llama Arete y desciende de la misma familia que el
»Rey. Nausitoo nació de Neptuno, el dios que hace estremecer
»la tierra, y de Peribea, la más hermosa de las mujeres y la más
»joven de las hijas del magnánimo Eurimedón, que reinaba antiguamente en el país de los soberbios gigantes : pero este príncipe perdió á su culpable pueblo y pereció. Neptuno se unió, pues,
»á Peribea, y tuvo de ella al magnánimo Nausitoo, que reinó en el pueblo de los feacios. Nausitoo engendró á Rescenor y á
»Alcinoo : Rescenor, al poco tiempo de estar casado, murió sin dejar sucesión masculina, herido en su palacio por Apolo, el del
»argentado arco, sin dejar más que una hija : Arete. Alcinoo, casóse con ella, y la ha honrado siempre como mujer alguna lo ha
»sido sobre la faz de la tierra, entre todas las que dirigen una casa bajo las leyes de un esposo. Por este motivo ha sido honrada cordialmente por sus hijos y lo es aún hoy día, lo mismo
»de Alcinoo que de sus pueblos, que la miran como una divinidad y la aclaman y la reciben con lisonjero murmullo, siempre que
»pasa por la ciudad. No está desprovista de sabiduría y termina ella misma las diferencias de sus súbditos, cuando les quiere
»hacer bien. Por consiguiente, si Arete te muestra benévolos sentimientos, espera volver á ver á tus amigos, entrar en tu morada de elevado techo y pisar el suelo de tu patria.»

VI

Después de haberle hablado así, Minerva, la de brillantes ojos, lanzóse sobre la tierra y abandonó á la encantadora Sche-

ria : llegó á Maratón, luego á Atenas, ciudad de anchas calles, y entró en la fuerte morada de Ereteo. Entretanto, Ulises se acercaba al famoso palacio de Alcinoo, pero antes de pasar la reja de hierro, se detuvo, henchido el corazón de miles de sensaciones. El palacio de elevada bóveda, morada de Alcinoo, brillaba con el esplendor del sol y de la luna. Paredes de acero se extendían á los dos lados, desde el dintel hasta el fondo del patio : una cornisa de esmalte se elevaba alrededor del techo, cerrándose por el interior la sólida casa con puertas de oro. Sobre el umbral de acero, se levantaba un marco de plata : siendo el dintel del mismo metal y el anillo de oro. A cada lado había dos perros de oro y plata, que Vulcano había modelado con maravillosa habilidad, para guardar la morada del magnánimo Alcinoo : eran inmortales y estaban exentos de la vejez. En el interior había sillas arriadas á la pared, de trecho en trecho, desde el dintel hasta el fondo, y estaban cubiertas con velos de fina tela, tejidos con arte, obra de las mujeres de la servidumbre ; en ellas sentábanse los jefes de los feacios para comer y beber, pues sus banquetes eran innumerables. Sobre sólidos pedestales levantábanse estatuas de oro, representando jóvenes que tenían en sus manos antorchas encendidas é iluminaban durante la noche el salón del festín. Cincuenta esclavos trabajaban para Alcinoo en el palacio : unos molían el rubio trigo : otros estaban sentados tejiendo la tela ó manejando el huso, y sus manos agitábanse como las hojas del elevado álamo, y las tejidas telas tenían el brillo del untuoso aceite. Así como los feacios vencen en habilidad á los demás hombres para dirigir un velero navío, así sus mujeres vencen á las demás en tejer la tela ; pues Minerva las ha dotado especialmente de tanta habilidad como exquisito gusto. Fuera del patio, no lejos de las puertas, había un vasto jardín de cuatro fanegas, cercado por los lados con setos. En él crecían inmensos y lozanos árboles : perales, granados, manzanos de hermosos frutos, dos higueras y verdes olivos. Jamás desaparecían ni faltaban los frutos de estos árboles, ni en invierno, ni en estío, á diferencia de lo que sucede con los que solamente reverdecen una vez al año : el soplo del céfiro daba vida á unos y maduraba á los otros : á la pera demasiado madura, sucedía otra ; á la manzana, la manzana ; á la uva, la uva ; al higo, el higo : allí también había sido plantada una fecunda viña : una parte de las uvas secábase á los rayos del sol, en un lugar descubierto, mientras que cogían las

otras ó las estrujaban para hacer vino. En el fondo del jardín crecían legumbres de todas clases, bien alineadas, siempre hermosas y brillantes. Había, en fin, dos fuentes, de las cuales una serpenteaba á través de todo el jardín, y la otra brotaba bajo el dintel del patio, delante del soberbio palacio : allí iban los ciudadanos á buscar agua. He aquí cómo los dioses embellecieron con sus dones la morada de Alcinoos.

VII

El paciente y divino Ulises se había detenido para contemplar estas maravillas. Cuando lo hubo admirado todo en silencio, pasó rápidamente el dintel para entrar en el palacio. Encontró á los jefes y á los gobernadores de los feacios que hacían libaciones al perspicaz matador de Argos, dedicándole las últimas que hacían, siempre que pensaban en dormir. El paciente y divino Ulises atravesó el palacio, todavía envuelto en la nube espesa que Minerva había esparcido á su alrededor. Cuando llegó cerca de Arete y del rey Alcinoos, se postró y abrazó las rodillas de la Reina y en seguida la divina nube se disipó. Al aspecto del héroe, el Rey y sus convidados, reunidos en el palacio, permanecieron silenciosos, y mientras le contemplaban con asombro, Ulises hizo oír esta súplica :—«Arete, hija del divino Rescenor : vengo, »después de numerosos sufrimientos, á abrazar tus rodillas y á suplicar á tu esposo y á tus convidados : ¡ plegue á los dioses concederles una existencia feliz y que cada uno de ellos transmita »á sus hijos, en el seno de su palacio, sus riquezas, y el rango »que el pueblo le ha concedido ! Pero apresurad mi partida para »que vuelva á mi patria, pues hace ya tiempo que sufro alejado de »mis amigos.»

Después de haber hablado así, sentóse junto al fuego, cerca de la ceniza del hogar, y todos permanecieron inmóviles y callados. Al fin, el más viejo de los feacios, el anciano héroe Eteneo, tomó la palabra : distingúase por su elocuencia y por una grande experiencia del pasado :—«Alcinoos : no está bien ni es conveniente que este extranjero permanezca sentado en el suelo cerca »de la ceniza del hogar : estamos aquí esperando que hables. Ea : »alza á este extranjero y hazlo sentar en una silla ornada de clavos de plata : ordena á los heraldos que mezclen el vino para »que hagamos libaciones á Júpiter tonante que acompaña á los

»respetuosos suplicantes. Haz que el mayordomo sirva al extranjero los manjares que tiene reservados.»—Apenas el venerable Alcinoo hubo oído estas palabras, cuando tomó de la mano al sabio é industrioso Ulises, levantólo del hogar y lo hizo sentar en una resplandeciente silla, después de haber hecho levantar á su hijo, el valiente Laodamas, que estaba junto á él, y era el más querido de sus hijos. Entonces una criada trajo agua para lavarle las manos : la vertió de un hermoso jarro de oro en una palan-gana de plata, para que se lavara, y colocó ante él una mesa muy limpia. El venerable mayordomo trájole pan y sirvióle muchos manjares, sin escasear las provisiones. El paciente y divino Ulises bebió y comió, y el venerable Alcinoo dijo á uno de sus heraldos :—«Pontonoo : mezcla el vino en la crátera y distribúyelo á todos los convidados para que hagamos libaciones en honor de Júpiter tonante que acompaña á los que suplican respetuosamente.»—Y Pontonoo mezcló el vino dulce al paladar y distribuyó á todos, bebiendo él primeramente en cada copa.

VIII

Entretanto, Arete, de blancos brazos, ordenó á sus doncellas que prepararan un lecho bajo el pórtico y extendieran hermosas telas de lana, teñidas en púrpura, cubriéndolo con tapices y colocando cobertores de tupida tela, para envolverse durante la noche. Las doncellas salieron de la sala con una antorcha en las manos. Cuando hubieron decorado el mullido lecho con diligencia, se dirigieron á Ulises diciéndole :—«Levántate, extranjero, y vete á dormir : tu cama está dispuesta.»—Y el héroe acostóse con sumo placer. De este modo, el paciente y divino Ulises, descansó en este lugar, en un lecho abierto por ambos lados, bajo el argentino pórtico. Alcinoo durmió en la parte más retirada de su elevada morada, en donde la reina, su esposa, le había preparado el lecho.

Cuando apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, saltó de su lecho el venerable Alcinoo ; y el noble Ulises, destructor de ciudades, levantóse igualmente. El venerable Alcinoo, precediéndolo, lo condujo á la asamblea de los feacios, que había sido convocada cerca de los navíos. Al llegar, sentáronse uno al lado de otro sobre pulimentadas piedras. Entretanto, Palas-Minerva recorría la ciudad bajo la forma de un heraldo del

sabio Alcinoo para dirigir el regreso del magnánimo Ulises, y deteniéndose cerca de cada ciudadano, hablábale en estos términos:—«Ea, jefes y gobernadores de los feacios: dirigíos á la asamblea para conocer á ese extranjero, que después de haber vagado por el mar ha llegado nuevamente al palacio del sabio Alcinoo, y que se parece en la figura á los inmortales.»—Estas palabras excitaron la curiosidad y el interés de todos. En poco tiempo fueron ocupados plaza y asientos por la muchedumbre reunida, y más de uno contemplaba al sabio hijo de Laerte; porque Minerva había esparcido una grandeza divina sobre su cabeza y espaldas, prestando más grandeza y majestad á su figura: quería que fuese querido, temido y respetado por todos los feacios, y que triunfase en las diversas justas en que le pondrían á prueba. Cuando estuvieron todos juntos y reunidos, Alcinoo les dijo:—«Escuchad, jefes y gobernadores de los feacios: voy á decir os lo que me inspira el corazón. Este extranjero (ignoro quién es) ha llegado á mi palacio después de muchas correrías. ¿Viene de las comarcas en que nace la Aurora ó de las en que se pone el Sol? No lo sé. Nos suplica que le acompañemos cuanto antes mejor. Obremos según nuestra costumbre y preparemos su partida: pues jamás ha llegado extranjero á nuestras moradas que haya gemido mucho tiempo entre nosotros, esperando la hora de su partida. Pues bien: lancemos al divino mar un negro navío de nueva construcción; escójanse en el pueblo cincuenta y dos jóvenes reconocidos por los demás hábiles, y con los remos amarrados al banco, abandonad el mar y volved á mi casa, donde os prepararé inmediatamente un festín: quiero obsequiaros á todos. A los jóvenes se dirigen estas órdenes. En cuanto á vosotros, reyes que empuñáis el cetro, venid á mi soberbio palacio, á fin de recibir en él cordialmente al extranjero, y exijo que ninguno de vosotros falte. Llamad también á Demodoco, el divino: pues un dios le ha dado la gracia de hechizarnos con sus cantos, siempre que la inspiración hace estremecer las cuerdas de su lira.»—Después de haber hablado así se levantó y echó á andar; los reyes que empuñaban el cetro siguieron sus pasos, y un heraldo fué á buscar á Demodoco. Los cincuenta y dos jóvenes, escogidos entre el pueblo, se dirigieron, según la orden de Alcinoo, á la orilla del infecundo mar. Llegados al buque y una vez en la orilla, empezaron por lanzar el negro navío al profundo mar; luego, sujetaron el mástil y las velas del negro navío, introdujeron

oportunamente los remos en las correas de cuero, y desplegaron las blancas velas : después de lo cual fondearon el navío en alta mar. En seguida se dirigieron al soberbio palacio del sabio Alcinoo. La multitud llenaba pórticos, patios y salas (había muchos jóvenes y muchos viejos). Alcinoo inmoló doce ovejas, ocho puercos de blancos dientes y dos bueyes de perezosa marcha. Los desollaron, los guisaron, y prepararon un agradable festín.

IX

Entonces un heraldo presentóse conduciendo al querido bardo : la Musa lo favorecía más que á ningún otro mortal y le había dispensado el bien y el mal á la vez, porque si bien le privó de la vista, dióle una voz muy agradable. Pontonoo púsole una silla, ornada con clavos de plata, en medio de los convidados, y apoyólo en una alta columna : el heraldo suspendió en un clavo, encima de su cabeza, la armoniosa lira, indicándole de qué manera podía tomarla : puso ante él una cesta, una hermosa mesa y una copa de vino para beber cuando lo deseara. Los convidados se sirvieron los manjares preparados y servidos ante ellos. Cuando hubieron apagado el hambre, la Musa excitó al bardo á celebrar las hazañas de los héroes, en un canto cuyo renombre se elevó hasta el vasto cielo. Era la querrela de Ulises y Aquiles, hijos de Peleo, que cambiaron un día violentas palabras en medio del espléndido festín de un sacrificio. Agamenón, rey de los guerreros, regocijóse íntimamente de ver disidencias entre los principales griegos. Esto fué, en efecto, lo que le había contestado Febo-Apolo, en la divina Pito cuando había pasado el umbral de piedra para consultar al oráculo : pues entonces el azote de la guerra empezaba á caer sobre los troyanos y los griegos, conforme con los decretos del gran Júpiter. He aquí lo que cantaba el divino bardo con voz sonora.

Entretanto, Ulises, tomando su capa de púrpura con mano vigorosa, cubrióse con ella el hermoso rostro : pues le daba vergüenza que los feacios contemplasen sus ojos bañados en lágrimas. Cuando el divino bardo cesó de cantar, secó las lágrimas y bajó su manto : luego, tomando dos copas, hizo libaciones en honor de los dioses ; pero cuando aquél volvió á cantar, cediendo á las instancias de los principales feacios, encantados por sus acentos, Ulises ocultó de nuevo la cabeza, pues gemía. Ningún otro fea-

cio sorprendió sus lágrimas. Solamente Alcino, que estaba sentado á su lado, advirtió su emoción y oyó exhalar profundos suspiros. En seguida dirigió la palabra á los feacios, amigos de la navegación :—«Oíd, jefes y gobernadores de los feacios : hemos gozado ya bastante de los atractivos de la mesa y de los encantos de la lira, compañera inseparable de un espléndido festín. »Salgamos ahora y ensayémonos en toda clase de combates, para »que este extranjero cuente á sus amigos, de regreso á su patria, »nuestra destreza, superior á la de los demás hombres, en el pugilato, en la lucha, en el salto y en la carrera.»—Después de haber hablado así, levantóse y salió el primero, siguiéndole los feacios. Un heraldo suspendió en el clavo la armoniosa lira, y tomando á Demodoco de la mano, condújolo fuera de la sala y lo llevó por el camino que habían tomado los principales feacios para ir á admirar los juegos. Se dirigieron á la Asamblea y una muchedumbre compacta é innumerable los siguió. Entonces se levantaron varios jóvenes de los más valientes. Levantóse Acroneo y también Ocialo, Eleatreo, Nauteo, Primneo, Anquialo, Eretmeo, Ponteo, Proreo, Toon, Anabesineo y Anfialo, hijo de Polineo, oriundo de Tecton. Eurialo, semejante al homicida Marte, levantóse al mismo tiempo que Naubolides, que por la figura y la belleza era superior á todos los feacios después del irreprochable Laodamas. También levantáronse los tres intachables hijos de Alcino : Laodamas, Halios y el divino Clitoneo. Empezaron á ensayarse en la carrera : extendíase ante ellos una inmensa llanura hasta el punto de parada : partieron todos al mismo tiempo y en su rápido vuelo, levantaban el polvo de la llanura. El irreprochable Clitoneo llevóse la palma en la carrera, llevando á todos sus adversarios la misma ventaja que un tiro de mulas sobre los bueyes en un barbecho ; y dejándolos atrás, volvió hacia el pueblo. En seguida ensayáronse en la terrible lucha : Eurialo venció á los más valientes ; Anfialo se llevó el premio del salto ; Eleatreo el del disco, y el bravo Laodamas, hijo de Alcino, el del pugilato. Después que se hubieron divertido con estos juegos, Laodamas, hijo de Alcino, les dijo :

—«Vamos, amigos : preguntemos al extranjero si ha aprendido á ejercitarse en algún combate, pues tiene buena presencia ; »ved sus muslos, sus piernas, sus brazos, su vigoroso cuello y su »ancho pecho : no está falto de juventud, pero sí debilitado á »causa de haber sufrido numerosas fatigas ; porque no conozco

»nada más terrible que la mar para abatir á un hombre, aunque
 »sea muy robusto.»—Eurialo tomó entonces la palabra y le dijo :
 —«Laodamas : todo lo que has dicho es muy juicioso. Ve á provo-
 carle tú mismo y lleva la palabra.»—No bien las hubo proferido
 Eurialo cuando el valientê hijo de Alcinoo avanzó en medio de
 la asamblea, detúvose delante de Ulises y le dijo :—«Ven tam-
 »bién con nosotros, noble extranjero, á ensayarte en nuestros
 »juegos, si es que conoces alguno ; pues parece que eres diestro
 »en todos los ejercicios y no hay gloria más grande para un hom-
 »bre, durante su vida, que mostrar la ligereza de sus pies y la
 »fuerza de sus brazos. Ven, pues, á ensayarte con nosotros y des-
 »tierra la inquietud de tu corazón. Tu partida no será diferida
 »por mucho tiempo : el navío destinado para ti, ya se ha botado
 »al mar y los remeros están prontos.»—«Laodamas—contestó
 »el ingenioso Ulises :—¿por qué me provocáis con palabras mor-
 »daces? Tengo más deseos de llorar que de luchar, yo que he su-
 »frido recientemente tantos males y sostenido tantos trabajos :
 »si me siento ahora en vuestra asamblea es porque suspiro por
 »el regreso que imploro al rey y á todo el pueblo.»—Eurialo to-
 mó entonces la palabra y le injurió abiertamente :—«No, yo no
 »te comparo, extranjero, al mortal hábil en las numerosas lu-
 »chas establecidas entre los hombres, pero sí á uno de esos hom-
 »bres que pasan su vida en los bancos de un navío ó á un patrón
 »de buque mercante que lleva nota de la carga y cuida los víveres
 »y las ganancias, producto de la rapiña : no, tú no tienes el aire
 »de un combatiente.»—El ingenioso Ulises contestó, lanzándo-
 le una mirada irritada :—«Extranjero : tú no has hablado como
 »debías ; me pareces un insensato. Los dioses no conceden, no,
 »á los hombres todos sus favores reunidos : la figura hermosa, el
 »talento y la elocuencia. Este es inferior en belleza, pero un dios
 »embellece su rostro con los encantos de la palabra ; se le mira
 »con placer, habla sin miedo y con dulce modestia, se distingue
 »en las asambleas, y cuando va á la ciudad se le considera como
 »un dios. Aquél es comparable á los dioses por su belleza, pero
 »la gracia no adorna sus discursos. Por esto tú, que estás dotado
 »de notable belleza, y tan extrema, que un dios no podría tachar-
 »la, careces de inteligencia. Tu lenguaje inconveniente ha en-
 »cendido la cólera en mi pecho. No me falta experiencia en los
 »combates, como tú pretendes ; siempre he sido, según creo, de
 »los primeros, mientras he contado con mi juventud y con la fuer-



Uliſes.



»za de mis brazos. Ahora soy víctima de la desdicha y del infortunio, por haber sufrido mucho, ora combatiendo, ora atravesando las peligrosas olas : sin embargo, á pesar de todos los males que he sufrido, me ensayaré en vuestros juegos, porque tu lenguaje me ha penetrado en el corazón y ha excitado mi valor.»—Y, sin quitarse el manto, adelantóse, asió un disco mucho mayor, más sólido y más pesado que el que había servido á los feacios para luchar entre ellos. Después de hacerlo voltear, lanzólo con vigoroso brazo : la piedra silbó y al verla partir, los feacios, estos grandes navegantes, de largos remos, se inclinaron espantados hacia el suelo. El disco, en su rápido vuelo, pasó todas las señales. Minerva, bajo la forma de un hombre, señaló el lugar en donde había caído, y dijo :—«Un ciego, tanteando, reconocería la señal : pues lejos de haberse perdido en el número de las demás, las ha pasado á todas. Está seguro del éxito de la lucha : ningún feacio irá más lejos de esta señal, ni aun siquiera llegará.»—Estas palabras llenaron de gozo al paciente y divino Ulises : regocijóse de ver en la asamblea á un compañero benévolo.

X

Alcinoo ordenó á Halios y á Laodamas que danzasen solos, pues ninguno les aventajaba en la danza. Tomaron una pelota teñida de púrpura, que había hecho expresamente para ellos el ingenioso Polibo y uno la arrojó hasta las obscuras nubes, con el cuerpo echado hacia atrás, mientras que el otro, levantándose del suelo, la recibió dando un salto antes de tocar de nuevo la tierra con los pies. Cuando se hubieron ejercitado en lanzar la pelota en línea recta, danzaron sobre la bienhechora tierra, dando mil variadas vueltas, mientras los demás jóvenes aplaudían de pie en la asamblea y se escuchaban numerosas aclamaciones por doquiera. Entonces el divino Ulises dijo á Alcinoo :—«Poderoso Alcinoo, el más ilustre de todos estos pueblos : me habías dicho que poseías excelentes danzantes y que me harías admirar sus habilidades ; tus promesas han sido cumplidas, pues semejante espectáculo me ha llenado de admiración.»—Estas palabras encantaron al venerable y poderoso Alcinoo, que en seguida dirigió estas palabras á los feacios, amigos de la navegación :—«Escuchad, jefes y gobernadores de los feacios : este extranjero me

parece lleno de sabiduría ; ofrezcámosle, como se debe, los dones de la hospitalidad. Sois doce los reyes escogidos entre el pueblo que mandáis, en calidad de jefes ; yo el décimo-tercero. Que cada uno de nosotros traiga un manto bien lavado, una túnica y un talento de oro de gran precio ; demos todos juntos estos presentes al extranjero, á fin de que, poseedor de estas riquezas, asista alegre y contento al festín de la noche. Quiero también que Eurialo apacigüe su cólera por medio de palabras y con algún presente, pues no ha hablado como debía.»—Todos aplaudieron y dieron sus órdenes, mandando cada uno de ellos á un heraldo para que trajera los presentes.—«Poderoso Alcinoo, el más ilustre de estos pueblos :—dijo Eurialo,—estoy pronto á apaciguar la ira de este extranjero, como tú me ordenas ; daréle una espada de acero, cuya empuñadura es de plata y la vaina de marfil recientemente labrado : este presente creo que tendrá precio á sus ojos.»—Después de haber hablado así, puso la espada ornada de clavos de plata en las manos de Ulises y, alzando la voz, pronunció estas lisonjeras palabras :—«Salve, ¡ oh, venerable extranjero ! Si he dejado escapar de mis labios algunas palabras ofensivas, que desaparezcan al punto á impulso del viento. Quieran los dioses que vuelvas á ver á tu esposa y que pises el suelo de tu patria, ya que hace tanto tiempo que sufres lejos de tus amigos.»—El ingenioso Ulises respondióle á su vez :—«¡ Salve á ti también, querido Eurialo, y que los dioses te colmen de bienes ! Ojalá que jamás te arrepientas de haberme dado tu espada, después de haberme apaciguado por medio de dulces palabras.»—Y colgóse en las espaldas la preciosa espada de clavos de plata. Cuando el sol se ocultaba en el ocaso, llegaron los ricos presentes ; nobles heraldos los trajeron al palacio, y los hijos del intachable Alcinoo, tomándolos con sus manos, depositaron aquellos dones magníficos al lado de su venerable madre. El ilustre y poderoso Alcinoo precedía á los feacios que entraron y se sentaron en elevados asientos.—«Tráeme, mujer—dijo aquél,—un brillante cofre, el más hermoso que poseas y coloca en él un manto bien lavado y una túnica ; haz que pongan un vaso de cobre en el fuego y que entibien agua para que nuestro huésped pueda bañarse y que después de haber visto los ricos presentes que los nobles feacios han traído para él, se recree cenando y oyendo un canto melodioso. Yo le daré una magnífica copa de oro para que se acuerde de mí todos los días de

»su vida, al hacer con ella en su palacio libaciones en honor de
»Júpiter y los demás dioses.»—Arete ordenó á sus doncellas que
colocaran al punto un gran trípode en el fuego. Colocaron pues
sobre la ardiente llama el trípode destinado para el baño, vertie-
ron agua en él y encendieron la leña que habían colocado debajo.
La llama invadió los flancos del trípode y el agua calentóse.
Mientras tanto, Arete sacó de su aposento un cofre magnífico y
depositó los soberbios dones, vestidos y oro que los feacios habían
ofrecido á Ulises. Puso asimismo un manto y una hermosa tú-
nica, y alzando la voz pronunció estas halagüeñas palabras :—
«Examina tú mismo la tapa y ciérralo con un nudo, no sea que
»te vayan á robar por el camino mientras gustes de dulce sueño,
»bogando en tu negro navío.»—Al oír estas palabras, el paciente
y divino Ulises sujetó la cubierta y cerróla al punto con un com-
plicado nudo que le había enseñado hacía poco la ingeniosa Cir-
ce. En seguida la intendenta invitóle á entrar en el baño para la-
varse. Una gran alegría inundó su corazón al verse en el baño
tibio, pues semejantes agasajos no le habían sido prodigados des-
de que había abandonado la morada de Calipso, la de hermosa
cabellera, á cuyo lado gozaba de todos los placeres como un dios.
Cuando los esclavos lo hubieron lavado y frotado con aceite, echa-
ron á sus espaldas una hermosa capa y una túnica, y el héroe,
saliendo del baño, fué á reunirse con los convidados. Nausica,
que había recibido de los dioses la belleza, estaba cerca de la só-
lida puerta de la sala. Al ver á Ulises, sobrecogióse de admira-
ción, y alzando la voz dirigióle estas amables palabras :—«¡ Sal-
»ve, extranjero ! Cuando hayas regresado á tu patria, acuérdate
»de mí ; pues á mí, más que á nadie, debes tu salvación.»—
«Nausica, hija del magnánimo Alcinoo—contestó el ingenioso
»Ulises :—quiera Júpiter, el tonante esposo de Juno, que vuelva
»á mi patria y que no esté lejos el día del regreso. Entonces, des-
»de allí te invocaré como una divinidad todos los días de mi vida,
»pues te soy deudor de la vida.»

Y dicho esto fué á sentarse en una silla junto al rey Alcinoo.
En tanto, comenzóse á distribuir los manjares y á mezclar el
vino. Un heraldo avanzó conduciendo al amable bardo Demodo-
co, honrado por el pueblo ; hízolo sentar en medio de los convi-
dados y apoyólo en una alta columna. En el acto, el ingenioso
Ulises dirigió la palabra al heraldo después de haber cortado un
pedazo del lomo de un puerco de blancos dientes (del cual que-

daba aún la mayor parte), envuelto por succulenta grasa.—«Ven, heraldo, da esto á Demodoco, para que coma, pues por afligido que yo esté quiero honrarlo. Todos los mortales debemos tributar honores y respeto á los bardos, á quienes ama la Musa y les ha enseñado melodiosos cantos.»

XI

Y al terminar su relación todos quedaron inmóviles y silenciosos; todos, en el obscuro palacio, estaban bajo el encanto de sus palabras.—«Ulises—le dijo Alcinoo en voz alta :—puesto que has entrado en mi palacio, embaldosado de bronce y de elevado techo confío que regresarás á tu patria, terminadas tus correrías, por muchos males que hayas sufrido. En cuanto á vosotros, que bebéis sin cesar en mi casa el ardiente vino de honor, y que oís la voz del bardo, escuchad la orden que tengo que daros á todos. Ya están guardados en un bruñido cofre los vestidos, el oro artísticamente trabajado y todos los demás presentes que los consejeros de los feacios han traído aquí. Démosle además cada uno un gran trípode y una palangana; luego, ya haremos un reparto entre el pueblo para indemnizarnos, pues sería difícil que sólo se diera sin contar con la compensación.»—Este lenguaje agradó á los feacios, que se retiraron á su casa para recogerse. Cuando apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, dirigiéronse con presteza al navío llevando las armas de costumbre; el divino y poderoso Alcinoo bajó también y depositó cuidadosamente los presentes bajo los bancos para que no molestasen á ninguno de los compañeros de Ulises, al botar el navío y hacer fuerza de remos. Los feacios volvieron en seguida al palacio de Alcinoo y prepararon el festín. El divino y poderoso Alcinoo inmoló un buey en honor al hijo de Saturno envuelto en sombrías nubes, á Júpiter, que reina sobre todos. Después de asar los muslos se sentaron alrededor de la mesa y celebraron un espléndido banquete, durante el cual cantó Demodoco, el divino bardo honrado por el pueblo. Ulises volvía á menudo la cabeza hacia el refulgente sol, pues en su impaciencia por partir deseaba vivamente ver la puesta. Como suspira después de la merienda el hombre cuyos negruzcos bueyes han arrastrado durante todo el día el sólido arado por el barbecho, y ve con alegría desaparecer el sol y acercarse la hora de la cena, y le fla-

quean las rodillas al andar, así Ulises vió con placer la puesta del sol. Dirigióse á los feacios, aficionados á la navegación, pero sobre todo á Alcinoo al hablar en estos términos:—«Poderoso Alcinoo, el más ilustre entre todos esos pueblos: haced las libaciones; luego, dejadme partir sano y salvo y recibid mi saludo de despedida. Ya lo que deseaba mi corazón se ha cumplido: preparativos para el viaje y ricos presentes. ¡Quieran los dioses, habitantes del cielo, que todo esto sirva para mi dicha! ¡Ojalá á mi llegada encuentre en mis hogares á mi intachable esposa y á mis amigos, llenos de vida! ¡Y vosotros, que os quedáis aquí: quiera el cielo que seáis por largo tiempo la alegría de vuestras legítimas esposas y de vuestros hijos; que los dioses os den toda clase de prosperidades y que ninguna calamidad caiga sobre vuestro pueblo!»—Todos aplaudieron y fueron de parecer que debían dejar partir al extranjero, pues había hablado como correspondía. Entonces, el poderoso Alcinoo dijo á un heraldo:—«Pontonoo: llena la crátera y distribuye vino á todos los de palacio, para que después de haber invocado á Júpiter soberano, conduzcamos el extranjero á su patria.»—Pontonoo mezcló el vino, dulce al paladar, distribuyéndolo luego á todos los presentes: sin abandonar sus asientos, hicieron libaciones á los dioses bienaventurados, habitantes del anchuroso cielo: el divino Ulises levantóse, y poniendo una copa en las manos de Arete, levantó la voz y dirigióle estas halagüeñas palabras:—«Te deseo, ¡oh, reina! una dicha jamás interrumpida hasta que te sorprenda la vejez y la muerte, que es el fin de todos los mortales. Yo parto; tú goza en este palacio del afecto de tus hijos, de tus pueblos y del rey Alcinoo.»—Después de haber hablado así el divino Ulises pasó el dintel del palacio. El poderoso Alcinoo hizo salir un heraldo para que le acompañase á la orilla del mar, en donde estaba el rápido navío. También Arete envió á varias de sus doncellas, de las cuales una estaba encargada de llevar un manto acabado de lavar y una túnica, otra el cofre sólidamente cerrado, y una tercera pan y rojo vino.

Cuando llegaron á la orilla, los nobles feacios que formaban la escolta del héroe, tomaron aquellos objetos de las manos de las mujeres y colocaron en el fondo del navío la bebida y los alimentos de todas clases: tendieron para Ulises, en la cubierta del ligero navío y cerca de la popa, un cobertor y una tela de lino para que durmiese profundamente: el héroe subió y acostóse sin de-

cir una palabra ; los remeros colocáronse ordenadamente en su sitio y desataron el cable que estaba amarrado á una piedra agujereada, é inclinándose hacia atrás, levantaron las amargas olas con los grandes remos. Entretanto vino á posarse en los párpados del héroe un sueño profundo, dulce, delicioso, que se parecía mucho á la muerte. Como en la llanura se ven cuatro caballos de fondo lanzarse todos á la vez al chasquido del látigo y con el cuerpo levantado ganar rápidamente la distancia, así se alzaba la proa del buque y detrás la murmurante mar agitaba sus inmensas y sombrías olas. El navío andaba con velocidad segura y siempre igual ; el gavilán, que es el más veloz de los pájaros, no hubiera podido alcanzarlo : tan rápidamente hendía las olas del mar, conduciendo á un mortal dotado de sabiduría igual á la de los dioses ; y él que tiempo atrás había sufrido miles de privaciones, ora combatiendo, ora atravesando las peligrosas olas, dormía entonces pacíficamente olvidado de todos sus pasados infortunios.

XII

Cuando apareció la brillante estrella que anuncia la aproximación de la Aurora, hija de la mañana, el navío, navegando sobre las olas, se acercó á la isla de Itaca. En este país hay un puerto consagrado al viejo marino Forcis ; dos escarpadas costas que se internan en el mar y convergen para formar aquel puerto, protegen exteriormente del soplo de los vientos á las espaciosas aguas. En el interior, desde el momento de entrar los navíos de sólida cubierta, permanecen inmóviles sin necesidad de amarras ; en una de las puntas, hay un olivo de ancho ramaje y allí cerca se abre un antro agradable y obscuro, consagrado á las ninfas llamadas Nereidas. Hay allí cráteras y ánforas de piedra ; las abejas construyen en él sus panales ; hay también grandes telares tallados en la piedra, en los cuales las ninfas tejen maravillosas telas de púrpura. Un arroyuelo inagotable riega aquella gruta, que tiene dos puertas : una, hacia Bóreas, está abierta para los hombres y la otra más divina, mira al Noto ; por ésta no entran los hombres, pues está reservada á los inmortales. Los feacios entraron en aquel puerto que conocían de mucho antes, y su navío se hundió en la playa hasta la mitad de la carena : tan fuerte empuje le habían dado los remeros. Descendieron del navío y

saltando en tierra, sacaron primero á Ulises del hueco navío con la misma tela de lino y el rico cobertor y lo dejaron dormido en la playa ; luego, desembarcaron los tesoros que los ilustres feacios le habían dado á su partida para Itaca, inspirados por la magnánima Minerva, y los depositaron en un montón al pie del olivo, fuera del camino, á fin de que ningún viajero al pasar se los llevase antes de despertar Ulises ; después de lo cual volvieron á emprender el camino de Scheria.

El divino Ulises, acostado en su tierra natal, despertó, sin que reconociera á Itaca : tan larga había sido su ausencia. La diosa Palas-Minerva, hija de Júpiter, le había envuelto en una nube, para que nadie lo conociera y pudiese ella instruirle de todo, pues no quería que la esposa de Ulises, sus conciudadanos y amigos le reconociesen antes que los pretendientes de aquélla hubiesen sufrido el castigo de su insolencia. Por esto los objetos aparecían ante los ojos del rey bajo distinta forma ; los senderos que se pierden en lontananza, los puertos de seguro fondeadero, las escarpadas rocas y los árboles de verde follaje. Levantóse, pues, con presteza, y contempló la tierra de su país : luego, suspiró, dióse un golpe en los muslos con la palma de la mano y exclamó :—«¡ Cuán desgraciado soy ! ¿ cuáles serán los habitantes de este país al que me han conducido ? ¿ Son hombres violentos, salvajes é injustos, ó son hospitalarios y ha penetrado en su corazón el temor de los dioses ? ¿ Adónde llevaré éstas tan numerosas riquezas ? ¿ Y hacia donde me dirijo yo ? ¡ Ojalá me hubiese quedado entre los feacios ! Yo hubiera ido á implorar á cualquier otro de sus magnánimos reyes que me hubiera obsequiado y conducido á mi patria. Ahora no sé en dónde guardar estos objetos, que, no obstante, no quiero dejar aquí, pues temo serían presa de otro. ¡ Excelsos dioses ! Los jefes y gobernadores de los feacios estaban, pues, privados de toda sabiduría y justicia, ya que me han conducido á un país extranjero, á pesar de su promesa, habiéndose comprometido á conducirme á la occidental Itaca ! ¡ Castíguelos Júpiter, protector de todos los modestos, que tiene también la vista fija en los demás hombres y castiga á todo el que hace el mal ! Vamos : es preciso que vea estos tesoros y sepa si al partir los feacios se han llevado algo en su ligero navío. »

Después de haber hablado así, contó las soberbias trípodes, las palanganas, el oro y los hermosos vestidos. Nada le faltaba ;

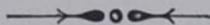
suspiraba, empero, por su patria, andando penosamente á lo largo de la orilla del retumbante mar y lamentándose con fuerza. Minerva se le apareció bajo la figura de un joven pastor de ovejas, en la flor de su edad, tal como son los hijos de los reyes. Llevaba en la espalda una doble capa puesta con gracia, calzaba hermosas sandalias y tenía en su mano un cayado. Ulises se estremeció de placer al verla, se adelantó hacia ella y levantando la voz dirigióle estas palabras:—«Amigo: puesto que te encuentro por primera vez en este país, te saludo suplicando al cielo que no vengas con mala intención. Salva estas riquezas, y sálvame también á mí, pues te imploro como á un dios y abrazo tus rodillas. Responde francamente á mis preguntas, para que sepa la verdad: ¿qué tierra es ésta y cuál es este pueblo? ¿qué hombres la habitan? ¿Es una isla apartada, ó la ribera de un fértil continente que se apoya en el mar?» Minerva, la diosa de brillantes ojos, respondióle:—«Es preciso que estés loco ó que vengas, extranjero, de muy lejos para preguntar qué país es éste, al que por cierto no le falta renombre; muchos pueblos lo conocen, lo mismo aquéllos que habitan al lado de la Aurora y del Sol, que los que moran hacia el tenebroso Poniente. Verdaderamente es áspero é impropio para criar corceles; pero si no tiene mucha extensión, no es tampoco demasiado miserable. La tierra produce trigo y abundante vino; recibe con frecuencia la lluvia y el fecundo rocío; cría un número regular de cabras y bueyes; y en ella se encuentran toda clase de maderas y manantiales de inagotable agua. He aquí, extranjero, por qué el nombre de Itaca ha llegado hasta Troya, que dicen está muy lejos de Grecia.» A estas palabras el paciente y divino Ulises se regocijó feliz por volver á ver la tierra de sus padres como le decía Pallas-Minerva, hija de Júpiter, portadora de la égida. A su vez dirigióle estas halagüeñas palabras, pero disimuló la verdad y le hizo un engañoso relato, pues siempre abrigaba en su mente prudentes pensamientos:—«He oído hablar de Itaca hasta en la misma Creta, que está muy distante y al otro lado del mar. Yo acabo de llegar aquí con estas riquezas; he dejado otras tantas á mis hijos, y huyo porque he dado muerte al hijo querido de Idomeneo, Orsiloco, de ligeros pies, que en la extensa Creta aventajaba á todos por su ligereza; lo maté porque quería privarme de todo el botín que me tocó en Troya y que había adquirido á precio de tantos sufrimientos, ora combatiendo, ora atravesando las pe-

»ligrosas olas : y fué porque no quise complacer á su padre sir-
»viendo bajo sus órdenes en las llanuras de Ilión y porque yo to-
»mé después el mando de otros soldados. Cuando volvía del cam-
»po con un compañero me puse en acecho al lado del camino y
»lo herí con mi lanza de acero. Densa obscuridad envolvía al cie-
»lo y nadie nos vió ; le quité, pues, la vida sin que nadie lo supie-
»ra. Después que le dí muerte con la acerada lanza, me dirigí en
»seguida á un navío y supliqué á los ilustres fenicios, á quienes
»dí una gran parte de mi botín, que me condujesen y desembar-
»casen en la divina Elida, que dominan los descendientes de
»Epeo ; pero la violencia del viento los arrastró á pesar suyo ha-
»cia otro lado, pues no querían engañarme. Después de haber
»errado mucho tiempo, llegamos durante la noche á estas costas ;
»remamos con cuidado hacia el puerto y no pensamos en la cena
»por más que sentíamos mucha necesidad de tomar algún alimen-
»to ; desembarcamos, pues, en ayunas y nos quedamos en la playa.
»Allí, mientras el dulce sueño encadenaba mis fatigados miem-
»bros, sacaron los marineros mis riquezas del hueco navío y las
»depositaron en el mismo lugar en que estaba acostado sobre la
»arena : luego, se volvieron á embarcar y se hicieron á la vela pa-
»ra el país de Sidón, y yo me quedé allí con el corazón afligido.»—
Al oír estas palabras, Minerva, la diosa de brillantes ojos, sonrió :
tocóle suavemente la mano, y tomando la figura de una mujer
hermosa, alta y experta en las labores primorosas, levantó la
voz y le dirigió estas sencillas palabras :—«Muy fino y sutil ha
»de ser el que quiera aventajarte en toda suerte de estratagemas
»aunque sea un dios quien luche contigo, mortal temerario, arti-
»ficioso, inagotable en ardidés ; ¡ no debías, pues, ni aun en el sue-
»lo de tu patria renunciar á los engaños y á los falaces discursos
»á que siempre has sido tan aficionado ! Pero, ea : no hablemos
»más de esto, ya que somos maestros en materia de estratage-
»mas ; pues si bien superas á los demás mortales por tu sabidu-
»ría y elocuencia, yo tengo fama entre los dioses por mi pruden-
»cia y astucia. ¡ Pero, qué ! ¿ no has reconocido á Palas-Minerva,
»la hija de Júpiter, que siempre te asiste y protege en todos tus
»apuros, y que te ha hecho querer de todos los feacios ? Ahora
»mismo he venido aquí para concertarme contigo y ocultar las
»riquezas que te han dado los ilustres feacios, á tu partida para
»Itaca, por mi consejo é inspiración. Te diré todos los males que
»quiere sufras el destino, en tu bien edificada morada ; tienes

»que resignarte por necesidad, sin descubrir á nadie, sea hombre
 »sea mujer, que has llegado fugitivo; sufre, pues, en silencio
 »numerosos dolores y soporta las insolencias de los pretendien-
 »tes.»—«Es muy difícil, ¡oh, diosa!—contestó el ingenioso Uli-
 »ses,—que seas reconocida por el mortal que te encuentre, ni aun
 »siendo de los más hábiles, porque tomas todas las formas. Sé
 »muy bien que no ha mucho fuiste buena para mí, en tanto que
 »nosotros, los hijos de los griegos, hemos combatido ante los mu-
 »ros de Troya; pero así que nos embarcamos, después de haber
 »destruido la alta ciudad de Príamo, y que un dios dispersó á los
 »griegos, no te he percibido ni te he visto subir á mi navío para
 »alejarse de mí el sufrimiento. Vagaba sin cesar, desgarrado el co-
 »razón por el dolor, hasta que los dioses me libraron de la des-
 »gracia: es verdad que posteriormente, en el opulento pueblo de
 »los feacios, me animaste con tus palabras y me condujiste tú
 »misma á la ciudad. Hoy te lo suplico en nombre de tu padre (pues
 »no creo haber llegado á la occidental Itaca, sino que debo estar
 »en otro país y tú usas ese lenguaje por broma ó para burlarte de
 »mi pena): dime si es verdad que he llegado á mi querida pa-
 »tria.»—Minerva, la diosa de brillantes ojos, respondióle:—
 »«Siempre tu corazón abriga los mismos sentimientos: por esto
 »no puedo abandonarte en la desgracia, pues tú eres elocuente,
 »ingenioso y sensato. Cualquiera otro, á tu regreso, después de
 »haber llevado una vida errante, hubiera deseado con impacien-
 »cia volver á ver su palacio, su mujer y sus hijos; pero tú no quie-
 »res informarte ni darte á conocer, antes de haber probado á tu
 »esposa, que está como siempre en su morada y continúa pasan-
 »do las noches lamentándose y los días derramando lágrimas.
 »Yo nunca he dudado y sabía perfectamente que regresarías des-
 »pués de haber perdido á todos tus compañeros; yo no he que-
 »rido luchar contra Neptuno, contra el hermano de mi padre, que
 »te odiaba en el fondo de su alma rencorosa, porque habías pri-
 »vado de la vista á su querido hijo. Pero vamos: quiero mostrar-
 »te el suelo de Itaca para que me creas. Mira el puerto de For-
 »co, anciano marino; mira en la punta del puerto, el olivo de
 »anchas ramas (muy cerca se halla el antro agradable y obscuro,
 »consagrado á las ninfas llamadas Nereidas): en esta abovedada
 »gruta, es donde les has ofrecido tantas hecatombes y esta mon-
 »taña cubierta de un bosque, es Nerito.»—A estas palabras, la
 diosa disipó la nube, y la tierra apareció á los ojos del divino y

paciente Ulises, que estaba lleno de alegría. Besó el productivo suelo é invocó en seguida á las ninfas alzando las manos :—«Nin-
»fas Náyades, hijas de Júpiter : no creía volveros á ver ; os saludo
»hoy con los votos más dulces de mi corazón y os haremos pre-
»sentes como antes, si la hija de Júpiter, amante del botín, en su
»benevolencia me permite vivir y hacer crecer á mi querido hi-
»jo.»

Minerva, la diosa de brillantes ojos, interrumpióle diciendo :
—«Ten confianza y destierra esas sospechas de tu corazón. De-
»positemos sin tardar estas riquezas en el sitio más apartado de
»este antro divino, para que las conserves intactas ; luego, deli-
»beraremos acerca de lo que más convenga hacer.»—Dichas es-
tas palabras, la diosa penetró en el obscuro antro, para buscar
un escondrijo. Ulises trasladó á él con presteza sus tesoros : el
oro, el indomable bronce y los vestidos artísticamente trabajados,
que le habían dado los feacios. Colocólos en lugar conveniente,
y después, Palas-Minerva, la hija de Júpiter, que lleva la égida,
sujetó una gran piedra contra la roca. En seguida se sentaron
ambos al pie del sagrado olivo y concertaron la perdición de los
insolentes pretendientes.



EL PALACIO DE CIRCE

POR NATANIEL HAWTHORNE

Fuera está de duda, que, algunos de mis lectores, habrán oído
hablar del sabio rey Ulises, de su expedición al sitio de Troya, y
de cómo, tomada é incendiada la ciudad, gastó diez largos años
haciendo numerosas tentativas para volver á su pequeño reino
de Itaca. Cierta día, en el curso de aquel trabajoso viaje, llegó á
una isla deliciosa y fértil, cuyo nombre le era completamente des-
conocido, pues, á causa de un violentísimo huracán, ó mejor aún,
de varios huracanes juntos, fué á parar con toda su flota en un ex-
traño mar, por donde ni él ni sus marineros habían nunca na-
vegado. Debióse este infortunio á la necia curiosidad de los ma-
rinos, quienes, mientras Ulises dormía, desataron unos pellejos
muy pesados en los cuales suponían que había algún tesoro en-
cerrado. Pero en cada uno de éstos, el rey Eolo, bajo cuyo domi-
nio están los vientos, había encerrado una tempestad y se la había

D'Arrijo
13/6/11

reto
22/6/11

entregado á Ulises, para que, soltándola cuando le conviniese, pudiese estar seguro de llegar á Itaca, y al soltarlas á todas, salieron con tal furia que, cubriendo el mar de blanquecina espuma, arrastraron consigo las naves, sin saberse adónde fueron á parar.

Apenas salido Ulises de este peligro vió venir sobre sí otro mayor. Con las velas hinchadas por el huracán llegó á una región que después supo se llamaba Lestrigonia, donde muchos de sus compañeros fueron devorados por unos monstruosos gigantes, los cuales echaron á pique todos los navíos, excepto el de Ulises, dejándoles caer encima desde lo alto del acantilado rocas enormes, al tiempo que huían bordeando la costa. No es, pues, maravilla que después de tales trabajos, quisiera el rey Ulises anclar su maltrecho barco en una tranquila ensenada de la hermosa isla de la cual he comenzado ya á hablar, aunque como había encontrado tantos peligros de gigantes y de cíclopes que tenían sólo un ojo en la frente, y de tantos monstruos por mar y tierra, no podía dejar de temer algún contratiempo aun en este agradable y al parecer solitario lugar. Por esto, durante dos días los pobres viajeros víctimas de la tempestad, no se atrevían á separarse de su barco, ó de los peñascos que bordeaban la cercana playa y vivían de mariscos que sacaban de la arena y bebían la fresca y dulce agua de un arroyuelo que descendía hasta el mar.

Antes de dos días ya estaban grandemente hastiados de esta clase de vida, pues estos compañeros del rey Ulises, y bueno es recordarlo, eran sumamente glotones, y no tardaron en mostrarse descontentos al echar de menos sus comidas reglamentarias, y aun las que no lo eran. Terminadas por completo sus provisiones, viéronse en la alternativa de morir de hambre, pues ni mariscos tenían ya, ó de aventurarse por el interior de la isla, donde quizá tendría su guarida algún dragón de tres cabezas ú otro monstruo horrible, pues estas deformes alimañas abundaban en aquel tiempo, y nadie se lanzaba á viaje ó jornada alguna, sin correr más ó menos riesgo de ser devorado por ellas.

Pero Ulises era tan atrevido como prudente; y á la mañana del tercer día se determinó á averiguar qué clase de isla era aquella y si sería posible adquirir algunas provisiones para sus hambrientos compañeros. Tomó, pues, una lanza y trepó á la cima de los riscos dirigiendo al punto su mirada alrededor de sí. Allí, á cierta distancia, y en el centro de la isla, distinguió las majestuosas torres de lo que parecía ser un palacio edificado con már-

mol blanco como la nieve, y que se elevaba entre un bosque de altísimos árboles.

El copioso ramaje de éstos, extendido delante del palacio, lo cubría casi en su mayor parte, pero de la porción de él que Ulises divisaba, juzgó que era espacioso, excesivamente bello y, probablemente, la residencia de algún noble ó príncipe. Una azul espiral de humo, que de la chimenea se elevaba, fué casi lo que más agradó á Ulises de todo el paisaje : porque de la abundancia del humo, razonable era colegir que habría un gran fuego en la cocina y, á la hora de comer, un abundante banquete para los habitantes del palacio y para cuantos huéspedes llegasen á él á la sazón.

Con tan agradable perspectiva ante sí, creyó Ulises que no podría hacer cosa mejor que dirigirse en derechura al palacio y decir á su dueño cómo había allí cerca una tripulación casi náufraga, la cual en dos días, no había comido cosa alguna, á excepción de almejas y ostras, y, por lo tanto, le agradecería sumamente le suministrase algunos víveres. Por demás misérrimo había de ser aquel príncipe ó noble, si, cuando menos, finalizado su propio banquete, no viese con buenos ojos que ellos comiesen lo sobrante.

Recreado con estos pensamientos había dado Ulises algunos pasos en dirección al palacio, cuando en las ramas de un árbol vecino oyó un agradable y fuerte gorjeo : un momento después un pájaro vino volando hacia él, y quedó como suspendido en el aire casi rozándole el rostro con las alas. Era un pequeño y lindo animal, con el cuerpo y alas purpúreos, amarillas las patitas, y un copete dorado en la cabeza como la corona de un rey. Ulises pretendió coger el pájaro, pero éste huyó velozmente piando en tono lastimero, y acaso contara alguna lamentable historia, si estuviese dotado de humano lenguaje.

Cuando quiso ahuyentarlo, no huyó sino hasta la rama del árbol más cercano ; mas apenas mostró querer ir adelante, volvió á revolotear en torno de su cabeza con aquel su doloroso gorjeo.

—¿Tienes que decirme alguna cosa, pajarillo?—preguntó Ulises. Y se dispuso á escucharle, pues, tanto en el sitio de Troya, como en otras partes, había aprendido no ser poco frecuentes los hechos extraordinarios ; y no hubiese juzgado ahora raro, ni difícil, que aquel pajarillo hablase tan claramente como él.

—¡ Pip !—dijo el pájaro,—¡ pip, pip !—Y no hizo sino repetir

—¡ pip, pip, pip !—una y otra vez en su melancólica cadencia. Sin embargo, tantas veces como Ulises avanzaba, parecía alarmarse muchísimo y hacía esfuerzos indecibles para volverle atrás con el agitar de sus purpúreas alas. Tan inexplicable conducta le hizo comprender que el pájaro sabía que le aguardaba algún peligro, el cual debía ser terrible, pues movía á tan pequeña avecilla á sentir compasión por una persona humana. De manera que por el presente se decidió á volver al barco y decir á sus compañeros cuanto había visto.

Esto pareció contentar al pajarillo. Tan pronto como volvió Ulises las espaldas, subió por el tronco de un árbol y comenzó á picar insectos, sacándolos de la corteza con su largo y aguzado pico, porque era un picamaderos y vivía como los demás de su especie. Pero de rato en rato, y mientras picaba la corteza, el purpúreo pajarillo parecía acordarse de algún secreto dolor y repetía en su doloroso tono : ¡ pip, pip, pip !...

Al volver á la playa tuvo Ulises la buena fortuna de atravesar con su lanza un magnífico ciervo y matarlo ; tomándolo en sus hombros (pues era hombre notablemente forzado) se lo llevó y puso ante sus hambrientos compañeros. Ya he hecho notar cuán glotonos eran éstos ; por lo que de ellos se cuenta, sábese que su alimento favorito era el cerdo, y que tanto se habían alimentado con su carne, que su substancia, sus costumbres y aficiones, eran parecidísimas á las de este animal. Sin embargo, no despreciaban la carne de venado y menos después de haberse estado alimentando por tanto tiempo con ostras y almejas. Así fué que no tardaron en encender un fuego con madera de deriva y ensartando al ciervo en una estaca, lo condimentaron como pudieron asándolo en las llamas. El resto del día lo pasaron de comilona, y si al ponerse el sol se levantaron de la mesa, fué porque no quedaba ni pizca que roer en los huesos del pobre animal.

A la mañana siguiente ya estaban tan hambrientos como siempre, y miraban á Ulises, como si esperasen verle de nuevo subir á la cumbre y descender con otro magnífico ciervo sobre los hombros : pero él, en vez de hacer esto, les reunió y dijo cuán necio era pensar que hubiese de matar todos los días un ciervo para su comida, y que por lo tanto, era preciso tratar de satisfacer el hambre de otra manera.

—Ahora bien—dijo,—ayer, cuando estuve en la cima, vi que esta isla no está deshabitada : á bastante distancia de la playa ha-

bía un palacio, al parecer muy espacioso, y de cuyas chimeneas elevábase espesa columna de humo.

—¡ Ah !—murmuraron algunos de sus compañeros relamiéndose los labios,—aquel humo sería de la cocina ; buena carne habría en el asador ; sin duda que hoy la habrá también.

—¡ Pero—continuó Ulises,—debéis acordaros, compañeros, de nuestras desventuras en la caverna de Polifemo el Cíclope ! ¿ No tomó, en vez de su ordinaria comida, dos de nuestros desgraciados compañeros para cenar, dos para su almuerzo y otros dos para la cena siguiente ? Paréceme que veo aún aquel horrendo monstruo escudriñando y mirando con aquel su encarnado ojo colocado en medio de la frente, para elegir el más gordo de nosotros. Y después, hace poquísimos días, ¿ no caímos en manos del rey de los lestrigonios y de sus gigantes súbditos que devoraron mayor número de nosotros que los que ahora somos ? Para deciros la verdad, no abrigo la menor duda de que si vamos á ese palacio veremos la mesa de su gran comedor, pero lo que no sé, y lo que habéis de considerar seriamente, es si nos sentaremos á ella como convidados ó nos pondrán sobre ella como manjar.

—De cualquier manera—respondieron algunos de los más hambrientos,—mejor será eso que morir de hambre, sobre todo teniendo la seguridad de que será uno cebado antes y que después le guisarán exquisitamente.

—Sobre gustos no hay nada escrito—contestó Ulises,—pero por mi parte declaro, que ni el cebo más incitante, ni el condimento más exquisito me recompensarían el ser al fin y á la postre devorado. Lo que yo propongo es que nos dividamos en dos bandos de igual número y que uno de éstos, por suerte, vaya al palacio á pedir víveres y socorro. Si esto se obtiene, bien ; pero, en caso de que los habitantes del palacio fueran tan inhospitalarios como Polifemo y los lestrigonios, no pereceremos sino la mitad, y la otra mitad podrá escapar en el bajel.

Como nadie contradijo este plan, contó Ulises la tripulación y vió que con él formaban un total de cuarenta y seis hombres. Contó entonces veintidós y puso al frente de ellos á Euríloco, uno de sus oficiales y el que le seguía en prudencia y sagacidad, y él tomó el mando de los restantes. Quitándose después el casco echó en él dos conchas, en una de las cuales estaba escrito, « Ve », y en la otra, « Quédate » ; dióselo á un marinero, é introduciendo luego Ulises y Euríloco las manos, tomaron cada cual una concha ;

la palabra «Ve» estaba escrita en la extraída por Euríloco. Quedóse, pues, Ulises, con sus veintidós en la playa, mientras que el otro bando averiguaba lo que podían esperar de aquel palacio misterioso. Salió Euríloco con los suyos, y, á la verdad, iban algo tristes y melancólicos, aunque los de la playa no quedaban de mejor talante.

Apenas habían pisado la cumbre, cuando descubrieron las mármoreas torres del palacio que surgían, tan blancas como la nieve, de entre la alegre y verde sombra de los árboles que lo rodeaban. Una columna de humo ascendía de una chimenea del lado posterior del edificio, y á cierta altura era impulsada por la brisa hacia el mar, pasando por cima de los marineros. Cuando hay hambre, el olfato percibe fácilmente cualquier olor que provenga de algo apetitoso.

—Ese humo viene de la cocina—gritó uno de ellos levantando la nariz cuanto pudo, y olfateando con fuerza,—y huele á carne asada; tan seguro, como que estoy medio muerto de hambre.

—Cerdo, cerdo asado—dijo otro,—¡oh, lechoncito asado, y cómo se me hace la boca agua pensando en ti!

—Démonos prisa—gritaron otros;—de lo contrario, no llegaremos á tiempo.

Mas, apenas habían andado unos pasos, cuando les salió al encuentro volando un pajarillo. Era el mismo, de cuerpo y alas purpúreas, patitas amarillas, collar y copete dorado, cuyas acciones tanto habían sorprendido á Ulises. Se sostuvo ahora revoloteando ante Euríloco, rozándole el rostro con las alas.

—¡Pip, pip, pip!...—decía.

Tan triste y significativo era este canto, que parecía iba á estallar el corazón de la linda avecilla con algún gran secreto, por no tener otro medio de comunicarlo.

—Mi buen pajarillo—dijo Euríloco, que era muy sagaz y no se le ocultaba ser aquel canto señal de algún peligro,—¡pajarito mío! ¿quién te ha enviado acá? ¿qué recado me traes?

—¡Pip, pip, pip!...—contestó el pajarillo tristísimamente.

Después voló al borde de los riscos y miróles luego ansiosamente, como si les quisiera hacer tornar al sitio de donde venían. Euríloco y algunos otros sentíanse inclinados á volver, pues no podían dejar de sospechar que la purpúrea avecilla sabría alguna cosa horrible que les había de acontecer en el palacio, y el conocimiento de esto afigiría su vivo espíritu con dolor y simpatía hu-

manos. Pero el resto de la partida, oliscando el humo de la cocina del palacio, burlóse de la idea de volver. Uno de ellos, más brutal que los demás, y el más tragón de todos, dijo algo tan cruel y malvado que no sé cómo sólo al pensarlo no quedó convertido en bestia, como ya lo era por su índole.

—Este enfadoso é impertinente pajarito—dijo,—sería un manjar exquisito para hacer boca. Si se me acerca lo cojo y lo doy al cocinero del palacio para que lo ase en una broqueta.

Apenas habían salido estas palabras de su boca, cuando el pajarito huyó volando y piando más dolorosamente que nunca.

—¡Pip, pip, pip!...

—Esa avecilla—dijo Euríloco,—sabe más que nosotros tocante á lo que nos espera en ese palacio.

—Pues vamos adelante—gritaron sus compañeros,—y pronto sabremos tanto como él.

Así, pues, la partida siguió adelante á través de la verde y deliciosa floresta. A cada paso veían mejor el marmóreo palacio, y les parecía más bello cuanto más se acercaban. Pronto entraron en una ancha senda primorosamente cuidada, la cual ondulaba por el bosque, ostentando de trecho en trecho manchas de luz formadas por los rayos del sol que se filtraban á través del ramaje, en un sinnúmero de motitas luminosas que en constante movimiento relucían entre la fronda umbría de los árboles. Estaba la senda bordeada de fragantes flores, como jamás la habían visto los marineros. Si aquellas plantas crecían allí silvestres, siendo originarias de aquel suelo, podía decirse que la isla era el jardín del Universo; y si habían sido trasplantadas, á buen seguro trajéronlas desde las Islas Afortunadas que yacen en los mares del dorado Poniente.

—¡Cuánto trabajo se ha malgastado en estas flores!—dijo uno de la banda exploradora (y pongo aquí este incidente para que no se pierda de vista cuán glotones eran).—Por mi parte, si yo fuese el dueño del jardín, ordenaría al jardinero que no plantase sino buenas legumbres para rellenar un asado ó para sazonar un guiso.

—¡Bien dicho!—gritaron los otros.—Pero yo os garantizo que la cocina está en la parte de atrás del palacio.

Llegaron en esto á un cristalino manantial y se detuvieron á beber de su rica agua, á falta de otra bebida más de su agrado. Al mirar al fondo vieron sus rostros reflejados obscuramente en él,

pero en tal manera deformados por el movimiento del agua, que cada uno parecía estarse riendo de sí mismo y de sus compañeros. Tan ridículos se encontraban á sí mismos que se reían á mandíbula batiente, y no podían volverse á poner serios tan pronto como deseaban; con todo, después de beber, se sintieron más alegres que antes.

—Parece que hubiera dentro un tonel de vino—dijo uno relamiéndose los labios.

—Vamos aprisa—gritaron otros,—y en el palacio encontraremos el barril verdadero, mucho mejor que cien fontanas cristalinas.

Después apresuraron el paso, dando zapatetas y cabriolas de gusto con sólo pensar en el banquete á que serían invitados. Mas, Euríloco les dijo que le parecía estar soñando.

—Si realmente estoy despierto—continuó,—tengo por cierto que estamos á punto de tropezar con la más rara aventura que nos haya acontecido en la caverna de Polifemo, entre los gigantes antropófagos lestrigionios ó en el palacio de los vientos del rey Eolo, en aquella isla rodeada de bronceados muros. Esta especie de soñolencia que siento ahora, me viene siempre antes de ocurrir algún suceso espantoso. Si queréis tomar mi consejo, volved atrás.

—No, no—gritaron sus camaradas, oliscando el aire en el cual se percibían ya muy bien los olorcillos de la cocina.—No volveríamos atrás aunque estuviésemos ciertos de que el mismísimo rey de los lestrigionios tan grande como una montaña, y el monstruoso cíclope Polifemo se sentaban cada uno á un extremo de la mesa.

Por fin, llegaron á ver bien el palacio que era, en realidad, espacioso y alto, con airosas torrecillas en el tejado. Aunque era ya mediodía y el sol brillaba esplendorosamente, la névea blancura de sus mármoles y el estilo caprichoso de su arquitectura le daban un aspecto fantástico semejante á los ramajes de escarcha en una vidriera, ó como los extravagantes castillos que parecen verse entre las nubes iluminadas por la luna. Justamente entonces, una bocanada de aire llevó hasta los exploradores el humo de la cocina y cada uno percibió en él el manjar que más apetecía, después de lo cual juzgaron ser todo quimérico é ilusorio menos aquel palacio y el banquete que evidentemente les aguardaba.

Apresuráronse hacia el portal y no habían llegado aún á él,

cuando un grupo de leones, tigres y lobos vino saltando á su encuentro. Retrocedieron espantados, no esperando ya sino ser despedazados por aquellas fieras, pero no sin gran admiración vieron que no hacían sino brincar y mover alegres las colas y ofrecerles las cabezas para que les diesen palmaditas, ni más ni menos que perros caseros al expresar su alegría por ver á su dueño ó á amigos de éste. El león más grande de todos púsose á lamer los pies de Euríloco y cada fiera eligió su marinero, al que se mostraba más aficionada que á un buen trozo de carne.

A pesar de esto, parecíale á Euríloco descubrir algo salvaje en aquellas miradas, y no le hubiera extrañado que el terrible león le diese un zarpazo, ó que los tigres y los lobos saltasen en cualquier momento sobre el cuello del que habían elegido. Su masedumbre parecía sobrenatural y monstruosa, pero su salvaje naturaleza tan verdadera como sus dientes y sus garras.

Sin embargo, pasaron entre ellos sin daño alguno, mientras que las fieras saltaban en torno suyo ; con todo, cuando ya subían las escaleras del palacio se oyó un gruñido, especialmente de los lobos, como si pensasen que al fin y al cabo era una lástima dejar pasar á aquellos extranjeros sin probar siquiera de qué estaban hechos.

Euríloco y sus compañeros atravesaron el gran portal y admiraron el interior del palacio. Lo primero que vieron fué un salón espacioso y, en medio de él, una fuente, cuya taza era de mármol, y en la cual el agua saltaba hacia el cielo raso, cayendo luego en continuo chapoteo. Las aguas, á medida que ascendían, tomaban diversas formas, en las que, aunque no muy distintamente, una imaginación viva podía reconocer lo que semejaban. Unas veces formaban la imagen de un hombre con largas vestiduras de lana, cuya blancura se formaba con la espuma ; otras, un león, tigre, lobo, ó asno, y, lo que es más extravagante, hasta un puerco, revolcándose en el tazón marmóreo como si estuviese en su pocilga ; tan fantásticas formas en la columna ascendente del agua, no podían formarse sino por magia ó por ingeniosa maquinaria. Antes, empero, de que los extranjeros contemplasen de cerca del espectáculo, un dulcísimo sonido atrajo su atención : era la voz de una mujer que cantaba melodiosamente en otro salón del palacio ; iba su voz mezclada con el ruido de un telar en el cual estaría probablemente tejiendo alguna rica tela, como tejía los dulces altos y bajos de su voz con ricas armonías.

Extinguióse á poco la canción, oyéndose después varias alegres voces femeniles, y de vez en cuando una carcajada, que recordaba el alegre gorjeo de tres ó cuatro jóvenes cuando están sentadas á su labor.

—¡Qué canción más dulce!—dijo uno de los viajeros.

—Demasiado dulce—respondió Euríloco moviendo la cabeza.
—Sin embargo, no lo es tanto como el canto de las Sirenas, aquellas damiselas aviformes que nos quisieron llevar hacia las rocas para que naufragase nuestro bajel, y después se blanqueasen nuestros huesos en sus playas.

—Pero—dijo otro,—escuchad ese zumbido del telar y el ir y venir de la lanzadera. ¡Qué ruido tan casero es! Antes de aquel maldito sitio de Troya, me acostumbré á oír el zumbido del telar y las voces de las mujeres bajo mi propio techo. ¿No volveré á oírlo de nuevo? ¿No probaré más aquellos deliciosos platos, que mi querida esposa me servía?

—¡Bah!—dijo otro,—mejor lo pasaremos aquí. Y ahora esas mujercitas están de cháchara tan inocentemente, sin sospechar que las estamos oyendo. Y notad esa voz, la más sonora de todas, tan agradable y familiar, pero que, sin embargo, parece tener autoridad sobre los demás. Que nos vean en seguida. ¿Qué daño podrán hacer la señora del palacio, y sus doncellas, á unos marineros y guerreros como nosotros?

—Acordaos—dijo Euríloco,—que una doncellita fué la que llevó engañados á tres de los nuestros al palacio del rey de los lestrigonios, el cual se comió á uno en un abrir y cerrar de ojos.

Pero ni aviso ni persuasión alguna hicieron mella en el ánimo de sus compañeros. Estos se dirigieron á una puerta de dos hojas en el extremo del salón y, abriéndolas de par en par, penetraron en la estancia inmediata.

Euríloco, entretanto, se había detenido detrás de una columna. En el brevísimo espacio que estuvieron abiertas las puertas vió á una mujer hermosísima levantarse del telar y salir al encuentro de los náufragos con amable sonrisa y la mano extendida en señal de bienvenida. Había también allí otras cuatro jóvenes, las cuales, unidas por las manos, adelantáronse danzando y haciendo gestos de cortesía y acatamiento á los extranjeros. Eran, empero, menos hermosas que la que parecía su dueña. Euríloco creyó ver que una tenía cabello verde mar, que el corpiño de otra parecía la corteza de un árbol y que las otras dos tenían algo raro en su as-

pecto, aunque, por el poco tiempo que tuvo para examinarlas, no podía determinar qué fuese.

Cerradas con prontitud las puertas, quedó Euriloco detrás de la columna en el salón; allí aguardó escuchando con avidez, pero sin percibir ningún sonido que le permitiese conjeturar qué había sido de sus amigos. Parecióle oír pasos y más pasos, por el otro lado del palacio. Hubo después ruido de platos de plata ó de oro, lo cual le hizo imaginarse un gran banquete en un espléndido salón; pero al instante oyó un gruñido horroroso y gritos agudísimos y, por fin, un repentino escapar y golpes como de pequeñas pezuñas sobre el mármoleo suelo, entre las airadas y burlescas voces de la dueña y sus doncellas. Euriloco no podía pensar otra cosa sino que una manada de puercos había asaltado el palacio atraída por el olor del festín; y dirigiendo por casualidad su mirada á la fuente, vió que no parecía ya ni hombre de largas vestiduras, ni león, ni tigre, ni lobo, ni asno, sino un cerdo grandísimo que se revolcaba en la taza de mármol y la ocupaba enteramente.

Pero dejemos á Euriloco esperando en el salón y sigamos á sus compañeros al interior del palacio. Tan pronto como la hermosa dama los vió, se levantó del telar, como queda dicho; salió á recibirles, y, sonriéndose y tendiéndoles la mano, les dió la bienvenida.

—Os hemos esperado por mucho tiempo, amigos míos—dijo.—Mis doncellas y yo ya os conocíamos, aunque vosotros parecéis no reconocernos. Mirad este tapiz y juzgad, por vuestras caras mismas, si nos erais familiares, ó no.

Los viajeros examinaron aquella rica tela, que la dama había estado tejiendo, y con gran admiración vieron en ella representados sus rostros con toda perfección, por medio de hilos de diferentes colores.

Aquello era como la narración pictórica de sus aventuras: allí estaban, en la caverna de Polifemo y sacándole su único ojo; en otra parte del tapiz, desatando los pellejos de Eolo, y batidos por encontrados vientos: más allá se vieron huyendo del gigantesco rey de los lestrigionios, el cual tenía cogido á uno de ellos por una pierna.

Por último, allí estaban, sentados en la desolada playa de aquella misma isla, hambrientos, desanimados y mirando tristemente los huesos mondos del ciervo devorado el día anterior...

Hasta aquí llegaba el trabajo ; pero, á buen seguro que cuando la hermosa dama se sentase de nuevo al telar, podría seguir tejiendo gráficamente lo que había de suceder á los viajeros, lo que ya iba á comenzar...

—Ya veis—dijo ella,—que no se ocultan vuestros trabajos, y no podéis dudar de que quiero haceros felices todo el tiempo que permanezcáis conmigo. Con este fin, huéspedes ilustres, he ordenado que se os prepare un banquete. Os servirán pescado, aves, carne, asados, guisos sabrosísimos ; espero que habrá para todos los gustos. Si vuestro apetito os dice ser ya tiempo de comer, seguidme al salón donde aguarda el festín.

A tan amable invitación, los hambrientos marineros rebosaron de alegría ; y uno de ellos, haciendo de orador, aseguró á la hospitalaria dama que para ellos era tiempo de comer cualquier hora del día, si tenían carne y fuego para hacerla cocer en la olla. Así, pues, la bella señora mostróles el camino, y las cuatro doncellas (una de las cuales tenía cabellera verde mar, la segunda, un corpiño de corteza de roble, la tercera, un rocío que á manera de lluvia aflúa de las extremidades de sus dedos, y la cuarta, otra particularidad que he olvidado), seguían en pos, y daban prisa á los huéspedes hasta que éstos entraron en un salón magnífico. Era éste de perfecta forma oval, iluminado por un cimborrio cristalino, y en torno de sus paredes había colocados veintidós tronos cubiertos con doseles de oro y carmesí, y provistos de blandísimos cojines, con franjas y borlas doradas. Cada uno de los extranjeros fué invitado á tomar asiento en un trono, y aquellos veintidós marineros, azotados por la tempestad, sucios y andrajosos, viéronse sentados en veintidós tronos almohadillados y endoselados, tan ricos y lujosos que el más soberbio monarca de la tierra jamás tuvo nada semejante en el más regio de sus salones. Y había que ver á los huéspedes haciéndose señas, guiñando los ojos, é inclinándose de un trono á otro para comunicarse su satisfacción en voz baja.

—Nuestra buena ama, nos acaba de hacer reyes—dijo uno.—¿Eh, no oléis ya el festín? Apostaría que será digno de ser ofrecido á veintidós reyes.

—Espero—dijo otro,—que se compondrá, principalmente, de buenos trozos de carne de puerco, solomillo, costillas, jamón y otras fruslerías. Si esta buena señora no lo llevase á mal, pediría yo unas lonjitas de tocino frito, para hacer boca.

¡ Ah, glotones y tragones ! ¡ Quién lo había de decir ! En los elevadísimos asientos de la más alta dignidad, en tronos reales, no pensaban sino en su voraz apetito ni escuchaban otra voz que la de su naturaleza, que compartían con la de los puercos y lobos ; ¡ más se parecían á éstos que á reyes, si, en realidad, los reyes fuesen lo que debieran ser !

Dió á esta sazón una palmada la hermosa dama y entraron en el salón veintidós criados con fuentes repletas de suculentísimos manjares, de los cuales salía tal vapor, que, á manera de nube, se cernía bajo el cristalino cimborrio del comedor. Otro número igual de sirvientes trajo grandes frascos de vino de variadas clases, algunos de los cuales chispeaban al ser servidos y charlaban al beberse, mientras que de los restantes, el vino rojo era tan límpido que se veían las figuras labradas en el fondo de la copa. Al tiempo que los criados servían de comer y beber, iba la hermosa dama de trono en trono con sus cuatro doncellas, exhortando á los marinos á que comiesen á su antojo y bebiesen en abundancia para resarcirse de tanta privación sufrida.

Pero cuando no las miraban (lo cual sucedía con frecuencia, pues los marineros se fijaban principalmente en las fuentes y los platos), la hermosa dama y sus doncellas se volvían aparte y reían burlescamente. Aun en los mismos criados, que, arrodillados y sumamente obsequiosos presentaban las fuentes, se veían miradas despreciativas y de burla, mientras los extranjeros se servían.

De pronto, éstos probaron algo que pareció no gustarles.

—Aquí hay una especia rara—dijo uno.—No se aviene bien con ella mi paladar. No obstante, ya está comida.

—Echate un buen trago de vino—le dijo el compañero del próximo trono.—Es tal que hace tener buen gusto á este guiso ; aunque, á decir verdad, este vinillo tiene también un gusto raro, pero, cuanto más lo bebo, más me gusta.

A pesar de los defectos que encontraban en la comida, estuvieron á la mesa largo rato, y, en verdad, que daba vergüenza el verlos engullir de aquella manera : estando en tronos reales se conducían como marranos en su zahurda, y á estar en sus cabales, hubieran notado que así pensaban la hermosa dama y sus doncellas. Todavía me sonrojo al recordar las montañas de carne y los ríos de vino que consumieron aquellos tragones. Olvidáronse de sus hogares, de sus esposas, de Ulises, de todo cuanto no fuera el banquete, el cual hubiesen querido que durase toda la vida. Al

fin comenzaron á cejar en el yantar, bien es cierto que por no tener donde meterlo.

—Este último bocadillo de gordo, es mucho para mí—dijo uno.

—Ya no me cabe ni un bocado más—dijo el que estaba á su lado, lanzando un suspiro.—¡ Qué lástima! Sin embargo, mi apetito es ahora tan atroz como siempre.

Finalmente, uno tras otro dejaron de comer y se recostaron en sus tronos con un aspecto tan estúpido é infeliz que resultaban soberanamente ridículos. Cuando la dama y las doncellas vieron esto, prorrumpieron en estrepitosas carcajadas, haciéndoles coro en la befa los veintidós hombres que habían servido los platos y los veintidós que habían escanciado los vinos. Cuanto más estruendosas eran las carcajadas, más estúpidos é impedidos parecían los veintidós glotonos. Entonces la hermosa dama se colocó en medio del salón, y extendiendo una delgada varita, que había tenido en la mano constantemente, aunque sin ellos advertirlo hasta aquel momento, la fué dirigiendo, de un huésped á otro, hasta que todos la hubieron visto apuntada sobre sí mismos. Su faz, á pesar de ser hermosa y de estar algún tanto sonriente, parecía entonces tan malvada y horrible como la más horrenda serpiente que jamás se vió, de manera que los marineros, con el poco conocimiento que les quedaba, empezaron á sospechar que habían caído bajo el poder de una diabólica hechicera.

—¡ Canallas!—gritó ella.—Habéis abusado de la hospitalidad de una dama y con vuestra conducta habéis convertido este regio salón en una pocilga. Ya erais puercos en todo, menos en la forma humana, que deshonráis y que yo misma me avergonzaría de tenerla si por más tiempo os hubiese de durar á vosotros. Pero un ligerísimo poder mágico basta para conformar vuestra apariencia externa con vuestras anteriores cualidades. Adquirid vuestra forma verdadera, glotonazos, y largo de aquí... ¡ á la pocilga!

Al pronunciar estas palabras, agitó su mano, dando imperiosamente un golpe en el suelo. Quedaron los marineros espantados al ver á sus camaradas, en sus tronos de oro y carmesí, convertidos en puercos, y cada hombre (pues todos ellos se creían que aún lo eran), quiso dar un grito de sorpresa y temor, pero cada cual vió que no podía sino gruñir y que ya era tan bestia y puerco como sus demás compañeros. Intentaron entonces gemir de-

mandando piedad, pero, en el acto, emitieron el más espantoso gruñido que dieron jamás puercos. Querían retorcerse las manos de dolor, pero, al tratar de hacerlo, se desesperaron aún más, viéndose sentados sobre sus cuartos traseros, y golpeando el aire con las patas delanteras. ¡Válgame Dios, y qué orejas más colgantes tenían! ¡qué ojillos rojos medio sepultados en la gordura! ¡qué largos hocicos en vez de sus elegantes narices griegas!

Pero, aun siendo brutos, su naturaleza tenía lo bastante de humana para sentir repugnancia de sí mismos; y, á pesar de conocer que gruñían, profirieron aullidos más viles y groseros que antes, tan ásperos y malsonantes, que se hubiera dicho que un carnicero apoyaba su cuchillo en la garganta de todos ellos, ó, al menos, que alguien se divertía en tirar de la retorcida cola de cada uno.

—Idos á la pocilga—gritó la hechicera, dándoles algunos ligeros golpes con su varita mágica; y, volviéndose después á los criados, exclamó:

—Llevaos estos puercos y echadles algunas bellotas para que coman.

Abierta la puerta del salón, la piara de puercos salió de estampía en todas direcciones, menos en la que debía seguir, pero, al momento, se les hizo entrar en un patio del palacio. Espectáculo que arrancaba lágrimas (y no creo que nadie sea tan cruel que se ría de ello), era el ver aquellas pobres criaturas, hozando, cogiendo aquí una hoja de calabaza, allí una punta de nabo, y arrasando los hocicos por tierra en busca de lo que pudieran encontrar. A pesar de esto, en la pocilga se portaban más puercamente que los nacidos puercos, pues se mordían unos á otros, ponían las patas dentro del dornajo y engullían la comida con precipitación ridiculísima, y cuando, ya no quedaba nada más que tragar, se apilaban sobre la sucia paja que allí había, y quedaban profundamente dormidos. Si les había quedado una chispa de razón, bastante era para tenerlos siempre pensando en cuándo los degollarían y de qué calidad sería su propio tocino.

Entretanto, como dije ya, Euríloco había esperado y esperado en el salón de entrada del palacio, sin poder comprender que había acontecido á sus compañeros. Por fin, cuando oyó resonar el palacio con tan descomunal y porqueril gruñido, y vió la imagen de un cerdo en el tazón de la fuente, pensó que lo mejor era volver al bajel é informar á Ulises de tan maravillosos sucesos.

Así, echó á correr, escaleras abajo, y no se detuvo ni á respirar hasta que llegó á la playa.

—¿Por qué vienes solo?—le preguntó Ulises al verle;—¿qué ha sido de tus veintidós compañeros?

A estas preguntas Eurfiloco rompió en llanto.

—¡Ay!—gimió,—temo mucho que jamás veré de nuevo sus rostros.

Narróle luego á Ulises cuanto sabía y añadió que sospechaba que la hermosa dama del palacio era una vil hechicera y el palacio nada más que horrenda caverna. En cuanto á sus compañeros, no sabía nada de cierto, á no ser que hubieran sido echados á los puercos para ser devorados vivos. Al oír esto todos se affigieron grandemente, pero Ulises sin perder tiempo ciñóse la espada, colgóse el arco y la aljaba y empuñó una lanza en su diestra. Sus compañeros preguntáronle adónde iba y le suplicaron con todo ahinco que no los abandonase.

—Tú eres nuestro rey—gritaron,—y lo que es más, el hombre más sabio del mundo entero; de este peligro no nos sacará nadie sino tu denuedo y sabiduría. Si nos dejas y vas al palacio encantado te sucederá lo que á los demás, y ninguno de nosotros volverá á Itaca.

—Puesto que soy vuestro rey y más sabio que cualquiera de vosotros, mi deber es averiguar lo que les haya acontecido á vuestros compañeros, y ver si aún se puede hacer algo para salvarlos. Esperadme aquí hasta mañana; si no vuelvo, os daréis á la vela y procuraréis hallar el derrotero para nuestra patria. Yo soy responsable de la suerte de esos marinos que han peleado junto á mí, y se han mojado con las aguas de las mismas tempestades que yo. O los traigo conmigo, ó perezco.

Si se hubieran atrevido sus marinos, le habrían detenido por fuerza; pero Ulises les miró amenazador, agitando su lanza y ordenándoles estarse quietos á riesgo de sus vidas. Viéndole tan resuelto, le dejaron ir y se sentaron desconsolados en la playa, rezando por su vuelta.

Acontecióle lo mismo que anteriormente, pues dados unos pocos pasos por el bosque, vino revoloteando la purpúrea avecilla, cantando su triste «¡Pip, pip, pip!...» y empleando todos los recursos imaginables para volverle atrás.

—¿Qué tienes que decirme, pajarito?—gritó Ulises.—Vas vestido como un rey en oro y púrpura y llevas una dorada corona en

la cabeza. ¿Quieres hablarme, porque soy también rey? Si puedes hablar en lenguaje humano, dime qué he de hacer.

—¡Pip!...—respondió dolorosamente la avecilla; —¡pip, pip, pip!...

Ciertamente que alguna pena había en el corazón de la pequeña avecilla; y era triste que no pudiera aliviarla diciéndole á Ulises lo que le pasaba. Pero éste no podía perder tiempo.

Apresuró el paso, y había recorrido ya un buen trecho por el delicioso bosque, cuando encontró á un joven de vivo é inteligente aspecto, vestido de una manera singular. Llevaba una capa corta y una especie de capacete con dos alas, pudiéndose creer, por la ligereza de sus pies, que también en ellos las tenía. Para poder caminar mejor (pues siempre estaba viajando), llevaba un bastón alado alrededor del cual dos serpientes se enlazaban y retorcían. En fin, ya he dicho lo bastante para dejar entender que este personaje era Mercurio; y Ulises (que le conocía de mucho antes y que había aprendido de él buena parte de su sabiduría), le reconoció al momento.

—¿Adónde vas tan de prisa, sabio Ulises?—preguntó Mercurio.—¿No sabes que esta isla está encantada? Circe, la perversa hechicera, hermana del rey Etes, vive en el palacio de mármol que ves allí entre los árboles, y con su poder mágico convierte á los hombres en las fieras y bestias con las que más semejanza tienen.

—¿Aquel pajarito que me salió al encuentro en el borde del acantilado, fué también un ser humano?

—Sí—respondió Mercurio.—Era un rey llamado Picus y un buen rey, por cierto; no tenía más defecto que estar muy pagado de su púrpura, de su corona y de la dorada cadena que llevaba al cuello; por eso se le convirtió en un ave tan brillante y hermosa. Los leones, lobos y tigres que saldrán á tu encuentro enfrente del palacio, fueron hombres crueles cuyos instintos se parecían muchísimo á los de las fieras cuyas formas llevan ahora.

—¿Y mis pobres compañeros?—dijo Ulises,—¿han sufrido un cambio parecido merced á la varita de Circe?

—Bien sabes lo glotones que eran—respondió Mercurio; y como era muy pícaro no pudo contener la risa por lo que iba á decir.—Por lo tanto, no te sorprenderás al saber que han tomado la forma de cerdos. Si Circe no hubiese hecho cosas peores, no creo que por ésta se la podría culpar mucho.

—¿Pero no puedo yo hacer nada para salvarlos?—preguntó Ulises.

—Se necesitará toda tu astucia y un poco de la mía, para evitar que seas transformado en zorra. Pero haz lo que yo te diga, y el negocio acabará mejor de lo que ha empezado.

Mientras hablaba parecía Mercurio estar buscando algo; por fin inclinóse mirando al suelo, y poco después puso la mano sobre una pequeña planta de flores blancas como la nieve; cogiólas y aspiró su aroma. Ulises había estado observando aquel mismo sitio poco antes, y le pareció que aquellas flores habían brotado al contacto de la mano de Mercurio.

—Toma esta flor, rey Ulises—dijo,—y guárdala como la niña de tus ojos, porque te aseguro que es sumamente rara y preciosa, y que buscarías por toda la tierra inútilmente otra igual. Ténla en tu mano y huélela con frecuencia después que entres en el palacio y mientras estés hablando con la hechicera. Especialmente cuando te ofrezca manjares ó beber de su copa, huele fuertemente la flor. Siguiendo estas instrucciones te librarás de ser convertido en zorra.

Dióle después Mercurio otros consejos sobre lo que había de hacer, y mandándole fuese atrevido y prudente, le aseguró de nuevo que por poderosa que fuese Circe, él saldría con bien de su encantado palacio. Luego de oírle atentamente, expresóle Ulises su agradecimiento, y emprendió de nuevo su camino. Pero cuando á los pocos pasos volvióse para preguntar otras cosas que se le habían ocurrido, ya Mercurio no estaba allí. Su alado capaceté y sus alados zapatos y bastón, le habían ya transportado fuera del alcance de la vista.

Cuando Ulises llegó frente al palacio, le salieron al encuentro los leones, tigres y lobos, saltando para hacerle caricias; pero el prudente rey los ahuyentó golpeándoles con su lanza, pues bien sabía que habían sido unos criminales y que ahora le harían pedazos si pudiesen. Mientras subía la escalera, las fieras le rugían á distancia, echando fuego por los ojos.

Al entrar en el salón vió Ulises la fuente mágica en el centro. El agua parecía tener ahora la figura de un hombre venerable vestido de blanco, que le daba la bienvenida. Oyó asimismo Ulises el ruido de la lanzadera en el telar, la dulce melodía de la canción de la dama hermosa y las agradables voces de ella y sus doncellas entremezcladas con risas. Ulises no perdió mucho tiempo

escuchando ; apoyó su lanza en una columna, y soltando su espada en la vaina, siguió adelante, dirigiéndose resueltamente al otro salón cuyas puertas abrió de par en par. La hermosa dama apenas lo vió en el dintel, se levantó del telar y salió á su encuentro sonriente y con ambas manos extendidas.

—Bienvenido seas, bravo extranjero. Te estábamos esperando —dijo ella.

La ninfa del cabello verde mar le hizo también una profunda reverencia ; saludáronle asimismo la del corpiño de corteza de roble, la que derramaba gotas de rocío por los extremos de sus dedos, y la cuarta, aquélla del distintivo del cual no me puedo acordar. Circe, la perversa hechicera, que á tantos había engañado, no dudando tampoco de Ulises, pues no sabía su astucia, se dirigió á él de nuevo, diciéndole :

—Tus compañeros han sido ya recibidos en mi palacio y han gozado del hospitalario trato que su condición requería. Si quieres, toma antes algún refrigerio y después podrás juntarte con ellos en el elegante departamento que ocupan. Mira. Yo y mis doncellas hemos estado tejiendo y dibujando sus figuras en este tapiz.

Y señaló al tapiz tan hermosamente tejido, puesto aún en el telar. Circe y sus cuatro ninfas debían de haber trabajado mucho, porque el tapiz tenía muchas más yardas de largo de las que antes describí. En esta nueva parte vió representados Ulises á sus compañeros sentados en almohadillados y endoselados tronos, devorando manjares y tragando enormes cantidades de vino. El trabajo no había pasado de aquí ; no : era demasiado astuta Circe para dejar ver á Ulises el cambio que su varita mágica había obrado en los glotones.

—Por lo que á ti toca, valiente guerrero—añadió Circe,—juzgando por tu aspecto, no eres menos que rey ; dignate seguirme y serás tratado como merece tu jerarquía.

Ulises siguió á la hechicera al interior de aquel salón oval donde sus compañeros habían dado cuenta del banquete tan desastrosamente acabado para ellos. Todo este tiempo Ulises había estado oliendo la nívea flor y sobre todo, al entrar en el salón, tuvo buen cuidado de aspirar fuertemente su fragancia. En vez de los veintidós tronos que antes estaban distribuidos siguiendo el contorno del salón oval, se erigía ahora uno solo en el centro de él, pero el mejor trono que vieron jamás reyes ni emperadores : todo de oro cincelado, tachonado con piedras preciosas, con un

cojín que parecía un blando montón de rosas, y con un dosel de rayos solares tejidos por el arte mágico de Circe. Esta tomó á Ulises de la mano y le hizo sentar en tan reluciente trono, y después dando una palmada llamó al despensero mayor.

—Trae—le dijo—la copa de los reyes, y llénala del mismo delicioso vino que tanto alabó mi real hermano, el rey Etes, cuando vino la última vez á visitarme con mi hermosa hija Medea. ¡ Qué joven tan buena y tan amable ! Si ella estuviese aquí ¡ cuánto se regocijaría viéndome ofrecer este vino á mi ilustre convidado !

Pero mientras el despensero iba por la copa, olió con fuerza Ulises la blanca flor y preguntó :

—¿ Es saludable ese vino ?

A esta pregunta las cuatro doncellas se sonrieron entre dientes, y Circe les dirigió una severísima mirada. Después dijo :

—Es el zumo más salúífero que jamás se exprimió de uva alguna ; porque en vez de marear al hombre y privarle de conocimiento, le aclara el entendimiento y le hace aparecer lo que debería ser.

Como para el despensero mayor no había nada más agradable que ver la gente transformada en puercos ó en otras alimañas, se dió más que prisa para traer la copa real, llena de un licor brillante como el oro, que despedía chispas y producía unos como rayos luminosos sobre la espuma. A pesar de esta tan deliciosa apariencia, tenía mezclados aquel vino los más poderosos hechizos que sabía Circe confeccionar. Por cada gota de vino puro, había dos de hechizo, y lo peor era que éste le hacía tener mejor gusto. El solo olor de las burbujas de su espuma, era suficiente para cambiar el pelo de un hombre en cerdas de puerco, sus uñas en garras leoninas y hacerle brotar detrás un rabo de zorra.

—Bebe, noble convidado—dijo Circe sonriendo al presentarle la copa.— En estetrageo encontrarás un calmante para todas tus penas.

Ulises tomó la copa con la diestra, y con la siniestra se acercó la flor á las narices y aspiró de ella hasta que se sintió sus pulmones llenos de su dulce fragancia. Después, apurando de un sorbo todo el vino, miró con mucha calma á la hechicera.

—Malvado—gritó ésta, dándole un golpe con su varita ;— ¿ cómo conservas ni un momento más tu forma humana ? Toma la forma del bruto á quien más te parezcas. Si de puerco, anda á reunirte con tus puercos compañeros en la zahurda ; si de león, tigre ó lobo, vete con esas bestias de fuera del palacio ; si de zo-

rra, márchate á robar aves de corral. Ya has bebido de mi vino y no puedes ser más hombre.

Pero tal era la virtud de la florecita, que Ulises, en vez de bajar del trono en forma de puerco ó de otra alimaña, parecía de un aspecto más varonil y majestuoso que antes. Dió un golpe á la copa mágica y la arrojó por el suelo al extremo opuesto del salón. Después, saltando del trono y desenvainando la espada, agarró á la hechicera por sus rubios bucles é hizo un gesto como si le fuese á cortar la cabeza de un golpe.

—¡ Malvada !—gritó Ulises ;—esta espada pondrá fin á tus hechicerías ; morirás y no harás más daño al mundo tentando á los mortales para que caigan en vicios que luego los hacen bestias.

El tono y semblante de Ulises eran tan terribles y tan fulgurante y tajadora su espada, que Circe casi se murió del susto sin aguardar el golpe. El dispensero mayor salió huyendo del salón recogiendo la copa en la huída, y la hechicera y las cuatro ninfas cayeron de rodillas pidiendo compasión.

—Perdóname—gritó Circe ;—perdóname, regio y sabio Ulises, que ya conozco eres aquél de quien me dijo Mercurio era el más sabio de todos los mortales contra el cual no puede encantamiento alguno. Tú solo podrás conquistar y vencer á Circe. Perdóname, ¡ oh tú, el más sabio de los hombres ! Yo te daré verdadera hospitalidad y aun seré tu sierva y este palacio será de hoy en adelante tu morada.

Entretanto, las cuatro ninfas gemían de un modo lastimero, especialmente la oceánica del cabello verde-mar, la cual lloraba gran cantidad de agua salada, y aquélla del rocío en las extremidades de los dedos, que ya estaba casi derretida y fundida por las lágrimas. Pero Ulises no se apaciguó hasta que Circe hubo jurado volver á sus compañeros, y á cuantos le indicase, de la presente forma de bestias á la antigua de seres humanos.

—Con estas condiciones—dijo,—te perdono ; de lo contrario morirás al punto.

Con una espada desenvainada sobre sí, hubiese hecho la hechicera tanto bien, como mal había hecho hasta entonces, aun que no á gusto ; así es que guió á Ulises á la parte de atrás del palacio y le mostró la piara de cerdos en la pocilga. Había unos cincuenta de estos sucios animales ; y aunque la mayor parte lo eran por nacimiento, maravillaba ver qué poquísima diferencia había entre ellos y aquéllos que poco ha tenían forma humana.

Para decir la rigurosa y estricta verdad, éstos últimos parece que habían tomado á punto de honra el revolcarse en lo más cenagoso de la zahurda y superar de todas maneras á los puercos de condición puerca natural. Cuando los hombres se vuelven bestias, la pizca de razón que les queda hace diez veces mayor su brutalidad.

Los compañeros de Ulises no se habían olvidado de que habían sido personas. Cuando éste se acercó á la pocilga, veintidós enormes cerdos se destacaron de los demás y se dirigieron hacia él gruñendo tan bárbaramente que tuvo que taparse los oídos. Sin embargo, parecía que ellos mismos no sabían qué deseaban, ni si estaban hambrientos, ó si padecían por alguna otra causa. Después de todo, era curioso verlos hozar en el fango buscando algo que comer. La ninfa del corpiño de corteza (que era la amadrada de una encina) les echó un puñado de bellotas, y los veintidós se arrojaron á ellas peleándose por cogerlas como si llevasen doce meses sin probar bocado.

—Estos son mis camaradas—dijo Ulises :—los conozco por sus inclinaciones ; casi, casi no vale la pena de tornarles á su forma primitiva. Sin embargo, hagámoslo, para que su mal ejemplo no corrompa á los otros puercos. Vuelvan pues á su forma, señora Circe, si vuestro saber llega hasta ahí, porque creo que más magia se necesita para hacer hombres de puercos, que puercos de hombres.

Así, pues, Circe agitó varias veces la mano, repitiendo unas palabras mágicas á cuyo sonido los veintidós puercos irguieron las orejas. Era maravilla ver cómo se iban acortando sus hocicos y como sus bocas se achicaban más y más (de lo cual parecían entristecerse, porque ya no podrían engullir con tanta presteza), y cómo algunos ya se ponían de pie, rascándose las narices con las patas delanteras. Al principio, Ulises y las ninfas no sabían si veían hombres ó puercos. Por fin, echaron de ver que tenían más semejanza de lo primero, y, por último, aparecieron lo mismo que cuando dejaron el bajel.

No se ha de creer, empero, que la condición y calidad cerdil los había dejado por completo, pues cuando se apodera de una persona con dificultad se parte de ella. Bien se notó esto gracias á la madriada, la cual complaciéndose sumamente en el mal, les echó otro puñado de bellotas, sobre las cuales se arrojaron, y, peleándose por ellas, las devoraron de una manera vergonzosa. Des-

pués, recordándose por fin, se postraron á las plantas de Ulises, gritando :

—Gracias, noble Ulises ; de brutos, nos has restaurado á la humana condición.

—No me deis gracias—contestó el prudente rey ;—temo que he hecho muy poco por vosotros.

Para decir la verdad había algo de gruñido en sus voces y durante mucho tiempo después hablaron roncamente y gruñeron con suma propiedad.

—De vuestra conducta futura—añadió Ulises—dependerá el que volváis á la pocilga ó no.

En este momento se oyó en un árbol cercano, el canto de aquella avecilla roja :

—¡ Pip, pip, pip !...

Era, efectivamente, ella ; todo este tiempo anduvo revoloteando y piando, para ver si Ulises se acordaba de lo que había hecho por librarle del peligro á él y á sus compañeros. Ulises ordenó inmediatamente á Circe que convirtiese el pajarito en rey, dejándolo como lo encontró al encantarle. Apenas pronunciadas estas palabras y antes de que la avecilla cantase su ¡ pip, pip !, ya el rey Picus saltaba de las ramas del árbol, tan majestuoso como cualquier rey del mundo, vestido con manto de púrpura, medias brillantísimas de color de oro, collar de oro en el cuello y corona también de oro en la cabeza. Cambió con Ulises la cortesía que á tanta elevación de su mutua dignidad se debían ; pero desde allí en adelante el rey Picus no se ensoberbeció por sus reales atavíos ni por ser rey, sino que sintiéndose el último esclavo de su pueblo, toda su vida se dedicó á hacerlo mejor y más feliz.

En cuanto á los leones, tigres y lobos, aunque Circe quería restituirles á su primitiva forma, Ulises tuvo por más prudente dejarlos como estaban, para que así diesen á conocer sus inclinaciones crueles en vez de que simulasen mansedumbre y amistad en su antigua forma, teniendo corazones de hienas. Por esto les dejó aullar cuanto quisieron sin preocuparse por ellos ni mucho ni poco. Cuando todo estuvo arreglado á su placer, envió por los compañeros que habían quedado en la playa, los cuales, llegando presto con Euríloco á su frente, se acomodaron en el encantado palacio de Circe, hasta que descansaron completamente y recobraron las fuerzas perdidas con los trabajos y penalidades de su viaje.

LOS CICLOPES

DESCRITOS POR VIRGILIO

PUBLIO VIRGILIO MARÓN.—Nació el año 70 antes de Cristo. Murió el año 19 antes de Cristo. El príncipe de los poetas latinos, nació en Mantua. Educado en medio de los campos, tomó de ellos su vivo amor á la naturaleza. Sus maestros favoritos fueron el filósofo epicúreo Syron, y el poeta gramático Partenio. Su primera obra importante son las «Eglogas» (*Bucolicon liber*), en las que tuvo por modelo á Teócrito. Más originales son ya «Las Geórgicas», á las que dedicó siete años, retirado en Nápoles; en este poema del campo no se limita á describir las labores agrícolas, sino que presenta el asunto en su viviente realidad expresando sus íntimas relaciones con el alma humana. Animado por el éxito de esta obra, se lanzó á rivalizar con Homero, escribiendo «La Eneida», poema eminentemente nacional por el asunto y por el modo como está desarrollado. Se trata en él del origen de los romanos, y del fundamento de su grandeza. Doce años tardó en escribirlo, y aun le sorprendió la muerte sin poder darle la última mano. La reputación del autor de «La Eneida» se engrandeció aún después de su muerte, y la Edad Media vió en él el representante de la ciencia del mundo antiguo.

Traducción de D. Luis Herrera y Robles.

Y en Trinacria
 Del mar distante se divisa el Etna,
 Y el rugido del piélago espantoso,
 Rompiéndose en las peñas escuchamos,
 Y su ronco fragor llena la playa,
 Y álzanse en remolinos las espumas,
 Y removidas hierven las arenas.
 —«Esta es Caribdis, en verdad—prorrumpo
 »El padre Anquises;—éstos los escollos
 »Y horrendas rocas, que anunciaba Heleno;
 »Libertaos, ¡oh troyanos! del peligro
 »Y remad vigorosos»—Habló apenas,
 Y obedecidos fueron sus mandatos:
 Tuerce el primero la crugiente proa
 Hacia el mar de la izquierda Palinurio,
 Y á poder de los remos y los vientos
 La escuadra toda hacia la izquierda avanza.
 Al cielo en ondulante torbellino
 Nos alza el mar, y roto el oleaje
 En el profundo abismo nos sumerge;

Tres veces los escollos repitieron
Rudo clamor entre las huecas rocas ;
Tres veces vimos la revuelta espuma
Subir al cielo y descender deshecha ;
Luego, nos abandona el sol y el viento ;
Faltos de fuerzas, é ignorando el rumbo,
Las costas de los cíclopes tocamos.
Ancho puerto del Noto defendido ;
Mas cerca ruge con estrago horrible
El Etna atronador, que á veces lanza
Torbellinos de pez y lava ardiente
Por los aires en negros nubarrones,
Y globos encendidos flameantes
Que tocan las estrellas ; y otras veces
Piedras arroja, y las entrañas mismas
Arrancadas del monte, y con estruendo
Innúmeros peñascos derretidos,
Hirviendo sin cesar la sima horrenda.

Es fama que debajo de esa mole
Yace el cuerpo de Encélado abrasado
Por el rayo de Júpiter, y encima
Asentado se encuentra el Etna inmenso
Llamas lanzando de la hoguera rota,
Y cuando mueve el cuerpo fatigado,
Trinacria toda con fragor retiembla,
Y con humo los cielos obscurece.
La noche entera tan terribles monstruos
Ocultos en la selva soportamos,
Del estrépito aquél sin ver la causa :
Ni los astros su lumbre difundían
Ni el éter el fulgor de las estrellas ;
Mas densa bruma encapotaba el cielo,
Y la avanzada noche tenebrosa
La luna entre las nubes ocultaba.

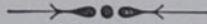
Álzase á poco precursor del día
El astro matinal, y ya la Aurora
Ahuyentaba las húmedas tinieblas.
Cuando, de pronto, de la selva sale
Figura extraña de varón ignoto,
En suma languidez extenuado
Y miserable aspecto, y á la orilla
Extendiendo las manos suplicante
Fijó la vista, suciedad horrible,
Desgreñada la barba, y los vestidos
En jirones sujetos con espinas
Y en todo lo demás soldado griego

Del ejército armado contra Troya,
 El cuando vió las ilíacas vestes,
 Y desde lejos la armadura teucra,
 Párase á nuestra vista sorprendido,
 Y la marcha detiene; mas, á poco,
 Rápido hacia la orilla se adelanta,
 Y con llantos y ruegos:—«¡ Oh troyanos!,
 »Yo os pido por los astros y los dicse,
 »Por esta luz del Cielo que me alienta,
 »Que de aquí me saquéis; esto me basta
 »Y á cualesquiera tierras conducidme.
 »Yo de la armada aquiva fuí soldado,
 »Lo sé y confieso, y que invadí en la guerra
 »Los lares de Ilión: y si tan grande
 »Juzgáis la injuria de tan alto crimen,
 »Arrojadme á las olas—exclamaba.—
 »Y sumergidme en el inmenso Ponto.
 »Si á manos de los hombres pereciere,
 »Grato será morir.» Dijo, y en tierra
 Cayó de hinojos, y quedó clavado,
 Abrazando á la par nuestras rodillas.
 A declarar su nombre y su linaje,
 Y á confesar la historia le exhortamos
 De su aciaga fortuna. Al punto Antises
 Al joven tiende cariñosa diestra;
 Tal prenda de amistad valor le infunde,
 Y depuesto el temor, así nos habla:
 —«Es Itaca mi patria; soy de Ulises,
 »Del infeliz Ulises compañero;
 »Mi nombre es Aqueménides; mi padre
 »Era Adamasto, que en fortuna pobre
 »A Troya me envió ¡ que aquella suerte,
 »Aunque suerte infeliz, durado hubiera!
 »Aquí mis compañeros, por olvido,
 »Me abandonaron, al partir huyendo
 »De estas playas crueles, en el antro
 »Inmenso del Cíclope. Tenebrosa
 »E ingente es su morada, y de manjares
 »Ensagrentados é inmundicias llena,
 »Y él toca las estrellas por altura.
 »¡ Librad la tierra, oh, dioses, de tal plaga!
 »Ni bello aspecto, ni agradable trato,
 »De entrañas se alimenta de infelices
 »Y sangre corrompida. Vi yo mismo
 »Su inmensa mano atenazar dos cuerpos
 »De mis focios, tendido en su caverna,

- »Y allí junto al peñón despedazarlos,
- »Anegando el umbral la sangre impura ;
- »Yo le vi devorar trozos de carne,
- »Que repugnante corrupción manaban,
- »Y miembros vi calientes todavía
- »En sus dientes temblar. Pero no impune :
- »Que Ulises no sufrió tantas crueldades,
- »Ni descuidó su vida en tal peligro.
- »Luego que el monstruo, de manjares harto,
- »Y sepultado en vino, dobló el cuello,
- »Y cubrió con su cuerpo la caverna,
- »Arrojando dormido por la boca
- »Pútrida carne con sangriento vino,
- »Nosotros, invocadas las deidades,
- »Y á cada cual su oficio designado,
- »En redor le cercamos cautelosos,
- »Y el ojo enorme y solo que ocultaba
- »Bajo su torva frente, y parecía
- »Escudo argolio ó luminar febeo,
- »Con un agudo dardo traspasamos,
- »Vengando así los manes de los focios.
- »Huid, infortunados, de estas tierras ;
- »Arracad de este cuerpo las amarras
- »Tan enormes como este Polifemo,
- »Que hora ordeña en el antro sus ovejas.
- »Habitan á lo largo de estas costas
- »Cien cíclopes horrendos, que vagando
- »Andan errantes por las altas cumbres ;
- »Llenar tres veces á la luna he visto,
- »Desde que arrastra miserable vida
- »En las cavernas y desiertos bosques,
- »Y en la morada inculta de las fieras :
- »Observo á los gigantes monstruosos
- »Desde lejana roca, y me estremece
- »El escuchar sus voces y sus pasos.
- »Aquí me brindan mísero alimento
- »Los árboles con bayas, con su fruto
- »El cornejo durísimo, y las hierbas
- »Con sus toscas raíces arrancadas ;
- »Y de continuo en derredor mirando,
- »He visto lo primero vuestra flota
- »Venir hacia esta playa, y decidíme,
- »Cualquier que fuese, á someterme á ella.
- »Me basta huir de la región nefanda ;
- »Mejor vosotros con cualquiera muerte
- »Esta vida extinguid.» Apenas dijo,

Y en la cumbre del monte divisamos
 Con su ganado al mismo Polifemo,
 Que mole inmensa con su paso mueve,
 Marchando hacia la costa conocida.
 Monstruo feroz, descomunal, informe,
 Que de la vista falto, en tosco pino
 La mano apoya y la pisada afirma;
 Sus lanudas ovejas le acompañan,
 Su placer, y consuelo de sus males;
 Rústica flauta de su cuello pende.
 Luego que siente las primeras olas,
 Entra en el mar, y la fuente sangre
 Del ojo herido con las ondas lava,
 Por el dolor los dientes rechinando;
 Y al interior del mar camina luego,
 Que sus altos costados baña apenas.
 Lejos de allí nosotros temerosos
 La fuga apresuramos; recibimos
 Cual era justo al triste suplicante,
 Y en silencio cortamos las maromas,
 Y las aguas surcamos vigorosos,
 Batiendo el mar los remos á porfía.
 Nos oye Polifemo, y al ruido
 Y murmullo de voces, vuelve el paso;
 Mas cuando siente que le faltan fuerzas
 Para apresarnos con su diestra enorme,
 O superar con su gigante marcha
 Del Jonio mar el rápido oleaje,
 Lanza un grito espantoso, que estremece
 El vasto ponto y las inmensas ondas,
 Y aterra, en torno, la región de Italia,
 Y hace rugir al Etna cavernoso;
 Y de las selvas y los altos montes
 Los cíclopes se arrojan convocados,
 Y al puerto corren, y la playa cubren.
 Allí, de pie, con la mirada torva,
 Alzando la cabeza hasta los cielos,
 A los etneos hermanos contemplamos
 En horrendo concilio, cual levantan
 Sus copas las encinas por los aires,
 O el gigante ciprés, en la alta selva
 De Jove, ó en el Bosque de Diana.
 El acerbo temor nos compelia
 Los cables á soltar, y dar las velas
 Adonde el viento próspero soplase;
 Mas prohíbe al heleno el vaticinio

Entre Escila y Caribdis dar el rumbo
 Con peligro de muerte tan cercano,
 Y así volver las velas resolvemos.
 Alzase en esto el Bóreas favorable
 Partiendo del estrecho de Peloro,
 Y las fauces vencemos del Pantago,
 Que allí entre piedra viva desemboca,
 Y salvamos el golfo de Megara,
 Y la humilde península de Tapso,
 Señalando Aqueménides las costas
 Recorridas por él en rumbo inverso.



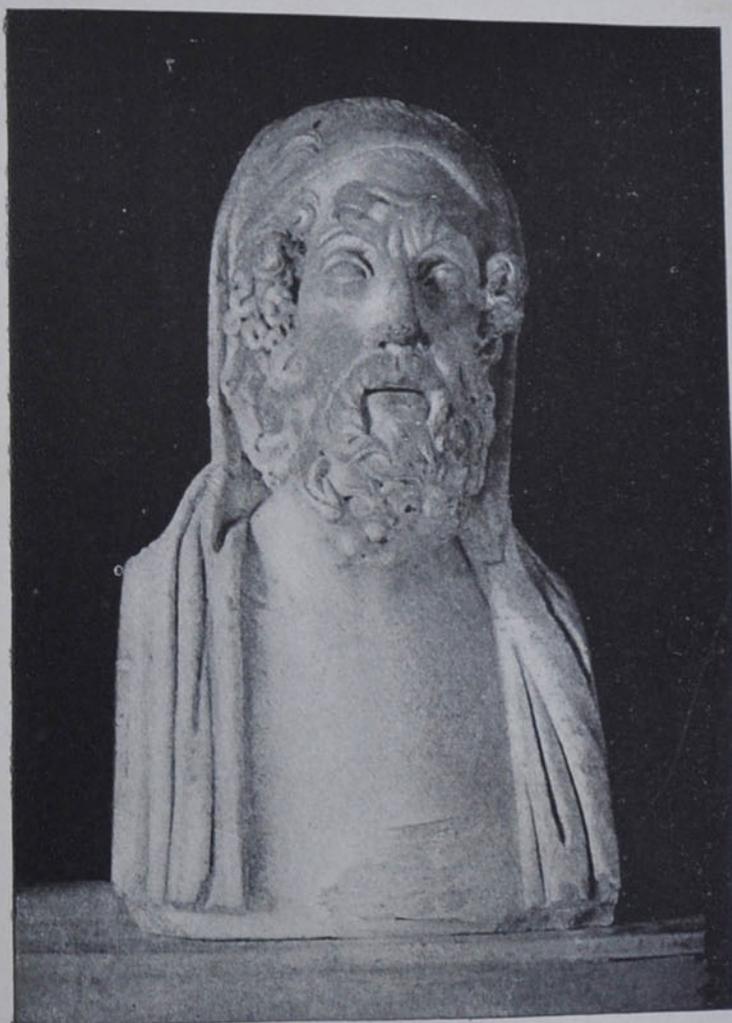
ULISES NARRA SU AVENTURA CON LOS CICLOPES

POR HOMERO

Llegamos al país de los fieros é independientes cíclopes, que confiando en los dioses inmortales, no cultivan planta alguna ni trabajan la tierra. Todo nace allí sin ser sembrado ni cultivado; el trigo, la cebada y la viña, cuyos gruesos racimos, que las lluvias hacen crecer, prodúcenles el vino de Júpiter. No tienen leyes, ni asambleas deliberantes; habitan las cimas de las altas montañas y gobierna cada uno á su mujer é hijos, sin tener ningún cuidado los unos de los otros. Enfrente del puerto del país de los cíclopes, existe una pequeña isla poblada de árboles, en donde viven las cabras salvajes á millares, porque la presencia de los hombres no las espanta. Esta isla no es visitada por los cazadores, que se cansan en el bosque, recorriendo las cimas de las montañas: tampoco está habitada por pastores ni por labradores; nunca fué sembrada ni cultivada, y á falta de hombres, alimenta á las cabras salvajes. Los cíclopes no tienen navíos con los flancos pintados de rojo, ni hay entre ellos carpinteros de ribera, capaces de construir buques de sólida cubierta, que satisfarían todas sus necesidades, recorriendo las ciudades de los hombres (como á menudo sucede que los mortales atraviesan el mar en navíos, para verse unos con otros), y haciendo de su isla un país opulento, pues no es estéril y produciría todos los frutos en su estación, por cuanto tiene en las orillas de la espumosa mar, praderas húmedas y blandas, en donde viviría la viña. La labranza sería fácil y, al llegar la estación, cogeríanse abundantes mie-

ses. El puerto es de cómoda entrada ; no hay necesidad de cable ni de echar las áncoras ó piedras, ni de sujetar el buque con amarras ; y los marineros pueden permanecer en él mucho tiempo, hasta que les da en el corazón de partir y los vientos empiezan á soplar. Además, en el fondo del puerto corre un agua límpida que nace en una gruta rodeada de álamos blancos. Allí abordamos, conducidos por un dios, en medio de la obscuridad de la noche, y no percibimos el puerto, pues una neblina espesa envolvía nuestros navíos, y la luna, cubierta por un velo de nubes, no brillaba en el cielo. No percibimos la isla ni vimos á las inmensas olas estrellarse contra la costa, antes de haber abordado nuestros navíos, provistos de buenos remeros. Cuando los buques hubieron abordado, plegamos todas las velas y desembarcamos en la playa. Allí esperamos, dormidos, la vuelta de la divina Aurora. Cuando apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, recorrimos la isla y quedamos extasiados por su belleza. Las ninfas, hijas de Júpiter, que llevan la égida, hicieron levantar cabras salvajes para atender al desayuno de mis compañeros. Sacamos de los navíos los encorvados arcos y los venablos de largo mango, y repartidos en tres grupos, lanzamos nuestros dardos. Un dios diónos al punto una abundante caza. Doce navíos me habían seguido ; á cada uno correspondieron nueve cabras, escogiendo yo diez para mí solo. Así pasamos el resto del día hasta la puesta del sol, saboreando las abundantes carnes y el deleitoso vino. No habíamos agotado el que teníamos en nuestros navíos y aun nos quedaba bastante : cada uno de nosotros había llenado grandes ánforas cuando tomamos por asalto la sagrada ciudad de los cicones. Veíamos á poca distancia la tierra de los cíclopes y el humo de sus habitaciones ; oíamos sus voces y los balidos de sus ovejas y cabras. Cuando se ocultó el sol, haciendo lugar á las tinieblas, nos acostamos en la orilla del mar.

Al aparecer la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, reuní á todos mis compañeros y les dije :—«Fieles compañeros : permaneced un instante en este lugar, que voy con mi navío y su tripulación á reconocer á estos hombres, para saber si son insolentes, salvajes é injustos, ó bien hospitalarios y temerosos de los dioses.»—Dicho esto, me embarqué y ordené á mis compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Embarcáronse en seguida y tomaron sitio en los bancos, y sentados



Homero.



con orden, hirieron con sus remos el espumoso mar. Cuando llegamos al país de los cíclopes, que estaba muy cercano, vimos en la parte más apartada, cerca del mar, una gruta elevada cubierta de laureles; allí reposaba un tropel de rebaños, ovejas y cabras. Alrededor había un patio espacioso, edificado con piedras enclavadas en el suelo y cercado por grandes pinos y encinas de frondoso follaje. En aquella gruta habitaba un hombre de estatura gigantesca, que apacentaba solo sus rebaños, lejos de los demás cíclopes, á los que no frecuentaba, sin conocer en su aislamiento, más que la injusticia. Era un monstruo prodigioso, que no se parecía á los hombres que se alimentan del trigo, sino á la leñosa cima de una de esas altas montañas que se ven sobresalir entre todas las otras. Entonces supliqué al resto de mis fieles compañeros que permanecieran allí cerca del navío para guardarlo, y escogiendo doce hombres decididos, avancé, llevando una odre de piel de cabra llena de delicioso vino tinto que me había dado Marón, hijo de Evanteo y sacerdote de Apolo, protector de Ismaro, á quien habíamos respetado y defendido, juntamente con su mujer y sus hijos, pues habitaba en el frondoso bosque, consagrado á Febo-Apolo. Ofrecíome en cambio ricos presentes, me dió siete talentos de oro labrados y una cratera de plata maciza; luego, me llenó doce ánforas de vino dulce y sin mezcla alguna: celestial bebida. Ningún criado ni esclavo de su casa, conocía aquel vino; únicamente lo bebían él, su querida esposa y el intendente. Cuando gustaban aquel vino rojo y dulce como la miel, vertían una sola copa en veinte medidas de agua, y la cratera despedía un olor suave y divino; de madera que hubiera sido una crueldad el no probarlo. Lléveme, pues, un gran pellejo, lleno de aquel vino, y una alforja repleta de víveres, pues mi generoso corazón presentía que había de encontrar un hombre, dotado de una gran fuerza salvaje, que no reconocería la justicia ni las leyes. Al poco rato llegamos al antro, pero no lo encontramos, pues había ido á apacentar sus grandes rebaños. Entramos en la gruta, y la admiramos detalladamente. Había cañizos cargados de quesos; las cuadras estaban llenas de corderos y cabritos separados en distintos grupos; en un lado había los más viejos, en otro, los de edad mediana, y en otra parte los más jóvenes. Todos los vasos rebosaban suero y veíanse preparadas las horteras y barreños para ordeñar sus ganados. Rogaron mis compañeros que me volviera al punto, llevándome algunos quesos; querían á toda prisa

trasladar de las cuadras al rápido buque, cabras y corderos, y navegar en seguida sobre las amargas olas. Pero yo no quise, y hubiera sido, sin embargo, lo mejor; sentía necesidad por ver al cíclope y saber si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Su presencia, empero, no debía ser agradable á mis compañeros. Encendimos fuego y ofrecimos un sacrificio á los dioses; luego comimos queso y esperamos sentados en la gruta, á que el cíclope volviera de apacentar los rebaños. Llegó éste llevando una enorme carga de leña seca para preparar su cena. Dejóla fuera de su antro, é hizo al caer tanto ruido, que nos escondimos asustados en el fondo de la caverna. Colocó luego en la vasta gruta todas las gruesas ovejas que había de ordeñar, y dejó en la puerta, fuera de la ancha cuadra, á todos los machos, carneros y moruecos. Entonces levantó y colocó en la entrada una piedra tan pesada y enorme, que no la hubieran podido arrancar del suelo, veintidós sólidos carros de cuatro ruedas: tan grande era el pedazo de roca, con el cual cerró su caverna. Sentóse y se puso á ordeñar con cuidado las ovejas y las baladoras cabras, y suspendió un pequeñito en las mamas de cada una. En seguida hizo cuajar la mitad de la leche, resplandeciente de blancura, recogióla y colocóla en canastillas de junco, vertió la otra mitad en vasos para beberla en seguida, haciendo de esto su cena. Cuando dió fin á estas tareas, encendió fuego, se fijó en nosotros, y nos interrogó:—«Extranjeros: ¿quiénes sois? ¿De dónde venis, á través de las húmedas llanuras? ¿Os conduce algún asunto determinado, ó erráis á la ventura, como los piratas en el mar, que exponen su vida y llevan la dicha á los extranjeros?»—Al oírle, nuestro corazón se estremeció: tan terrible era su voz y tan horroroso su aspecto. No obstante, yo le contesté, diciendo:—«Somos griegos que venimos de Troya, y á quienes los vientos contrarios han extraviado por el inmenso abismo del mar cuando volvíamos á nuestra patria, haciéndonos equivocar el camino, y seguir otra dirección; sin duda, Júpiter lo ha decretado así. Nos vanagloriamos de ser los soldados de Agamenón, hijos de Atrea, cuya gloria inmensa se eleva ahora hasta el cielo, pues ha destruído una gran ciudad y destrozado numerosos pueblos. Abrazamos tus rodillas, y te suplicamos que nos ofrezcas los dones de la hospitalidad. Haznos, al menos, algún presente, como se acostumbra con los extranjeros. Ea, poderoso héroe: respeta á los dioses, te lo suplicamos; el hospitalario Júpiter, es

«el vengador de los que suplican y de los respetables extranjeros, á quienes acompaña.»—«Es preciso que seas loco, extranjero— me contestó con fiereza,—ó que vengas de muy lejos para que me supliques que tema ó que respete á los dioses. Has de saber que los cíclopes no se cuidan de Júpiter, portador de la égida, ni de los bienavenurados dioses, porque somos muy superiores á ellos. No sería, por cierto, para evitar la cólera de Júpiter, por lo que te escaparías de mí, con tus compañeros, si mi corazón no me obligara á hacerlo. Pero dime, ¿en dónde has dejado tu sólido navío? ¿en la extremidad de la isla ó cerca de aquí? es preciso que lo sepa.»—Hablabá así para probarme; pero mi astucia no se dejó engañar. Lejos de esto, respondíle con estas artificiosas palabras:—«Neptuno, que estremece la tierra, ha hecho pedazos mi navío, arrojándolo contra las rocas en los confines de vuestro país; lo ha hecho chocar contra una peña saliente, y el viento que silbaba en el mar, se ha llevado los despojos, habiendo escapado de la muerte, con los hombres que ves en tu presencia.»—Nada me contestó; pero hombre sin corazón, dió un salto, puso la mano encima de mis compañeros, cogió dos y los arrojó contra el suelo como si hubieran sido cachorros. Saltóles el cerebro, que corrió por la tierra con la sangre. Empezó por despedazar sus miembros, y preparó su comida: luego, devorólos como un león criado en las montañas, tragando entrañas, carnes, huesos y médulas. Al ver tan horrible espectáculo, lloramos y levantamos las manos hacia Júpiter: la desesperación se había apoderado de nuestros corazones. Cuando el cíclope hubo llenado su vasto estómago comiendo carne humana y bebiendo además leche pura, acostóse en su antro, tendiéndose entre sus rebaños. Entonces sentí en mi magnánimo corazón el impulso de acercarme á él, sacar el acero de la vaina, y herirle en el pecho, tentando con la mano el lugar en donde el diafragma envuelve el hígado; pero otro pensamiento me detuvo: también nosotros habiéramos perecido allí de muerte horrible, pues no habiéramos podido apartar con la mano la enorme piedra que cerraba la entrada de la elevada puerta. Por esto esperamos, gimiendo, la vuelta de la divina Aurora. Cuando apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, encendió fuego y se puso á ordeñar con cuidado sus magníficas ovejas, suspendiendo un pequeñuelo en las mamas de cada una. Cuando hubo dado fin á estas tareas, asió otra vez á dos de mis compañeros, y preparó su desayuno.

Cuando acabó su festín, sacó sus rebaños fuera del antro, después de haber quitado sin ningún esfuerzo la enorme piedra que lo cerraba. En seguida la volvió á colocar, como se adaptaría á un carcaj su tapa. Mientras que el cíclope sacaba ruidosamente á la montaña sus numerosos rebaños, permanecí en el antro, abrigando en el corazón funestos designios, y acariciando la idea de la venganza, si Minerva me prestaba su ayuda. Hé aquí el partido que me pareció mejor después de reflexionarlo. En la cuadra estaba colgada la enorme maza del cíclope : era un olivo aún verde que había cortado, para llevarlo cuando estuviera seco. Al verlo nos pareció que era tan alto como el mástil de un negro navío de veinte remos, ó de un ancho buque de carga que atraviesa la vasta mar. Tal era á nuestros ojos la longitud y grueso de aquella maza. Acerquéme y corté yo mismo la longitud de una braza, presentándola á mis compañeros, con orden de adelgazarla. Cuando lo hubieron hecho, avancé, y agucéla por uno de los cabos, después de lo cual toméla y la dí vueltas en el fuego. Después enterréla en el estiércol, del que estaba llena la caverna ; dije á mis compañeros que echaran suertes para saber quiénes se atreverían conmigo á levantar aquella estaca y hundirla en el ojo del cíclope cuando estuviese entregado al dulce sueño. La suerte designó á los mismos que yo hubiese escogido : eran cuatro, y yo fui designado el quinto por ellos.

Al anochecer, el cíclope volvió de apacentar sus ovejas de hermoso vellón ; colocó en la vasta caverna todos sus gruesos rebaños sin excepción y no dejó res alguna fuera de la espaciosa cuadra, fuese por presentimiento ó porque un dios lo hubiese dispuesto así. Cuando hubo levantado la enorme piedra y tapado la puerta, sentóse y se puso á ordeñar con cuidado sus ovejas y sus baladoras cabras, suspendiendo un pequeñuelo en las mamas de cada una. Cuando con presteza hubo dado fin á su trabajo, así por tercera vez á dos de mis compañeros y preparó su comida. Entonces acerquéme al cíclope y dirigíle la palabra con una copa de vino tinto en la mano :—«Toma, cíclope : bebe vino, puesto que estás harto de carne humana, para que sepas cuál era la »bebida que encerraba nuestro navío : yo te traía una libación, »convencido de que movido por la piedad me mandarías á mi patria ; pero tu furia no reconoce límites. ¡ Desdichado ! ¿ Qué »mortal vendrá á encontrarte en adelante, no habiendo obrado »como debías?»—Tomó la copa y bebió, experimentando un pla-

cer tan extraordinario al gustar un vino tan dulce, que me pidió otra copa.—«Dame otra, y dime al instante tu nombre, pues quiero hacerte un presente de hospitalidad, con el cual puedas regocijarte. La fecunda tierra suministra á los cíclopes uva de gruesos racimos, á la que hace crecer la lluvia de Júpiter; pero tu vino es un chorro escapado de los manantiales del néctar y de la ambrosía.»—Dichas estas palabras, díle otra vez ardiente vino. Tres veces presentéle una copa, y tres veces la vació sin sospechar nada. Cuando los vapores hubieron subido á la cabeza del cíclope, dirígile palabras dulces como la miel.—«Cíclope, quieres saber mi ilustre nombre; pues bien, voy á decírtelo; pero dame antes el regalo de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es *Nadie*: mi padre, mi madre y todos mis compañeros me llaman lo mismo.»—Díjete; y él, hombre sin corazón, me respondió:—«¿Quieres saber cuál será mi presente? Bueno; «*Nadie*» será el último que comeré de todos sus compañeros; los demás le precederán: éste será mi regalo de hospitalidad.»—Al decir estas palabras cayó con el cuerpo vuelto hacia atrás, y así permaneció con su enorme cuello inclinado á un lado; y el sueño que domina á todos los seres apoderóse de él. De su gáznate salían oleadas de vino y pedazos de carne humana, y erutaba atontado por la embriaguez. Entonces introduje la estaca en la amontonada ceniza hasta que estuvo ardiendo, y animé con mis palabras á todos mis compañeros para que ninguno retrocediese cediendo al miedo. En el momento en que el olivo, á pesar de ser verde, estuvo á punto de inflamarse despidiendo un vivo reflejo, acerquéme y lo saqué del fuego: mis compañeros estaban en pie á mi alrededor. Sin duda, un dios nos inspiró gran audacia. Asieron la estaca de olivo, aguzada por un extremo, y la hundieron en el ojo del cíclope, mientras yo, poniéndome de puntillas, la hacía dar vueltas. Del mismo modo que un hombre taladra con la barrena una viga de un navío, y otros colocados debajo, la mueven con dos correas que estiran por ambos lados, y el instrumento se mueve sin cesar y sin descanso, nosotros, después de haber asido la inflamada estaca, la hacíamos voltear en el ojo del cíclope, y la sangre salía á borbotones por los lados del ardiente instrumento. Quemada que estuvo la pupila, el ardiente vapor consumió enteramente sus párpados y cejas; y los nervios del ojo chispeaban consumidos. Como el herrero, para templarla, sumerge en el agua fría una gran hacha ó segur que

rechina y gruñe, y esto es lo que da resistencia al hierro, así el ojo del cíclope silbaba alrededor de la estaca de olivo. Entonces lanzó un horrible y espantoso gemido, que resonó en la concavidad de la roca, y nos hizo huir espantados. En tanto, sacóse del ojo la estaca manchada de mucha sangre, y transido de dolor arrojóla lejos de sí : luego, llamó, á grandes voces, á los cíclopes que habitaban las cavernas vecinas, en los promontorios barridos por los vientos. A los gritos de Polifemo, acudieron de distintos lados, y deteniéndose delante de la gruta, preguntaron la causa de su dolor.—«¿Cuál es la desgracia, Polifemo, que te arranca esos gritos durante la divina noche, y te obliga á turbar nuestro sueño? » «¿Es que algún mortal se lleva, á pesar tuyo, tus rebaños, ó temes que te hagan perecer por medio del ardid ó de la violencia?» El terrible Polifemo respondióles desde el fondo de su antro : «Amigos : Nadie me mata, no con violencia, sino con su astucia.» Los cíclopes, á su vez, dirigiéronle estas sutiles palabras :—«Puesto que nadie te hace violencia, solo como te hallas, no es posible que te libres de la enfermedad que el gran Júpiter te envía. No obstante, invoca al rey Neptuno, tu padre.»

Pronunciadas estas palabras, alejéronse ; y yo reíme interiormente del error en que los había sumido mi nombre y mi excelente ardid. El cíclope, suspirando de dolor, avanzó á tientas y quitó la piedra que cerraba la caverna : sentóse en el dintel con los brazos extendidos, para coger á aquél de nosotros que ganase la puerta confundido entre las ovejas, pues hasta este punto me creía imprudente. Reflexioné acerca de cuál era el partido mejor para salvarme con mis compañeros de la muerte : concebí muchos ardidés y proyectos como cuando se trata de salvar la vida, pues que nos amenazaba un gran peligro. He aquí, pues, el partido que no pareció mejor, después de reflexionar. Había en la gruta gruesos corderos de espeso vellón, hermosos, grandes y provistos de abundante lana : atélos á todos, sin decir palabra, con los flexibles mimbres que servían de lecho al cíclope, aquel monstruo sin fe y sin ley : amarrélos de tres en tres ; el del centro llevaba á un hombre, y los otros dos, colocados en los flancos, servían de barrera á mis compañeros, de modo que tres corderos conducían á un hombre : yo, viendo que había un cordero mayor que todos los demás, asílo por el lomo y me deslicé debajo de su velludo vientre : luego, volviéndome, me suspendí de sus admirables lanas y me sostuve con una constancia inquebrantable. De este modo,

esperamos suspirando la vuelta de la divina Aurora. Al aparecer la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, los corderos lanzáronse fuera para ir á pacer ; y las ovejas que no habían sido ordeñadas y cuyas tetas estaban cargadas de leche, empezaron á balar en el establo. Su dueño, atormentado por crueles dolores, palpó el lomo de todos los corderos que había en la cuadra, que se erguían en su presencia, no sospechando el insensato que mis compañeros estuviesen atados bajo el vientre de aquellos animales de larga lana. Mi cordero ganó la puerta el último, cargado con su pesado vello y conmigo, que meditaba prudentes pensamientos. El terrible Polifemo le dijo tentándolo con la mano :— «Querido cordero : ¿por qué sales así de mi caverna el último del rebaño? No tienes la costumbre de quedarte detrás de las ovejas, sino que eres siempre el primero en comer las tiernas flores de la pradera, marchando muy aprisa : eres el primero en llegar á la corriente de los ríos, y el primero también que vuelves al corral al llegar la noche. Hoy eres, sin embargo, el último de todos tus compañeros. ¿Acaso echas de menos el ojo de tu amo? Un hombre malvado me lo ha vaciado con el auxilio de sus pérfidos compañeros después de haber aletargado mis sentidos por medio del vino : éste es Nadie que espero no ha escapado todavía á la muerte. Si participaras de mis sentimientos y estuvieses dotado del don de la palabra, me dirías en dónde se oculta este hombre para librarse de mi furor, y entonces su destrozado cerebro salpicaría el suelo con sus pedazos, y mi corazón se consolaría de los sufrimientos que me ha causado este miserable Nadie.» Después de haberle así hablado, soltó al cordero y lo hizo salir. Cuando estuvimos á alguna distancia de la gruta y del patio, empecé por desasirme del cordero, desaté á mis compañeros é hicimos pasar rápidamente delante á los gruesos y ágiles rebaños, haciéndoles dar un gran rodeo, hasta que hubimos llegado á los navíos. Nuestros compañeros nos vieron aparecer con alegría, pues habíamos escapado á la muerte : pero gimieron y lloraron al saber la desgracia de los otros. No les dejé proseguir ; con un fruncimiento de cejas prohibibles que lloraran ; ordenéles que llevaran á bordo todos aquellos rebaños de hermosas lanas, para hacernos á la vela cuanto antes. Embarcáronse sin perder tiempo, tomaron sitio en los barcos, y sentados con orden, dieron con sus remos en el espumoso mar.

Cuando estuve á una distancia conveniente para hacerme oír,

dirigí al cíclope estas burlonas palabras :—«Cíclope : no debías abusar de tu temible fuerza, devorando en tu profunda caverna á los compañeros de un hombre sin defensa. No podía hacerse esperar mucho el castigo de todos los crímenes de un miserable que, como tú, no teme devorar á sus huéspedes en el seno de su morada : he aquí la causa de haberte castigado Júpiter y los demás dioses.»—Al oirme se irritó mucho más su corazón. Arrancó la cima de una alta montaña y nos la arrojó, viniendo á caer delante del navío de azulada proa (y poco faltó para que diese en un extremo del timón). La caída de esta roca levantó una inmensa ola que, al retroceder, llevó el navío hacia el lado de tierra, y faltó poco para que el reflujó lo arrastrase hasta la orilla. Entonces, asiendo una enorme percha, impelí al navío lejos de la costa : luego, animé á mis compañeros ordenándoles con un movimiento de cabeza que se inclinaran para libertarnos de otra desdicha : ellos remaron encorvados sobre los remos. Pero cuando bogando por el mar llegamos á doble distancia de aquel lugar, quise dirigirme al cíclope ; mas mis compañeros, colocados á mi alrededor, me suplicaban con dulces frases que desistiese de semejante idea.—»Temerario : ¿por qué quieres irritar á ese hombre cruel, que al lanzar ahora mismo una piedra á las olas ha impelido el navío hacia la ribera, de modo que nos creímos ya todos perdidos? Si oyese á alguno de nosotros hablar ó gritar, nos rompería la cabeza y haría volar nuestro navío en astillas al choque de una piedra aguda : tanta fuerza tienen sus brazos.»—Esto me dijeron ; pero no pudieron persuadir á mi generoso corazón, y en el fuego de mi cólera, exclamé :—«Cíclope : si algún mortal te pregunta la causa de tu horrible ceguera, dile que Ulises, destructor de las ciudades, es el que te ha sacado el ojo, Ulises, hijo de Laerte, que tiene su morada en Itaca.»—«¡ Excelsos dioses !—exclamó Polifemo gimiendo :—¿ya se han cumplido los antiguos oráculos en contra mía? Había en estos lugares un adivino, hombre alto y fuerte, Telemo, hijo de Eurimos, que aventajaba en el arte de adivinar á todos los mortales, y que envejeció entre los cíclopes prediciendo el porvenir. Anuncióme que un día me sucedería esto y que me vería privado de la vista por mano de Ulises. Yo esperaba ver llegar aquí un mortal grande y hermoso revestido de muchísima fuerza, y veo que un hombre pequeño, sin valor ni fuerza, me ha sacado el ojo, después de haberme embriagado. Pero vamos : ven acá, Ulises ; te ofrezco los dones de la

»hospitalidad y suplico al glorioso Neptuno que procure tu regreso : pues yo soy su hijo y él se vanagloria de ser mi padre. El mismo me curará, si le place, sin la ayuda de ninguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales.»—«Quisiera que el cielo—le contesté,—hubiese podido privarte de la vida y precipitarte á la morada de Plutón, como Neptuno mismo no te curará el ojo.» Después de esto imploró al dios Neptuno, alzando las manos hacia el estrellado cielo :—«Escúchame, Neptuno, dios de la azulada cabellera, que sostienes la tierra : si soy verdaderamente tu hijo y tú te vanaglorias de ser mi padre, haz que jamás vuelva á su patria Ulises, destructor de las ciudades, hijo de Laerte, que tiene su morada en Itaca. Y si es su destino volver á ver á sus amigos, entrar en su soberbio palacio y pisar el nativo suelo, haz que esto no suceda sino tarde y desgraciadamente, en un navío extranjero, después de haber perdido á todos sus compañeros, y que encuentre nuevas desdichas en su casa.» Esta fué su plegaria, y el dios de los azulados cabellos atendióla. Mientras tanto, levantó otra piedra, mucho mayor, y lanzóla, haciéndola voltear y desplegando un vigor inmenso. Cayó detrás del navío de azulada proa y poco le faltó para alcanzar parte del timón. La caída de esta roca levantó una inmensa ola, empujó al navío y amenazó arrastrarlo hasta la orilla.

Cuando llegamos á la isla en donde estaban anclados el resto de nuestros navíos de sólida cubierta, encontramos á nuestros compañeros, sentados alrededor, que se lamentaban esperándonos siempre. Desde que abordamos, hicimos entrar al navío en la arena y descendimos á la ribera del mar. Sacamos los rebaños del cíclope y nos los repartimos, de modo que el botín quedase dividido por iguales partes. En esta repartición, mis compañeros de hermosas clámides, me dieron, además de mi parte, un cordero para mí solo : lo inmolé en la orilla en honor de Júpiter, que amontona las nubes, del hijo de Saturno, que reina sobre todos, y quemé los muslos ; pero el dios, sordo á mi sacrificio, pensaba, sin duda, en el modo de hacer perecer á todos mis compañeros. Pasamos el resto del día, hasta la puesta del sol, saboreando las abundantes carnes y el delicioso vino. Cuando el sol se ocultó en el ocaso, y sobrevinieron las tinieblas, nos acostamos en la orilla del mar. Al aparecer la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, ordené á mis compañeros que se embarcaran inmediatamente y que soltaran las amarras. Embarcáronse en seguida y

se sentaron en los bancos con orden, hiriendo con sus remos el espumoso mar, y continuamos nuestro viaje, contentos de haber escapado de la muerte, pero afligidos por haber perdido á nuestros queridos compañeros.

AVENTURAS DE TELÉMACO, HIJO DE ULISES

FENELÓN.—Nació en 1651; murió en 1715.—Francisco de Solignac de la Mothe Fenelón, nació en el Perigord. Estudió filosofía y teología; á los 13 años pronunció su primer sermón y á los 24 recibió las órdenes sacerdotales. A instancias de la duquesa de Beauvilliers, escribió su *Tratado de la educación de las jóvenes*. Nombrado preceptor del duque de Borgoña, hijo de Luis XIV, compuso para él sus *Fábulas*, destinadas á corregir las inclinaciones viciosas del príncipe, sus *Diálogos de los muertos*, cada uno con un fin é indicación marcada, y finalmente, *Aventuras de Telémaco*, especie de novela, de poema épico, de sátira política, y su obra más famosa, por el atractivo de la lectura y la elegancia del estilo. Elegido arzobispo de Cambrai, se vió atacada su ortodoxia, y acusado de quietismo: con este motivo encontróse colocado frente á Bossuet, manteniéndose á su altura como polemista. *El Tratado de la existencia de Dios*, *Los diálogos sobre la elocuencia*, *Explicación de las máximas de los Santos* y otras obras, completan la lista de sus numerosas producciones.

IX

Mientras que Telémaco y Adoam se entretenían en estos discursos, olvidados del sueño, y sin echar de ver que iba ya pasada la mitad de la noche, una deidad enemiga y engañosa les alejaba de Itaca, cuya isla buscaba en vano el piloto Atamas; porque si bien Neptuno protegía á los fenicios, no podía tolerar por más tiempo ver á Telémaco libre del naufragio que les arrojó á las rocas de la isla de Calipso. Pero aún estaba más resentida Venus de ver que aquel joven triunfase á su despecho del amor y de todos sus encantos; y en un arrebato de su enojo deja á Citerea, deja á Pafos é Idalia, y los honores con que se la honra en Chipre: la eran ya insoportables unos sitios que la recordaban el desprecio que en ellos había hecho Telémaco de su imperio. Sube al resplandeciente Olimpo, donde se habían juntado los dioses cerca del trono de Júpiter, y desde donde ven á sus pies girar en torno á los astros: el globo de la tierra no les parece mayor que un montoncito de lodo, y los inmensos mares no les parecen sino unas gotas de agua que le humedecen: á sus ojos no son los grandes imperios más que un poco de arena que

cubre la superficie de aquella porcioncita de lodo : los pueblos numerosos, y los mayores ejércitos, hormigas que se disputan una arista de paja. Ríense de los negocios más serios en que se agitan los hombres, y les parecen juegos de niños ; y lo que los hombres llaman grandeza, poder y profunda política, no les parece á aquellas supremas divinidades sino miseria y flaqueza.

En mansión tan encumbrada sobre la tierra colocó Júpiter su inmutable trono : sus ojos penetran hasta el abismo, y ven los más ocultos secretos de los corazones : todo le está presente : sus miradas apacibles y serenas difunden por el orbe entero la calma y la alegría : por el contrario, cuando ceñudo mueve su cabellera, se estremecen los cielos y la tierra : los mismos dioses, deslumbrados con los rayos de gloria que de él emanan, tiemblan de acercársele.

En el momento, pues, en que llegó Venus, asistían alrededor de su trono todas las deidades celestes : preséntase la diosa con todos los hechizos que nacen en su seno : su airoso ropaje aún brillaba más que todos los colores de que se viste Iris entre la opacidad de las nubes cuando viene á prometer á los amedrentados mortales el fin de la tempestad, y á anunciarles la serenidad : llevábale ceñido con aquel famoso cinto en que se veían retratadas las Gracias, y el cabello atado con gracioso descuido con un cordón de oro. A todos los dioses sorprendió su hermosura, como si nunca la hubiesen visto ; y no les deslumbró menos que Febo á los hombres, cuando después de una larga noche les da en los ojos con sus rayos. Mirábanse unos á otros con admiración, y las miradas de todos terminaban siempre en la diosa. Repararon que llevaba arrasados los ojos en lágrimas, y pintado en el rostro un profundo dolor.

Ibase acercando la diosa al trono de Júpiter con sereno y ligero paso, semejante al ave que con rápido vuelo hiende el inmenso espacio de los aires. Miróla Jove con agrado : sonrióse, se levantó, y la recibió con los brazos.—Querida hija mía—la dijo :—¿ Qué te aflige ? Al ver tus lágrimas se contrista mi corazón : no dudes descubrirme el tuyo, pues no dudas de mi cariño.

—¿ Es posible, padre de los dioses y de los hombres—le respondió Venus con voz dulce, aunque interrumpida de suspiros,—que á vos, que todo os está presente, se os oculte la causa de mi dolor ? No contenta Minerva con haber destruido hasta los cimientos la opulenta ciudad de Troya, que yo protegía ; y de haberse ven-

gado de Paris, porque prefirió mi hermosura á la suya, conduce por sí misma á todas partes y por todas tierras y mares al hijo de Ulises, del cruel destructor de Troya : ella es la que acompaña á Telémaco, y ésta la causa de que hoy no asista aquí en el lugar que la corresponde entre las demás divinidades ; y ella la que para mi ultraje condujo á este temerario joven á la isla de Chipre : él se ha burlado de mi poder, no dignándose ni aun quemar incienso en mis aras : él ha manifestado el mayor horror á las fiestas que en mi honor se celebran, y él por fin se ha negado á todos los placeres que mi divinidad consagra. En vano Neptuno, para castigarle, á mis instancias sublevó contra él los vientos y las olas : arrojóle en un naufragio á la isla de Calipso, y en ella triunfó del Amor mismo, que yo envié para que se apoderase de su corazón. Ni su juventud, ni las gracias de la diosa y de sus ninfas, ni lo que es más, las encendidas flechas del Amor, pudieron contrarrestar los artificios de Minerva : arrancóle de la isla, y así logró dejarme confundida y afrentada. Ved á un niño triunfar de la diosa Venus.

Júpiter para consolarla la dijo :—Verdad es, hija mía, que Minerva defiende á ese joven de las flechas de tu hijo, y que le prepara una gloria que jamás ha merecido joven alguno. Yo siento que despreciase tus altares ; pero no puedo someterle á tu poder. Lo único que me es posible hacer, y haré por tu amor, será traerle todavía vagando por mares y tierras, hacerle vivir lejos de su patria, y expuesto á toda suerte de trabajos y peligros ; pero que perezca, ni que su virtud sucumba á los placeres con que halagas á los hombres, no lo permiten los hados. Consolaos, pues, hija mía : contentaos con tener bajo vuestro imperio tantos otros héroes, y tantos inmortales.

Diciéndola esto la miró, sonriéndose con la mayor gracia y majestad, y despidió de sus ojos un rayo de luz más luminoso que el más encendido relámpago. Dió á Venus un tierno ósculo y difundió un olor de ambrosía que embalsamó el Olimpo. No pudo la diosa ser insensible á semejante demostración de cariño del máximo de los dioses : á pesar de sus lágrimas y de su dolor se vió sobresalir en su rostro la alegría, y se echó el velo para ocultar el rubor que la encendía las mejillas, y la confusión en que se hallaba. Toda la asamblea de los dioses aplaudió la determinación de Júpiter ; y Venus, sin perder momento, fué á concertar con Neptuno los medios de vengarse de Telémaco.

Contóle lo que Júpiter la había dicho, y Neptuno la respondió:—Ya sabía yo la orden inmutable de los hados; mas ya que no podamos abismar á Telémaco en las olas del mar, empleemos todos los medios de hacerle infeliz, y de retardar su regreso á Itaca. No consentiré que perezca el navío fenicio en que va embarcado, eso no; amo á los fenicios: la Fenicia es mi pueblo, y ella es la nación que más frecuenta mi imperio: á ella se debe que por medio del mar se asocien todas las naciones del mundo: ella frecuenta mis altares, haciéndome continuos sacrificios: los fenicios son equitativos, sabios y laboriosos en el comercio, y por medio de él llevan á todas partes la comodidad y la abundancia. Por ningún motivo daré lugar á que naufrague ninguna de sus naves: lo que sí haré, será ofuscar al piloto de tal modo, que en lugar de arribar se aleje de Itaca.

Contenta Venus con esta oferta desplegó una risa maligna, y se volvió en su carro volante á los floridos prados de Idalia, en donde las Gracias, los Juegos y las Risas dieron pruebas de la alegría que su vista les causaba, danzando alrededor de la diosa sobre las flores, que llenan de fragancia aquella deliciosa mansión.

Inmediatamente envió Neptuno una divinidad engañosa, que así como los sueños engañan al dormido, engañase á Atamas despierto.

Llegó, pues, la deidad malhechora con una multitud de aladas ficciones que volaban á su alrededor, y derramó un suave y encantado licor en los ojos del piloto, el cual examinaba atentamente la claridad de la luna, el curso de las estrellas, y la playa de Itaca, cuyas escarpadas rocas veía ya bastante cerca.

Desde aquel momento era todo fingido: nada de verdadero le representaban los ojos: fingido era el cielo, y fingida la tierra que miraba: las estrellas se le representaban como si hubiesen mudado y retrocedido en su curso: el movimiento del Olimpo parecía seguir nuevas leyes: hasta la tierra estaba mudada: una supuesta Itaca que le engañase tenía presente el piloto mientras se alejaba de la verdadera.

Cuanto más se adelantaba hacia la engañosa playa, tanto más ella se retiraba: huía delante de él, y no sabía á qué atribuir la fuga: alguna vez llegó á creer que ya oía aquel murmullo que comúnmente anda en los puertos, y se disponía, según la orden que se le había dado, á ir secretamente á desembarcar en

una pequeña isla, inmediata á la grande, con el fin de ocultar á los amantes de Penélope, conjurados contra Telémaco, el regreso de este príncipe. Otras temía los escollos que rodean aquella costa, y le parecía oír el espantoso bramido de las olas que contra ellos se estrellan: luego notaba repentinamente que la tierra aun estaba muy distante, y en esta distancia no eran las montañas mayores á sus ojos que las pequeñas nubecillas que al ponerse el sol suelen oscurecer el horizonte. Atónito se hallaba Atamas, y era tal la impresión que le causaba la engañosa deidad, que llegó á sentirse sobrecogido de un cierto modo, desconocido de él hasta entonces. Tentado estuvo á creer que no estaba despierto, y que todo aquello se le representaba en la fantasía por las ilusiones del sueño.

Entretanto mandó Neptuno al viento de Oriente que soprase hacia las costas de la Hesperia y el viento obedeció con tanta violencia, que tardó bien poco en poner el navío en la ribera que Neptuno le había mandado. Ya la Aurora anunciaba el día, y ya las estrellas, temerosas de los rayos que envidian al sol, iban á ocultar en el océano su escasa brillantez, cuando gritó el piloto:—¡ Ya, en fin, no me queda duda de que estamos casi tocando en la isla de Itaca! Alegraos, Telémaco, que dentro de una hora podréis ver á Penélope, y acaso hallaréis á Ulises restituído á su trono.

A esta lisonjera voz despierta Telémaco, que descansaba en brazos del sueño: se levanta, salta al timón, abraza al piloto, y fija los ojos, apenas abiertos, en la vecina costa; y como en ella no reconoce las de su patria, exclama, dando un suspiro:—¡ Ay de mí! ¡ dónde estamos! ¡ ésta no es mi patria querida! os habéis engañado, Atamas: mal conocéis esta costa tan apartada de vuestro país.—No me engaño—le respondió Atamas,—ni es posible engañarme cuando estoy reconociendo la isla por la ribera. ¡ Cuántas veces he entrado en vuestro puerto! conozco hasta sus rocas más pequeñas, tanto que no me son más familiares las de Tiro; y en prueba de ello, ¿ no veis esta montaña que se acerca, y aquel peñasco que parece una torre? ¿ no oís las olas que rompen en estas rocas, y parece que en su caída amenazan al mar? ¿ no veis allí el templo de Minerva, cuya altura se pierde en las nubes? Ved á ese otro lado la fortaleza-palacio de Ulises vuestro padre.

—Os engaños, Atamas—le respondió Telémaco:—yo veo,

por el contrario, una costa elevada, pero llana : veo muy bien una ciudad ; pero que no es la de Itaca. ¡ Oh dioses ! ¡ de este modo os burláis de los hombres !

Mientras Telémaco así se lamentaba, se hizo en los ojos de Atamas una mutación repentina : rompióse el velo, y des-
hízose el engaño, y entonces vió la playa tal cual verdaderamente era, y reconoció su error.—Yo lo confieso, Telémaco—
dijo :—algún dios enemigo ofuscaba mi vista : creía estar viendo á Itaca, y tener delante su imagen, pero en este instante desaparece como un sueño, y ya estoy viendo otra ciudad, que sin duda es la de Salento, la cual acaba de fundar en la Hesperia Idomeneo, fugitivo de Creta. Veo los muros que aún le faltan que concluir, y veo el puerto que aún no está enteramente fortificado.

Mientras que Atamas notaba las diferentes obras nuevamente hechas en aquella ciudad, y Telémaco lloraba su desgracia, el viento que Neptuno hacía soplar les metió á toda vela en una rada, donde se hallaron al abrigo, y muy inmediatos al puerto.

Mentor, que no ignoraba ni la venganza de Neptuno ni el cruel artificio de Venus, no había hecho más que reirse del error de Atamas ; y cuando se hallaron en la rada, le dijo á Telémaco :—Júpiter te prueba, pero no quiere tu ruina ; antes por el contrario quiere probándote abrirte camino para la gloria. Acuérdate de los trabajos de Hércules, ten presentes los de tu padre, y no te olvides de que la falta de sufrimiento prueba la falta de magnanimidad. Con la paciencia y el valor debes cansar la cruel fortuna, que se complace en perseguirte. Más quiero verte ser el objeto de la venganza de Neptuno, que satisfecho con las lisonjeras caricias de la diosa que en su isla te retenía : ¿ qué os detiene ? entremos en el puerto, y hallaremos un pueblo amigo, un pueblo griego. Idomeneo, tan perseguido de la fortuna, necesariamente se compadecerá de los desgraciados.—Inmediatamente entraron en el puerto, donde no hubo dificultad en recibirlos ; porque los fenicios están en paz, y hacen el comercio con todas las naciones del mundo.

Miraba Telémaco con admiración esta naciente ciudad, semejante á una nueva planta, que refrigerada con el rocío de la noche presiente desde la mañana los rayos del sol que se acercan á embellecerla, crece con ellos, abre sus tiernos capullos, extien-

de sus verdes hojas y presenta sus olorosas flores esmaltadas con infinita variedad de colores ; y cada vez que se la mira se la encuentra un nuevo adorno : así florecía en la playa la nueva ciudad de Idomeneo : por instantes crecía su magnificencia, y en los nuevos ornatos de arquitectura que se elevaban hasta el cielo, daba bien que mirar á los navegantes que la veían de lejos. En toda la costa resonaba el murmullo y el martillo de los trabajadores ; veíanse piedras enormes suspendidas en el aire, pendientes de gruesas maromas, por medio de las máquinas : los principales de la ciudad animaban al pueblo á trabajar desde que salía la Aurora ; y el mismo rey Idomeneo, distribuyendo por todas partes sus órdenes, hacía adelantar la obra con una increíble presteza.

Luego que arribó el navío fenicio, dieron los cretenses á Telémaco y á Mentor todas las muestras de una sincera amistad, y fueron al instante á dar al rey noticia de la llegada del hijo de Ulises.—¡ El hijo de Ulises !—exclamó Idomeneo,—de Ulises, aquel caro amigo, aquel sabio héroe, por cuya virtud conseguimos arruinar á Troya. Conducídmelo aquí para darle pruebas de lo que amé á su padre. Inmediatamente le presentaron á Telémaco, quién diciéndole su nombre, le pidió hospitalidad.

Idomeneo le respondió con semblante afable y risueño :—Aun cuando no me hubieran dicho quién erais, creo que os hubiera conocido ; porque sois tan semejante á vuestro padre, que en vos estoy viendo sus ojos llenos de fuego, y cuyas miradas eran tan penetrantes : su aire á primera vista frío y reservado, pero que escondía tanta vivacidad y gracia : veo también en vos aquella fina sonrisa, la dulzura de sus palabras sencillas y significativas, que persuadían sin dejar tiempo para desconfiar. Con efecto, vos sois el hijo de Ulises, y también lo seréis mío. Sí, Telémaco : vos seréis mi hijo querido. ¿ Pero qué casualidad os conduce á estas riberas ? ¿ venís acaso buscando á vuestro padre ? Mas ¡ ah ! que yo no tengo de él ninguna noticia. Ambos hemos sido perseguidos de la fortuna, él en no poder restituirse á su patria, y yo en haber hallado en la mía irritados contra mí á los dioses.

Mientras que Idomeneo decía esto, miraba fijamente á Mentor como queriendo conocerle ; pero no acordándose de su nombre.

Telémaco le respondió bañados en lágrimas los ojos :—¡ Oh rey ! perdonad si no puedo disimular el dolor que me aflige, cuando sólo debiera manifestar con la alegría el reconocimiento que debo á vuestras bondades. Por el sentimiento que hacéis de la pérdida de Ulises, me enseñáis vos mismo á sentir la desgracia de no hallarle. Ya hace mucho tiempo que lo ando buscando por todos los mares ; pero irritados los dioses no permiten que le halle, ni que sepa si ha naufragado : se oponen á que yo vuelva á Itaca, donde Penélope se consume en deseos de verse libre de sus amantes. Yo creí hallaros en la isla de Creta, y en ella supe vuestro cruel destino : jamás pensé llegar á ver el nuevo reino que habéis fundado en la Hesperia ; pero la fortuna, que se burla de los hombres, y que me trae vagando por el mundo, y tan lejos de mi patria, me ha arrojado á vuestras costas ; y entre todos los males que me ha causado, me es éste el más soportable, porque si me aleja de mi patria, también me da á conocer al más generoso de los reyes.

Idomeneo le respondió con un estrecho abrazo, y conduciéndole á su palacio, le preguntó :—¿ Quién es ese venerable anciano que os acompaña ? A mí me parece haberle visto antes de ahora muchas veces.—Es Mentor,—le respondió Telémaco, —digno amigo de Ulises, á quien dejó confiada mi educación, y á quien soy deudor de más de lo que es posible decir.

Inmediatamente se le acercó Idomeneo, le alargó la mano y le dijo :—Nosotros nos hemos visto antes de ahora. ¿ Os acordáis del viaje que hicisteis á Creta, y de los buenos consejos que me disteis ? Mas entonces me arrastraba el ardor de la juventud, y la propensión que ella tiene á los deleites, y se oponían á que los siguiese. Ha sido necesario que aprenda en mis infortunios lo que en la prosperidad me hubiera sido imposible : ¡ pluguiese á los dioses que os hubiera creído ! Mas estoy reparando, no sin admiración, cuán poco se ha alterado vuestro semblante, á pesar de tantos años como desde entonces han discurrido : conserváis la misma frescura, el mismo vigor, la misma agilidad : sólo advierto que vuestros cabellos se han encanecido un poco.

—Gran rey—le respondió Mentor,—si yo fuese adulator, os diría también que conserváis aquellas gracias de la juventud que resplandecían en vuestro rostro antes del sitio de Troya ; pero más quiero desagradaros, que ofender á la verdad : además de que, por lo que acabo de oiros, conozco que huís de la lisonja, y

que nada se aventura en hablaros con sinceridad. Vos habéis decaído tanto, que con dificultad os hubiera conocido. Bien claramente se deja inferir ser la causa los trabajos que habéis padecido, pero no habéis ganado poco en tolerarlos, pues os han enseñado á ser prudente. El hombre debe consolarse fácilmente de que las arrugas afeen su rostro, mientras el ánimo se acostumbra y fortifica en la virtud. Además de que los reyes se consumen más que los otros hombres, porque la adversidad, la aflicción del espíritu y los trabajos del cuerpo les envejecen antes de tiempo; y en la prosperidad les aniquilan más las delicias de una vida afeminada, que los trabajos de la guerra. Nada hay tan malo como el deleite en que el hombre no puede contenerse. De aquí procede que los reyes, sea en paz ó en guerra, tienen siempre disgustos y complacencias que les aceleren la vejez antes que debiese naturalmente venir. Una vida sobria, moderada, sencilla, exenta de inquietudes y pasiones, arreglada y laboriosa, conserva en los miembros del sabio la frescura de la juventud, que sin estas precauciones está siempre dispuesta á huir en alas del tiempo.

Oíale Idomeneo con la mayor complacencia, y no hubiera querido que cesase, si no le hubieran advertido los suyos que era la hora de hacer el sacrificio que á Júpiter tenía ofrecido. Siguiéronle Telémaco y Mentor entre una multitud del pueblo que atrajo la curiosidad á ver aquellos dos extranjeros: mirábanles detenidamente y con reflexión, y se decían unos á otros:—Ved aquí dos hombres bien diferentes. El joven tiene cierta viveza y amabilidad en su semblante, y en todo su aspecto y en su persona brillan las gracias de la hermosura y de la juventud, sin que se descubra nada de flojo, ni afeminado; y sin embargo de sus pocos años, parece robusto, esforzado y endurecido para el trabajo. El otro, aunque de mucha más edad, no ha perdido nada de su vigor: á primera vista parece menos alto y airoso; pero mirando despacio, da en su sencillez indicios ciertos de sabiduría y de virtud, y de una grandeza que admira. Cuando los dioses han descendido á la tierra á comunicar con los mortales, no hay duda de que han tomado figuras semejantes á las de los extranjeros y viajeros.

Llegaron por fin al templo de Júpiter, que Idomeneo, su descendiente, había adornado con extraordinaria magnificencia. Estaba rodeado de dos órdenes de columnas de mármol jas-

peado : eran de plata los chapiteles, y todo él incrustado de mármol con bajos relieves, que representaban á Júpiter transformado en toro, llevándose robada á Europa por medio de las ondas, que le respetaban, sin embargo de la extraña forma que había tomado. Véase después el nacimiento y la juventud de Minos ; y en edad más avanzada, dar leyes á su isla para perpetuar en ella la felicidad y la abundancia. Notó también Telémaco los principales sucesos del asedio de Troya, en que adquirió Idomeneo la reputación de gran capitán. Entre los combates representados buscó cuidadosamente á su padre, y le halló con efecto cogiendo los caballos de Reso, á quien Diómedes acababa de matar, y en otra acción disputando con Ajax las armas de Aquiles en presencia de todos los oficiales del ejército griego. Vióle en fin salir del fatal caballo á derramar tanta sangre trojana.

Inmediatamente le conoció Telémaco por aquellas proezas de que muchas veces había oído hablar, y que Néstor mismo le había referido. A su vista se le cayeron las lágrimas, mudó de color y en el rostro mostró su turbación. Advirtiéndole Idomeneo, por más que hizo Telémaco por ocultarlo, y le dijo :—No os avergoncéis de parecer sensible á la gloria y á los infortunios de vuestro padre.

Entretanto se iba juntando el pueblo en los vastos pórticos que formaban los dos órdenes de columnas que rodeaban el templo, en el cual había dos coros de jóvenes de ambos sexos, que entonaban himnos en loor del dios que tiene en la mano los rayos. Estos niños, escogidos al intento de la figura más agradable, estaban vestidos de blanco, el cabello suelto por la espalda, y coronados de rosas. Hacía Idomeneo al dios Júpiter este sacrificio de cien toros para que le fuera propicio en la guerra que contra sus vecinos había emprendido. Véase humear por todas partes la sangre de las víctimas, y correr en las grandes copas de oro y plata destinadas á este fin.

El anciano Teofanes, amigo de los dioses, y sacerdote del templo, tenía durante el sacrificio cubierta la cabeza con una extremidad de su vestidura de púrpura : pasa á examinar las entrañas aún palpitantes de las víctimas, y sentándose después en el sagrado trípode, exclama :—¡ Oh dioses ! ¿ quiénes son estos dos extranjeros que el cielo nos envía ? ¡ qué funesta nos fuera sin ellos la guerra ! Salento sería arruinada antes que concluida.

Yo veo un héroe joven, á quien la sabiduría conduce por la mano... pero no le es dado á un mortal decir más...

Al llegar á pronunciar estas palabras, miraba con fiera, le centelleaban los ojos, y parecía ver otros objetos que los que tenía presentes : encendiósele el rostro : estaba conmovido y como fuera de sí : se le erizó el cabello, y tenía alzados é inmóviles los brazos, alterada la voz, y más fuerte que la humana : faltábale el aliento ; y no pudiendo contener en el pecho el espíritu divino que le agitaba, volvió á exclamar :

—¡ Oh feliz Idomeneo ! ¡ qué es lo que estoy viendo ! ¡ cuántos combates y victorias por defuera ! ¡ Oh Telémaco ! tus trabajos exceden á los de tu padre : el fiero enemigo gime abatido bajo los golpes de tu espada : las puertas de hierro, y las inaccesibles murallas caen á tus pies. ¡ Oh, gran diosa, á quien su padre... oh, joven ! tú, en fin volverás á ver... Al decir esto expiran las palabras entre los labios, y queda, á pesar suyo, como en un respetuoso silencio.

Todo el pueblo estaba sobrecogido de temor : Idomeneo, asombrado, no se atreve á pedirle que acabe : hasta el mismo Telémaco, sorprendido, apenas comprende, ni cree las sublimes predicciones que oye. Sólo Mentor es el que no se admira del espíritu divino.—Ya sabéis—le dijo á Idomeneo,—los decretos de los dioses. Con cualquiera nación que tengáis que combatir, en vuestras manos tendréis la victoria, y al hijo de vuestro amigo seréis deudor de la prosperidad de vuestras armas. No le envidiéis esta dicha : contentaos con lo que los dioses por él os otorgan.

No habiéndose aún recobrado Idomeneo de su asombro, buscaba en vano palabras con qué responder : tanto se le había entorpecido la lengua ; pero más pronto Telémaco dijo á Mentor : —Nada me interesa toda esa gloria que se me promete : ¿ mas á quién harán relación aquellas últimas palabras : tú volverás á ver... será á mi padre ó sólo á Itaca ? ¡ Ay de mí ! ¡ que no las acabase ! En mayor incertidumbre he quedado que estaba. ¡ Oh Ulises, padre mío ! ¿ seréis vos á quien he de volver á ver ? ¿ será esto verdad ? pero el deseo me lisonjea. ¡ Cruel oráculo, tú te complaces en burlarte de un desdichado ! Con una palabra más me hubieras hecho el más afortunado de los hombres.

—Respetá—le dijo Mentor,—lo que los dioses revelan, y no intentes descubrir lo que quieren ocultar. Una temeraria curio-

sidad merece que se la confunda. Los dioses, por un efecto de su infinita sabiduría y bondad, ocultan á los débiles mortales su destino en una obscuridad impenetrable. Está bien que el hombre procure saber lo que de él depende para desempeñarlo con religiosa exactitud ; pero no que se atreva á investigar lo que no está á su cuidado, ni lo que de él quieren hacer los dioses.

Penetrado de estas verdades se aquietó Telémaco, aunque no sin violentarse.

Mas Idomeneo, recobrado de su asombro, empezó por su parte á dar á Júpiter alabanzas, porque le enviaba al joven Telémaco y al sabio Mentor para que triunfase de sus enemigos. Después de un abundante convite, que sucedió al sacrificio, se volvió á sus huéspedes, y les dijo :

—Yo confieso que no conocía aún bastante el arte de reinar, cuando después del sitio de Troya volví á Creta. Ya sabéis, amigos míos, los azares que me privaron de reinar en aquella gran isla, pues habéis estado en ella después de mi partida. Pero felice yo si los reveses de la más adversa fortuna han contribuído á enseñarme y hacerme más moderado ! Como un fugitivo, perseguido por la venganza de los dioses y los hombres, he atravesado los mares : toda mi grandeza pasada sólo me servía para hacerme más vergonzosa é insoportable mi caída. Llegué por fin á poner en salvo mis dioses penates en esta costa desierta, en que no hallé más que terrenos incultos, cubiertos de zarzas y espinas ; bosques tan antiguos como la tierra que les sustenta, y rocas casi inaccesibles, abrigo de fieras bravas. Vime reducido á alegrarme de poseer, con el corto número de soldados y compañeros que quisieron seguirme en la desgracia, esta tierra salvaje, y hacer de ella mi patria, pues que ya no me era posible volver á aquella afortunada isla en que me hizo el cielo nacer para reinar. ¡ Ah, decía entre mí, qué mudanza ! ¡ de qué ejemplo tan terrible debo yo servir á los reyes ! ¡ cuánto convendría que todos los que en el mundo reinan me viesan, para que en mí escarmentasen ! Ellos creen que su elevación sobre el resto de los hombres nada les deja que temer, siendo su misma elevación por la que deben temerlo todo. Yo era temido de mis enemigos, y amado de mis vasallos : mandaba una nación poderosa y aguerrida : la fama había hecho resonar mi nombre por todos los ángulos del mundo : reinaba en una isla fértil y deliciosa : cien ciudades me pagaban anualmente un tributo de sus riquezas, y

me reconocían por descendiente de Júpiter, nacido en su país : me amaban como al nieto del sabio Minos, á cuyas leyes debían su poder y su prosperidad. ¿Qué me faltaba para ser feliz más que saber gozar con moderación de tanta fortuna? Pero mi orgullo, y la lisonja á que dí oídos, derribaron mi trono. Así caerán también los reyes que se gobiernan por sus pasiones y por los consejos de los aduladores.

Mientras duraba el día, procuraba con semblante alegre y lleno de esperanza alentar á los que me habían seguido. Fundemos, les decía, una nueva ciudad que nos consuele de todas nuestras pérdidas. Rodeados estamos de pueblos que con su ejemplo nos animan á emprenderlo. Bien cerca de nosotros tenemos á Tarento, fundada por Falanto con sus lacedemonios. Filoctetes da el nombre de Petilia á la gran ciudad que ha fundado en la misma costa. Metaponto es también otra colonia. ¿Y haremos por ventura menos que todos esos extranjeros, errantes como nosotros? Animo pues, que ya la fortuna se ha cansado de perseguirnos.

Así procuraba suavizar los trabajos de mis compañeros, al paso que mi corazón padecía mortales aficciones. Era para mí un consuelo que se alejase la luz del día, y se apresurasen las tinieblas á envolverme en sus sombras para llorar con libertad mi desventura : mis ojos, hechos fuentes de lágrimas, desconocían el sueño ; y cuando ya volvía la luz del nuevo día á disipar la obscuridad de la fugitiva noche, volvía yo también con nuevo fervor á mis acostumbradas tareas. Esta es, Mentor, la causa de que me veáis tan envejecido.

Acabó Idomeneo de referir sus trabajos, y pidió á Telémaco y á Mentor que le ayudasen en la guerra en que se hallaba comprometido.—Y fenecida que sea—les dijo,—os restituiré á Itaca. Entretanto, recorrerán mis naves las costas más lejanas para adquirir noticias del paradero de Ulises, y os ofrezco sacarle de cualquier parte del mundo conocido á que le haya arrojado cualquiera borrasca, ó la cólera de los dioses. Ojalá que aún sea vivo. A vos os enviaré en las mejores que se hayan construído en Creta, de las maderas del monte Ida, en que nació Júpiter, las cuales son innafragables : los vientos y las rocas las temen y respetan ; el mismo Neptuno en su mayor cólera no se atreviera á conmover las olas contra ellas. Estad ciertos que volveréis felizmente y sin dificultad á Itaca, y que no habrá ninguna

enemiga deidad que pueda haceros andar errantes por más tiempo : la travesía es corta y fácil ; despedid el navío fenicio que aquí os ha conducido ; por ahora no penséis más que en adquirir la gloria de establecer el nuevo reino de Idomeneo, para reparar por este medio sus pasadas desgracias. Este es, hijo de Ulises, el medio para que seáis tenido por digno de vuestro padre ; y aun cuando los rigurosos hados le hubiesen hecho descender al tenebroso reino de Plutón, toda la Grecia se regocijaría creyendo verle en vos.

Aquí llegaba Idomeneo, cuando le interrumpió Telémaco : —Despidamos—dijo,—el navío fenicio. ¿Qué nos impide correr á las armas y atajar á vuestros enemigos? Ya lo son nuestros. Si vencimos en Sicilia peleando por Acestes, siendo troyano, y enemigo de los griegos, ¿con cuánto más ardor no combatiremos ahora, favorecidos de los dioses por uno de los héroes griegos que destruyeron la ciudad de Príamo? El oráculo que acabo de oír no nos lo deja dudar.



A UNA ESTATUA DEL AMOR ENCADENADO

POR SÁTIRO

¿Quién así puso cadenas
Al dios alado, al que guarda
Fuego ardiente que devora?
¿Quién tocó con mano osada
Su carcaj brillante, y quién
Sus manos ató á su espalda?
¿Las que las rápidas flechas
Que hieren de muerte lanza?
¿Quién á esa fuerte columna
Al Amor así amarrara?
¡Débil consuelo, en verdad.
Para el hombre es tal hazaña!
¿Acaso el cautivo un día
No estrechará en su venganza,
Con nudo más fuerte, que
No tan fácil se desata,
El corazón del artista
Que lo puso de esa traza?

MITOS GRIEGOS

POR JUAN RUSKIN

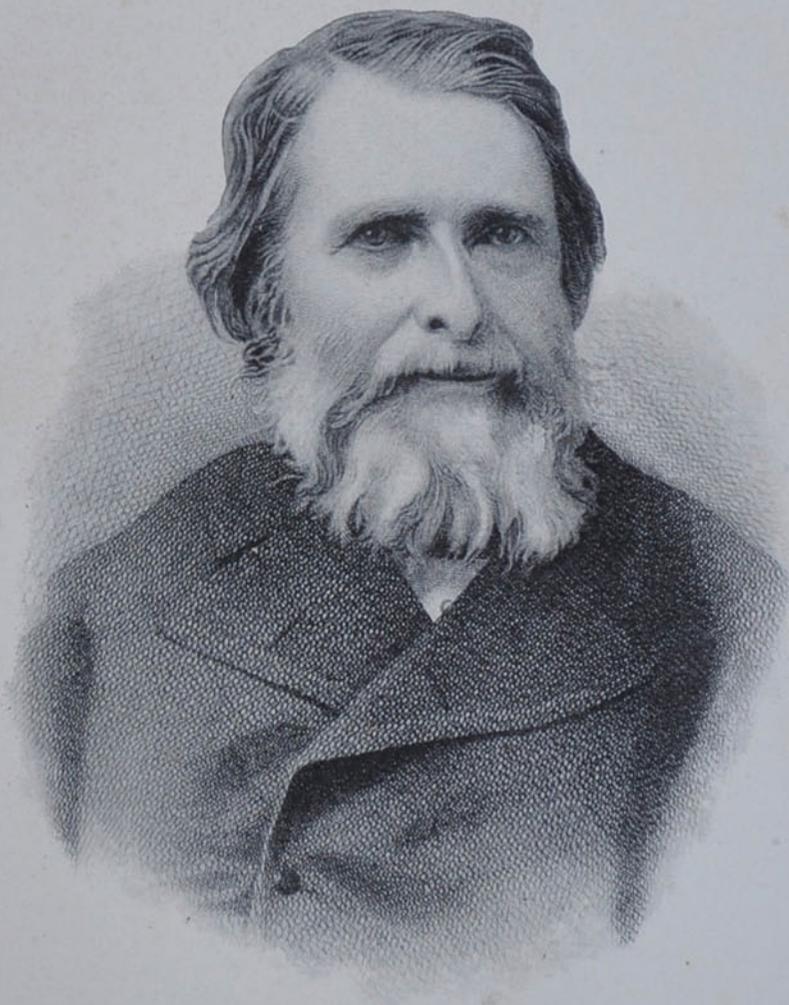
Muse. Barbosa
8/6/11

20/6/11

JUAN RUSKIN.—Crítico inglés y autor de ensayos; nació en Londres el 8 de febrero de 1819. En 1839 obtuvo, con un poema, el premio *Newdigate*. Durante el tiempo que pasó en Oxford publicó muchas poesías, que firmaba con sus iniciales «J. R.». En 1850 sus obras poéticas fueron coleccionadas, haciéndose de ellas una edición particular. En 1882 reimprimieron en Nueva York. Estudió las bellas artes, pero principalmente con el propósito de dedicarse á la crítica. En 1843 apareció la primera parte de los «Pintores Modernos,» que es un caluroso panegírico de J. M. W. Turner; el último volumen se publicó en 1856. «Las Siete Lámparas de la Arquitectura,» (1849) y Las Piedras de Venecia» (1851-1853) son sus obras más conocidas. Entre sus conferencias populares se comprenden: «Munera Pulveris» (1862-1863); «Sésamo y Lirios» (1865); «Corona de Olivo Silvestre» (1866), y «La Reina del Aire» (1869). Podríamos entresacar de sus obras docenas de títulos sobre asuntos artísticos, sociales y económicos. Su «Præterita,» (1885), es un escrito autobiográfico.

1. No voy á pedirte me dispenses, ¡oh, lector!, por tratar de despertar tu interés acerca de la Mitología griega; pero he de pedirte permiso para aproximarme á ella, de una manera muy distinta de aquélla con la cual se trata frecuentemente este asunto.

No podemos interpretar con exactitud la religión de un pueblo cualquiera, á menos que estemos preparados á admitir que nosotros mismos, lo propio que ellos, nos hallamos sujetos á error en materia de fe; y que las convicciones de los demás, por extrañas que nos parezcan, pueden haber sido, en algunos puntos, bien fundadas; en tanto que las nuestras, por razonables que sean, pueden, en algunos particulares, estar equivocadas. Debes pues, perdonarme por no llamar claramente á cada paso *superstición* á los credos del pasado y *religión* á los credos del presente, así como por admitir que una fe confesada en la actualidad, puede ser superficial algunas veces, y que otra, largo tiempo olvidada, puede haber sido sincera en ocasiones. La condenación de los errores de la antigüedad incumbe al Ser Supremo, y á los filósofos el dar razón de ellos. Voy á suplicarte, pues, solamente, que leas con paciencia y simpatía, los humanos pensamientos de los hombres que vivieron sin tacha en las tinieblas



Juan Ruskin.

que no pudieron desvanecer, y que recuerdes que, cualquiera que sea la acusación de locura que se adhiera al dicho *No hay Dios*, la locura será mayor, más profunda y menos perdonable, al decir: *No hay Dios más que para mí*.

2. Mito, en su definición más simple, es una historia que encierra una significación diferente de la que parece tener al principio y la verdad que contiene se señala, generalmente, por lo extraordinario de alguna de sus circunstancias, ó, en el sentido literal de la palabra, contrario á la naturaleza. Así, si yo te digo que Hércules dió muerte á una serpiente acuática en el lago de Lerna, y si yo no digo y tú no comprendes otra cosa de lo que afirmo, la historia, tanto si es verdadera como si es falsa, no es un mito. Pero, si al decirte eso, quiero decir que Hércules purificó de miasmas deletéreos las aguas de muchos arroyos, mi relato, por sencillo que parezca, será un verdadero mito; sólo que, si lo dejo en esta forma tan sencilla, tú no te molestarás en buscar lo que haya de oculto en él; y valdrá más que tenga yo la precaución de sorprender tu atención, añadiendo alguna circunstancia singular; por ejemplo, que la serpiente acuática tenía varias cabezas que volvían á vivir á medida que eran aplastadas y que emponzoñaban hasta el pie que las pisaba mientras dormían. Y, proporcionalmente á la extensión del significado que se intenta darle, multiplicaré y pulimentaré esas improbabilidades; pues suponte que, si en lugar de querer decirte solamente que Hércules purificó la laguna, quisiese que entendieras que él luchaba con la ponzoña y los vapores de la envidia y de la vil ambición, tanto en las almas de otros hombres cuanto en la suya propia, é hiciese desaparecer esa peste, sólo con su supremo esfuerzo, podría decirte que esta serpiente fué formada por la diosa cuyo orgullo estaba concentrado en la tentativa de Hércules; y que su mansión estaba junto á una palmera; y que, por cada una de sus cabezas que era cortada, erguíanse dos más llenas de vida; y que el héroe vió, al fin, que no podía matar de ningún modo á la serpiente, ni cortándole las cabezas ni aplastándolas, sino entregándolas al fuego; y que las partes medias de ellas no podían ser muertas ni aun de esta manera, y era preciso, para lograrlo, enterrarlas en vida. A medida, pues, que vaya extendiéndome en el significado, mi relato irá pareciéndote más absurdo; y al fin, cuando llegue á ser intolerablemente significativo, todas las personas

prácticas convendrán en que habré contado estupideces desde el principio y que mi cuento no significaba nada.

3. También es muy posible, sin embargo, que el narrador no haya querido decir nada más que lo que dijo, y que, por increíbles que parezcan los acontecimientos, creyese él mismo al pie de la letra—y esperara que tú también creyeses,—todo cuanto contó acerca de Hércules, sin ninguna moral latente ni testimonio histórico alguno; es, pues, de todo punto necesario, al leer tradiciones de esta especie, determinar, ante todo, si estás escuchando á una persona sencilla, que refiere lo que de todos modos cree ser cierto—y quizá lo haya sido en parte,—ó á un filósofo reservado que está desarrollando una teoría del Universo en la forma grotesca de un cuento de hadas. Es más admisible, por lo general, que la primera suposición sea la buena: las personas simples y crédulas son, quizá afortunadamente, más comunes que los filósofos, y es de la más alta importancia que admitas su testimonio, inocente á todas luces, tal como se quiso expresar, y no destruyas, con la explicación graciosa que puede sugerirte tu cultivado ingenio, tanto las pruebas que su narración puede contener—tal como lo merece—de un acontecimiento extraordinario que realmente ha tenido lugar, ó la luz incuestionable que arrojará sobre el carácter de la persona por la cual ha sido francamente creído. Y para tratar honradamente de la religión griega, debes comprender, desde luego, que esta creencia estaba, en la imaginación del pueblo en general, tan hondamente arraigada como la nuestra en las leyendas de nuestro libro sagrado; y que, tanto ellos como nosotros, sospechábamos bien poco la existencia de una base de acontecimientos sin milagro, y, describíamos raras veces, un simbolismo explicativo.

Debes observar, por lo tanto, que yo rebajo profundamente la posición que un mito como el citado ocupa en la imaginación de los griegos al compararlo—por temor de ofenderte—con nuestra historia de San Jorge y el dragón. No obstante, la analogía es, en algunos puntos, perfecta; y aunque no te da noción alguna del fervor vitalmente religioso de la fe de los griegos, ilustrará exactamente la manera con la cual la fe se apoderaba de su objeto.

4. La historia de Hércules y la hidra era, pues, en el concepto general de los griegos, en sus mejores tiempos, un relato

acerca de un héroe verdadero y un monstruo verdadero también. Ni siquiera uno, entre mil, supo nada absolutamente de cómo se inventó la historia, ni más ni menos que los campesinos ingleses ignoran el origen plebeyo de San Jorge, ó suponen que existían en el mundo, en otras épocas, dragones alados con agudísimos dientes y afiladas garras, verdaderos, vivos y feísimos.

Por otra parte, pocas fueron las personas que descubrieron alguna moral ó significación simbólica en la historia, y los griegos, en general, estaban tan lejos de imaginar una interpretación como la que acabo de darte, como cualquier inglés lo está de ver en San Jorge al Rojo Caballero Cruzado de Spenser, ó en el dragón al Espíritu de la Infidelidad. Pero, con todo, había cierta tendencia oculta de conocimiento interno en todas las inteligencias, respecto á que las figuras tenían más significación de lo que demostraban á primera vista; y, según las facultades de cada uno, juzgaba y las interpretaba exactamente lo mismo que un caballero de la Jarretera descubre más significado en la joya que adorna su collar, que el tabernero ó sus parroquianos en el San Jorge y el dragón de una taberna. Así pues, para las personas inferiores, el mito significó siempre poca cosa; para los nobles, mucho; y cuanto más familiarizados estuvieron con él, tanto más despreciable era para el uno y tanto más sagrado para el otro, hasta que los comentadores vulgares se encargaron de explicarlo y Virgilio hizo de él la gloriosa aureola de su himno coral en honor de Hércules.

Non te rationis egentem

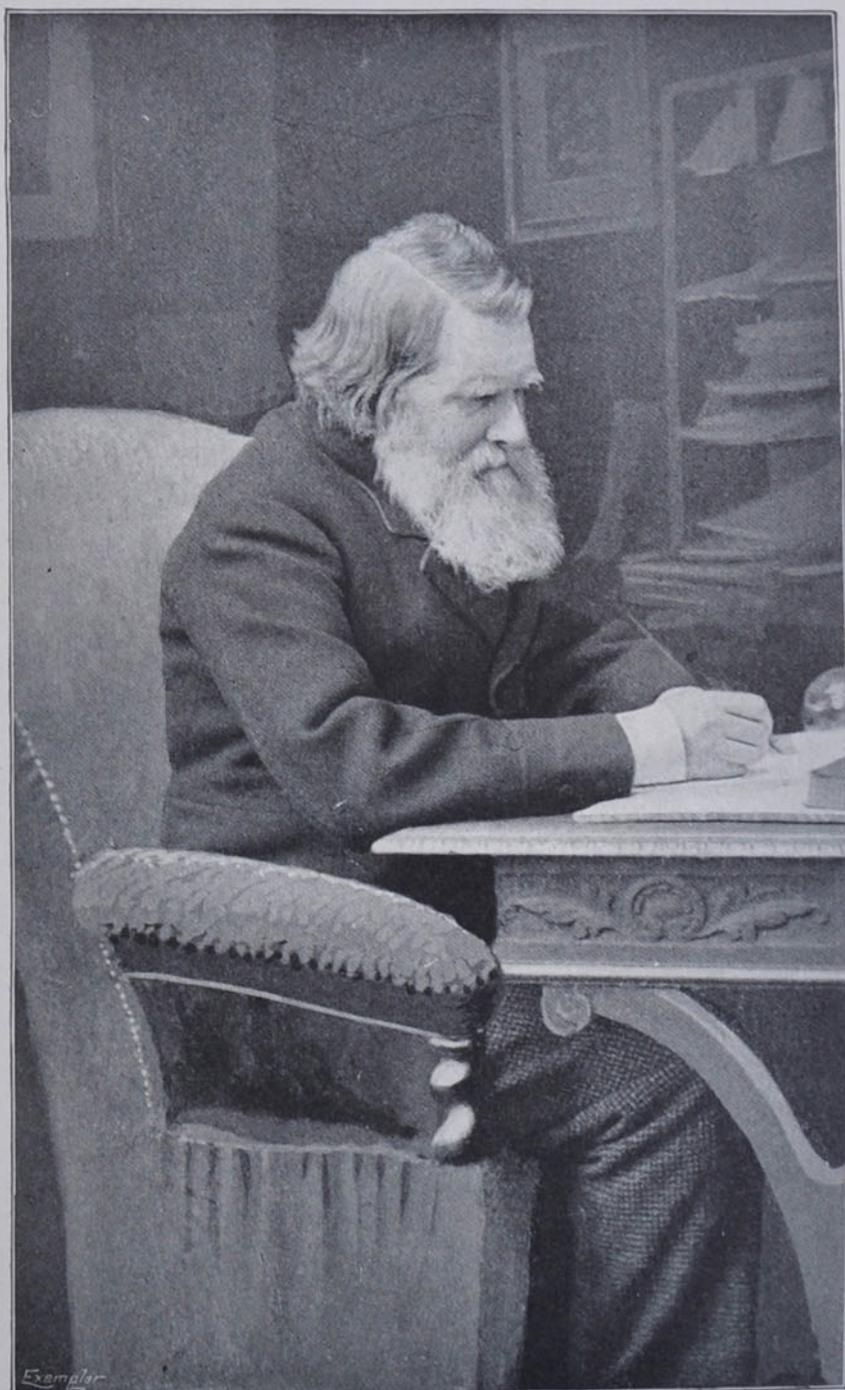
Lernæus turbâ capitum circumstetit anguis.

«Alrededor de ti, impotente para infectar tu alma, irguióse por encima de las cimeras de la muchedumbre el reptil de Lerna.»

Y aunque, en cualquiera de los penosos trabajos de la vida del héroe, se unía á su resultado una definida interpretación moral, no obstante, jamás en el curso de su vida, dedujeron los hombres, no ya una significación simbólica, sino ni siquiera la garantía de la existencia de una fuerza espiritual verdadera. No era Hércules un héroe para ser sólo recordado como victorioso de los monstruos del pasado, inofensivo después de muerto. Fué el tipo y el espejo perpetuo del heroísmo y un auxiliar viviente y presente contra cualquier forma voraz de los sufrimientos humanos.

5. Pero, si queremos aún saber más, y nos proponemos indagar la manera con la cual la historia cristalizó primero en su forma, no tendremos más remedio que retroceder á uno ú otro de los dos orígenes, es decir, á los acontecimientos históricos de aquel entonces, representados por la fantasía con figuras que los personifican, ó bien á los fenómenos naturales, dotados igualmente de vida por el poder imaginativo, generalmente influidos por el terror. Dejemos á los maestros de la historia que sigan á los mitos históricos, estando como están, ellos y los acontecimientos que registran, envueltos en un misterio profundo, aunque atractivo y penetrable. Pero ahora están con nosotros, como estaban antes con otros, las estrellas, y las colinas, y las tempestades; y tan sólo hace falta que las miremos con la vehemencia de aquellos juveniles ojos, para comprender las primeras palabras que de ellas dijeron los hijos de los hombres, y luego, en los mitos más hermosos y permanentes, hallaremos no sólo una historia literal de una persona verdadera, no sólo una imagen paralela de principio moral, sino una adoración subyacente de los fenómenos naturales, de los cuales han surgido y en los cuales ambos permanecen arraigados para siempre. Así, del sol verdadero, saliendo y poniéndose en la atmósfera verdadera, tranquila en su reino de diáfano azul y fiera al degenerar en tempestad,—forman los griegos, ante todo, la idea de dos dioses corpóreos enteramente personales, cuyos miembros están revestidos de divina carne y cuyas sienes están coronadas de divina belleza; y sin embargo, es tan real y efectiva la personificación, que el carcaj rechina en su espalda y el carro se inclina bajo su peso. Y, por otra parte, colateralmente con estas imágenes corpóreas y jamás separadas de ellas, ni por un instante, concibe también, dos influencias omnipresentes espirituales, de las cuales una ilumina, como el sol, con un fuego constante, todo cuanto hay en la humanidad de hábil y sabio, y la otra, como el aire viviente, respira la calma de la fortaleza celeste y la fuerza de la cólera justa en todo pecho humano que sea puro y valiente.

6. Ahora bien; en casi todo mito de importancia, has de distinguir estas tres partes estructurales: la raíz, y las dos ramas; la raíz, en la existencia física, sol ó cielo, nube ó mar; luego, la encarnación personal de todo esto, que se convierte en confiada y sociable deidad, con la cual podrás pasearte cogido de



Ruskin en su Estudio.

la mano como un niño con sus hermanitas ; y, finalmente, la significación moral de la imagen, que en todos los mitos es eterna y beneficiosamente verdadera.

7. Los grandes mitos ; es decir, los mitos creados por seres superiores. El primer hecho real y positivo acerca de la creación de un mito, ha desaparecido totalmente y, por cierto, de una manera bien extraña ; no es posible que crees un mito cuando te falta la primera materia. No puedes revelar un secreto que no conoces. Si el mito trata del cielo, habrá sido creado por alguien que miraba al cielo. Si el mito trata de la justicia y fortaleza, habrá sido creado por alguien que sabía lo que era ser paciente ó justo. Según la cantidad de inteligencia que posea la persona, será la cantidad de significado que contenga la fábula ; y el mito de una raza simple é ignorante, debe, necesariamente, significar poca cosa, porque una raza simple é ignorante tiene muy poca ó ninguna cosa que expresar. Así pues, la gran cuestión, al leer una historia, no es siempre lo que soñaron cazadores de bestias feroces, ó lo que infundió miedo en un principio á una raza infantil, sino lo que los sabios contaron y aquello con lo cual los fuertes vivieron perfectamente. Y el verdadero significado de un mito es aquél que tiene en la época más noble de la nación entre cuyos hijos corre, se explica y se comenta. Cuanto más atrás retrocedes, tanto menos cantidad de significación hallas, hasta que llegas al pensamiento original, limitado, el cual, en realidad, contiene el germen de la tradición cumplida ; pero tan sólo como la semilla contiene la flor. A medida que va desarrollándose la pasión y la inteligencia de la raza, sus individuos adhiérense más y más á sus amadas y consagradas leyendas, fomentándolas ; hoja por hoja, van expandiéndose al contacto de las más puras afecciones y de la más delicada imaginación, hasta que, al fin, brota la fábula perfecta con la simetría de un tallo tierno, y de un cáliz cubierto de miel.

8. Pero, cualesquiera que sean los cambios por los cuales pase, recuerda que, el interpretarlo con perfección, depende enteramente de los materiales de que dispone nuestra inteligencia para obtener una contestación clara y simpática. Si, al principio, surgió de entre un pueblo que vivía bajo un cielo de transparente azul y que medía sus jornadas por medio del ascenso y descenso de las estrellas, ciertamente que no podremos inter-

pretar su historia, sobre todo si no hemos visto nunca otra cosa por encima de nosotros que humo durante el día, y luces artificiales en nuestro derredor durante la noche. Ahora, si prosigue el relato cambiando nubes ó planetas en criaturas vivientes, revistiéndolas de hermosas formas é inflamándolas con poderosas pasiones, podremos solamente comprender la historia de las cosas humanas, con tal que nos recreemos en la perfección de la forma visible ó podamos simpatizar, por medio de un esfuerzo de la imaginación, con el extraño pueblo que tuvo otros amores que los de las riquezas y otros intereses que los del comercio. Y, finalmente, si el mito se completa hasta colmar los pensamientos de la nación, atribuyendo á los dioses que han esculpido con su fantasía, la presencia continua de sus propias almas, y todos sus esfuerzos para el bien se auxilian, al fin, con el sentido del compañerismo, las alabanzas, y la voluntad pura de los inmortales, podremos entonces seguirles dentro de este último círculo de su fe, solamente en el grado en que las partes más apreciadas de nuestro propio ser han sido agitadas por aspectos de la naturaleza ó reforzadas por sus leyes.

Fácil sería probar que la ascensión de Apolo en su carro no significa más que la salida del sol. Pero, ¿qué significa para nosotros la propia salida de este astro? Si únicamente quiere decir retorno al recreo frívolo ó al trabajo improductivo, no nos será fácil, en verdad, concebir el poder del nombre de Apolo en un griego. Pero, si, para nosotros también, lo mismo que para un griego, la salida del sol significa el restablecimiento diario de los sentidos, de la alegría apasionada y de la vida perfecta; si significa la penetración aguda de una nueva fuerza á través de todos los nervios, el derramar sobre nosotros una paz más tranquila que la paz de la noche, en la fuerza del crepúsculo, y la desaparición de las visiones malignas y del temor, por medio del bautismo del rocío; si el propio sol es una influencia, para nosotros también, de bienes espirituales, y llega á ser en realidad, no en imaginación, también para nosotros, una fuerza espiritual, podremos bien pronto sobrepasar el estrecho límite de la concepción que guardaba esa fuerza impersonal, y elevarnos, con los griegos, al pensamiento de un ángel que se regocijó como hombre fuerte para seguir su curso, cuya voz, llamando á la vida y al trabajo, repercutió por toda la tierra y cuyo camino, siempre adelante, tenía su límite en los cielos.

D'Arango
22/7/11
31/7/11

PINDARO

POR EL PROFESOR R. C. JEBB

RICARDO CLAVERHOUSE JEBB.—Doctor en Letras, doctor en ambos Derechos ; Profesor Real en la Universidad de Cembrige, y Miembro del Parlamento por la Universidad ; nació en Dundee, el 27 de agosto de 1841. Sus obras principales son : *Vida de Bentley* (literatos ingleses), 1882 ; *Sófocles, con notas críticas, comentario y traducción*, 1883-96 ; *Introducción á Homero*, 1886 ; *Conferencias sobre el desarrollo é Influencia de la Poesía Griega*, 1893, y artículos sobre materias clásicas en la Enciclopedia Británica, 1875-88. Jebb es uno de los eruditos ingleses más eminentes en literatura clásica, y nadie le sobrepuja en la composición de versos griegos. Como miembro del Parlamento, ha dado pruebas del mayor interés en pro de cuanto se refiere á la educación superior. El ensayo sobre Píndaro, publicado á continuación, constituye la quinta de sus *Conferencias sobre el desarrollo é Influencia de la Poesía Clásica Griega*, pronunciadas en la Universidad Johns Hopkins, de Baltimore.

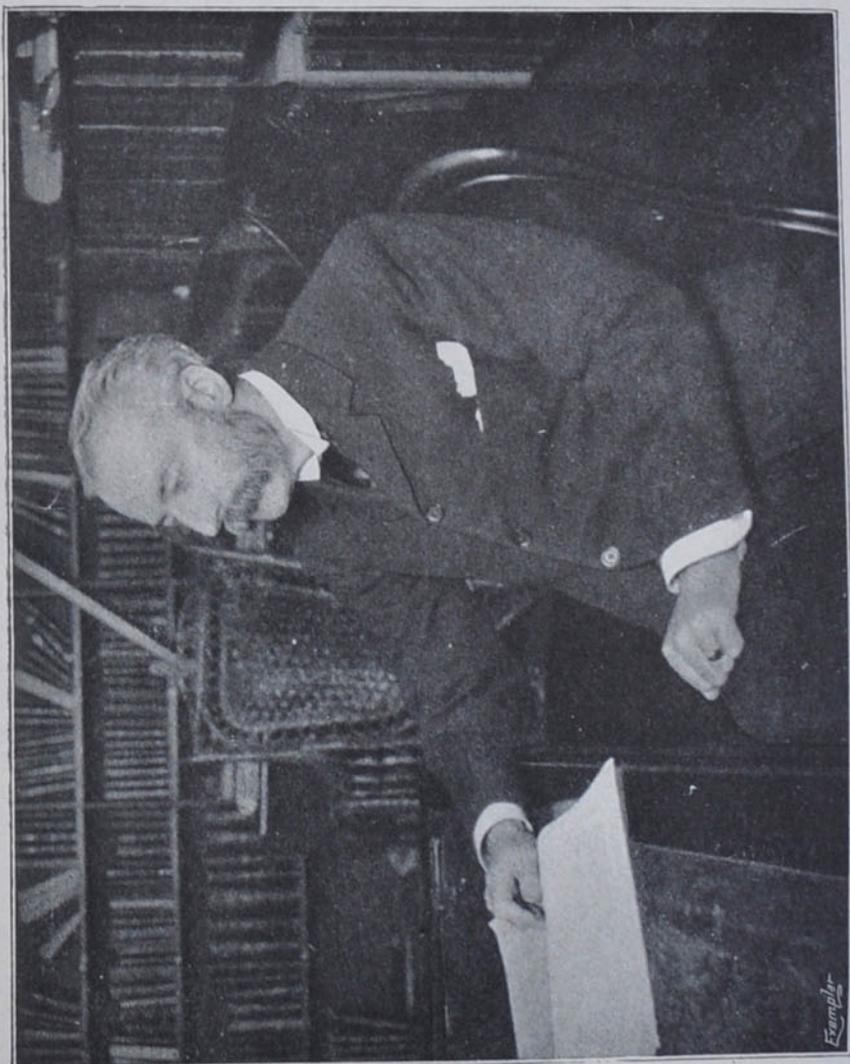
En el casi total naufragio de toda la poesía lírica griega, el mundo moderno tiene aún un consuelo : el poeta que cerró aquella serie de maestros del arte fué reputado por el más grande de todos ellos. Bien podía ser Safo inimitable en su clase, bien podían Estesícoro y Simónides ser preeminentes en sus respectivas cualidades ; pero en cuanto á energía y alteza de inspiración no había quien con Píndaro compitiese. Este fué el veredicto universal de toda la antigüedad, ya en aquellos tiempos en que se tenían á mano todos los materiales para emitir un juicio acertado y hacer una comparación justa ; y aunque nosotros sólo poseemos una clase de las composiciones de Píndaro, ésta es precisamente la que le dió más popularidad. Si se hubiese rogado á los críticos alejandrinos que eligiesen alguna clase de las composiciones de Píndaro cómo verdaderamente características suyas, probable es que hubiesen escogido las *Odas de la Victoria*, y no cabe asimismo dudar que la mayoría de los antiguos hubiese confirmado esta elección. En el estudio del desarrollo de la poesía griega, Píndaro presenta un doble interés ; él continúa la tradición comenzada con Alcman y Estesícoro, y al mismo tiempo puede ser considerado, en cierto sentido, como el precursor del drama ático.

Muy poco sabemos de su vida. Nació cerca de Tebas el año 592 A. C., siendo, por lo tanto, contemporáneo de Esquilo, y vivía aún en el año 452, A. C.; la fecha de su muerte es desconocida. Gozó de una primorosa y variada educación en el complicado arte de la composición coral lírica. Perteneció á una de las más nobles familias de Grecia, la de los Agidas, la cual tenía ramificaciones en Tebas, Esparta y Cirene; y sostuvo amistad muy íntima con los sacerdotes de Apolo en Delfos. Estos hechos son de capital importancia para la inteligencia de su poesía. Durante toda su vida aparece como un aristócrata heleno, profundamente convencido de que los hombres que descienden de los héroes tienen en sus venas un torrente de sangre divina que les da ventajas naturales, morales, intelectuales y físicas sobre los otros hombres. Tiene también un tono sacerdotal, y es asimismo un expositor de los preceptos religiosos y éticos que habla con los elevados é imperiosos acentos de Delfos.

Las cuarenta y cuatro odas de la Victoria (epinikia) representan el modelo de poema que Píndaro había recibido de sus antecesores. Arquíloco había escrito un poema lírico á Hércules y á Yolao, con el estribillo «Ved, el héroe vencedor viene», el cual poema había sido muy popular en Olimpia y aun lo era en los tiempos de Píndaro. Durante el siglo sexto A. C., en el cual los juegos nacionales griegos tuvieron un gran desarrollo, se publicaron las más primorosas y elegantes *Odas de la Victoria*. Las primeras de estas odas celebradas y aplaudidas por el público, fueron las del primer compositor de ellas, Simónides, que tenía treinta y cuatro años más que Píndaro.

La primera dificultad con que tropiezan los modernos al querer apreciar el trabajo realizado por Píndaro en este particular, es el no poder concebir aquellas antiguas fiestas que tales odas requerían. ¿Qué significaba una victoria en los juegos de Olimpia, Delfos, Nemea, ó el Istmo? ¿Qué sentimientos evocaba? Quizá, aunque conociésemos estas cosas mejor de lo que las conocemos, apenas si las podríamos imaginar. El mejor medio de lograrlo es aclarar ciertos puntos capitales que nos pueden servir de guía, y luego combinarlos lo mejor que podamos en un cuadro mental para la mejor percepción de lo que intentamos conocer.

Considerando, pues, el festival olímpico como el mayor de todos, podemos decir en primer lugar que el espectáculo revestía un esplendor extraordinario. El «altis» ó recinto sagrado de Olim-



El Profesor Jebb en su Estudio.

Exampler

pia, ricamente adornado con espléndidas obras de arte, era un foco de la religión panhelénica : en su centro había un antiguo altar de Júpiter representando la más primitiva fase del santuario, cuando la adoración de Júpiter iba mezclada con el culto del héroe Pélope. Este era el altar en el que los yamidas, los hereditarios adivinos, practicaban sus ceremonias de adivinación por el fuego, en virtud de lo cual saluda Píndaro á Olimpia llamándola «dueña de la verdad». Un poco al Oeste de este altar había otro pequeño recinto, llamado Pelopión, en el cual se habían ofrecido sacrificios á Pélope desde la época de la fundación de Pisa por los aqueos. Al Sur del Pelopión estaba el templo de Júpiter. La parte más oriental de este templo estaba abierta al público ; la parte central era, probablemente, el lugar donde se entregaban las coronas á los vencedores ; la parte más occidental contenía la imagen de Júpiter Olímpico, labrada en oro y marfil por Fidias, é inspirada por estas palabras de Homero : «Habló el hijo de Cronos, é inclinó su frente, y flotaron al aire los divinos bucles de la cabeza del rey inmortal, y estremeció al Olimpo». Por la parte exterior este templo estaba magníficamente adornado con esculturas. La fachada del Este exhibía veintidós figuras colosales, esculpidas por Peonio, formando un grupo que representaba el momento antes de la carrera de carrozas entre Enómano y Pélope. En la fachada Oeste veíase la lucha entre los lapitas y centauros y en las metopas estaban pintados los doce trabajos de Hércules.

Los otros templos que dentro del «altis» se levantaban eran el de Hera y el de la Madre de los dioses. Había, además, un gran número de edificios votivos, incluyendo las doce casas del tesoro, con aspecto de pequeños templos dóricos, las cuales habían sido erigidas por doce Estados griegos en honor de Júpiter Olímpico. Olimpia no era solamente un santuario, sino también la capital política de una liga : una ciudad sagrada ; por lo tanto, el sagrado recinto incluía una Casa de la Ciudad y una plaza, y fuera de él había un salón de concejos, un gimnasio y otros edificios.

El estadio estaba al Este del «Altis», y era un cercado de forma oblonga, usado para las carreras á pie, y para los certámenes de pugilato, lucha, salto, lanzamiento del disco y del venablo. Se ha calculado que desde las colinas próximas podían presenciar estos certámenes más de 40.000 espectadores. El hipódromo para las carreras de carrozas y caballos, se extendía por el Sur y Sudeste del estadio. El valle de Alfeo es ya por sí mismo de